

«Aquí no somos así», primera generación de trabajadores floristas colombianos

Edwin Herrera A.



Serie Magíster

«Aquí no somos así», primera generación de trabajadores floristas colombianos

Edwin Herrera A.



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

Serie Magíster
Vol. 388

«Aquí no somos así», primera generación de trabajadores floristas colombianos
Edwin Herrera A.

Producción editorial: Jefatura de Publicaciones
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Annamari de Piérola, jefa de Publicaciones
Shirma Guzmán P., asistente
Patricia Mirabá T., secretaria

Corrección de estilo: Gabriela Cañas
Diseño de la serie: Andrea Gómez y Rafael Castro
Impresión: Fausto Reinoso Ediciones
Tiraje: 120 ejemplares

ISBN Universidad Andina Simón Bolívar,
Sede Ecuador: 978-9942-641-88-5
© Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Toledo N22-80
Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
• www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

La versión original del texto que aparece en este libro fue sometida a un proceso de revisión por pares, conforme a las normas de publicación de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

Impreso en Ecuador, noviembre de 2024

Título original:
"Gente poco rebelde": Agencia obrera e irrupción del trabajo femenino
en las empresas floristas en la sabana de Bogotá, 1965-1976

Tesis para la obtención del título de magíster en Historia
Autor: Edwin Herrera Avellaneda
Tutor: Guillermo Bustos Lozano
Código bibliográfico del Centro de Información: T-3769

*A mis padres,
quienes durante toda la vida trabajaron como obreros floristas.
A los obreros floristas,
que alguna vez pensaron que no eran personajes de la historia.*

CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	7
--------------------	---

Capítulo primero

AQUÍ NO SOMOS ASÍ: SOBRE LA INCOMPATIBILIDAD DEL SINDICALISMO EN OBREROS Y OBRERAS FLORISTAS ENTRE 1965 Y 1976.....	29
DE LA HACIENDA A LA EMPRESA DE FLORES	30
CANTIDAD DE SINDICATOS FLORISTAS: ¿UNA INICIATIVA OBRERA?.....	35
EL BUEN TRABAJADOR Y LA BUENA MUJER: CONSOLIDACIÓN SUBJETIVA DEL MARCO DE NORMAS Y EXPECTATIVAS.....	44
VISIONES Y OPOSICIONES AL SINDICALISMO CONFRONTACIONAL	55

Capítulo segundo

UNA AGENCIA ALTERNATIVA A LA LUCHA INSTITUCIONAL: VISIONES Y ESTRATEGIAS PARA EL MEJORAMIENTO DE LA VIDA DENTRO DE UN SENTIDO TRADICIONAL.....	63
SE NOS MATÓ EL SANTO: ACEPTACIÓN DEL CREDO, CUESTIÓN AL CURA Y PERSONIFICACIÓN DE DEMANDAS REFORMISTAS.....	64
NO SE TRABAJABA SOLO POR DINERO: HACIA LA INTERPRETACIÓN DEL FAVOR COMO NECESIDAD.....	71
UNA RENEGOCIACIÓN FEMENINA: DE SEÑORITAS Y MADRES A TRABAJADORAS	80
MOÑONA: IDENTIDAD POPULAR Y LUCHA DESDE LO SIMBÓLICO	90
CONCLUSIONES	99
BIBLIOGRAFÍA	103

INTRODUCCIÓN

Este estudio plantea recuperar las experiencias, el sentido de dominación y la agencia social de obreros y obreras floristas en la sabana de Bogotá entre 1965 y 1976. Plantea que estas obedecieron a un marco de normas y expectativas¹ desarrollados históricamente que, a la par que impidieron el establecimiento de un sindicalismo confrontacional, posibilitaron una acción obrera tendiente hacia un reformismo. Los obreros y obreras con este marco alcanzaron formas de ganar bienestar material y renegociar la dominación que experimentaban, al mismo tiempo que negaron el establecimiento pleno de una lucha institucional. Así, a pesar del creciente clima de protestas, huelgas y paros que expresaban la inconformidad de los sectores populares durante los años 60 y 70 en Colombia en contra del Estado y de las élites, los trabajadores floristas durante este período no participaron de estas formas de negociación y demandas, pero mostraron otras formas menos visibles de mejorar sus condiciones de vida. Con el ingreso de la mujer al mundo laboral asalariado, estas empezaron a cuestionar la dominación de género, aunque de manera lenta pues estaban sujetas a un marco de sentido tradicional.

Dos preguntas delimitan los hilos argumentativos de esta investigación. La primera explora por qué los obreros y obreras floristas no

1 Edward Palmer Thompson, *Agenda para una historia radical*, trad. Elena Grau (Barcelona: Editorial Crítica, 2000), 11.

vieron al sindicalismo confrontacional como válido en la búsqueda del mejoramiento de su nivel de vida y cuál fue su agencia alterna a esta institución. A la par que se desarrolla esta inquietud, la segunda pregunta se cuestiona sobre las diferencias de género y cómo las mujeres tuvieron un sentido de dominación diferente al de los hombres en el contexto en que ellas ingresaron al mundo laboral asalariado de las empresas de flores. Esto incidió en las expectativas que ellas tenían sobre sus superiores y sobre qué caminos continuaron su agencia tratando de renegociar la dominación con sus compañeros de hogar. En un segundo plano, pero fundamental para la explicación, se investiga acerca de qué esperaban obreros y obreras de las autoridades en la vida laboral y espiritual, y cómo este sentido incidió en la relación entre la dominación de clase y género. Finalmente, se plantea el problema de si estos obreros pertenecían a una sociedad corporativa y de qué manera establecían diferencias con los dominadores de clase en una perspectiva simbólica identitaria.

Este trabajo tuvo como principal interés la búsqueda de una agencia obrera florista en un contexto académico social que la desconocía. Como se mencionó en los agradecimientos, mi vinculación con el tema de investigación no fue accidental, puesto que mis padres han trabajado en empresas florícolas la mayor parte de sus vidas laborales desde los años 90, y mis experiencias se han desarrollado bajo estos contextos. Desde niño asistí al jardín infantil en la empresa en que mi madre trabajaba y a lo largo de los años he laborado en algunas empresas de flores como operario en tiempos de emergencia económica. Por tanto, la relación entre el tema de estudio y el historiador es, en este caso, esencial, y sirve como el elemento que consolida muchas de las ideas aquí expresadas. Es posible que esta relación nuble una visión independiente —si existiese— de los hechos y procesos acá estudiados, pues «no siempre quién está en la primera fila del cine ve mejor la película».² No obstante, se procuró una lectura reflexiva del material empírico al que se pudo acceder y la distancia temporal entre las experiencias familiares y el objeto estudiado fue motivo de una constante preocupación en la que se evitó el anacronismo.

2 Ernest Labrousse, «1848; 1830; 1789: Tres fechas en la historia de la Francia moderna», en *Fluctuaciones económicas e historia social* (Madrid: Tecnos Editorial, 1973), 464.

Desde 1965 en Colombia, específicamente en la sabana de Bogotá, la exportación de flores frescas de corte se convirtió en un renglón importante de recepción de divisas y generación de empleo. Su producción empezó justo cuando académicos norteamericanos vieron el potencial de las tierras planas que bordeaban la capital, su riqueza ecológica y la posibilidad de mano de obra por asalariar. A pesar de que el mercado norteamericano había sido autosuficiente hasta la década de los años 1960, existían intereses en continuar la producción en países con mano de obra más barata y que pudiesen tener flores frescas en un tiempo relativamente corto en las principales ciudades de Estados Unidos. Así, David Cheever planteó en su tesis de licenciatura que la región cercana a la capital colombiana tenía las características principales para una producción continua de flores frescas de corte: agua en abundancia, tierra de fácil acceso, una jornada de sol de doce horas y la cercanía relativa al aeropuerto El Dorado.³

Aunque muchos trabajadores floristas han laborado en las empresas de flores desde que Edgar Wells exportó el primer lote desde Bogotá hacia Estados Unidos en 1965, en la búsqueda de su comprensión podemos establecer tres momentos. El primero estaría marcado por el incipiente despegue de las exportaciones y la movilidad de mano de obra entre 1965 y 1976.⁴ Durante este período, los trabajadores floristas pasaron de un sistema productivo enfocado en la hacienda, a uno moderno que empezó a utilizar la mano de obra en mayor cantidad e intensidad en los cultivos de flores. A su vez, este ciclo marcó la transición entre la relación campesina de trabajo por jornal y oficios domésticos a una en la que la característica principal sería el establecimiento de salarios por semanas, quincenas o meses. Culturalmente, estos trabajadores mantuvieron una concepción liberal sobre la venta de mano de obra, practicaron la violencia familiar basada en prejuicios de género —de hombre

3 Hernán González, «David Cheever, “el mago de los claveles”», *El colombiano*, 28 de febrero de 2011, https://www.elcolombiano.com/historico/david_cheever_el_mago_de_los_claveles-MGEC_124080.

4 Andrea González Cárdenas, *Intercambio de información en las cadenas de suministro internacionales. El caso de la cadena de suministro de flor fresca cortada colombiana para la exportación* (Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2013).

a mujer— y no vieron como posibilidad la lucha en sindicatos para mejorar su nivel de vida. Por estos trabajadores se interesa este estudio.

El segundo momento se desarrolla entre 1977 y 1996. Durante este período la producción florista se consolida en la sabana de Bogotá y la exportación empieza a fijarse como un renglón alterno al café y otros productos con mayor recorrido histórico en el país. Al basarse en la sobreutilización de mano de obra, las experiencias floristas de dominación fueron mucho más marcadas y se dio una lucha contestataria que superó al período anterior. Como consecuencia, los trabajadores no solo disputaron el control de los sindicatos —anteriormente manejados por patrones—, sino que intentaron posicionar el abuso laboral en ámbitos internacionales incluso con los mismos comerciantes de flores en Europa y Estados Unidos. Un documental⁵ y varios estudios sobre el uso de pesticidas y la inserción de la mujer en el mercado laboral posicionaron este momento en la agenda nacional y en instituciones multilaterales como la Organización Internacional del Trabajo (OIT).⁶

Bajo las demandas producidas en los años 80 y parte de los 90, el mercado internacional observó con mucho descrédito los abusos tanto laborales como ecológicos en la producción de flores en la sabana de Bogotá. Así, desde 1996 la Asociación Colombiana de Exportadores de Flores (Asocolflores) creó un programa que intentó lavar la cara a la producción de flores de corte para la exportación. Con miras a recuperar el mercado, el programa de buenas prácticas Florverde puso mayor atención al uso de insumos y supuso una superación de los problemas laborales desarrollados en los 80 abriéndole la puerta a la tercerización laboral y a la continuación de problemas relacionados con la división del trabajo basado en género.⁷ Desde 1996 podemos situar otro momento para estudiar a los trabajadores tercerizados y sus experiencias bajo la nueva relación posfordista.

5 Marta Rodríguez y Jorge Silva, *Amor, mujeres y flores* (Colombia: Fundación Cine Documental / Investigación Social, 1984-1989), YouTube.

6 Alicia Eugenia Silva, «De mujer campesina a obrera florista», en *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: La realidad colombiana*, ed. Magdalena León (Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1982), 1: 28-42.

7 Karina Camacho Reyes y Manuel Reina, «La globalización contrariada: Trabajo, territorio y dominación en la floricultura de la sabana de Bogotá», *Revista Colombiana de Sociología* 27 (2006): 127-49.

Es posible establecer muchos períodos como cesuras en el análisis de los trabajadores floristas desde que la producción comenzó en los años 60, sin embargo, el primero entre 1965 y 1976 reviste de gran interés historiográfico al ser un objeto en transición y posibilitar una agencia social alterna al clima confrontacional de la época. Al no existir estudios históricos sobre los trabajadores de las flores, se hace necesario uno que intente rescatarlos en sí mismos y bajo sus propias posibilidades de realidad desde el momento mismo en que la producción empezó. Muchas veces en su agenda investigativa los historiadores proyectamos ideas de lo que debieron ser los actores sociales, sin comprender mucho su capacidad de acción y negociación desde una realidad que experimentaban.⁸ Lejos de cualquier interpretación teleológica sobre lo que debieron ser los obreros floristas, esta investigación se justifica como una ventana de posibilidad a otros sujetos históricos que no recorrieron la lucha confrontativa para alcanzar un mayor bienestar en la segunda mitad del siglo XX en Colombia.

Este estudio no debe verse como un análisis de un sector de obreros conservadores, puesto que, si bien no recurrieron a la lucha abierta en contra de sus patrones o no demandaron mejores condiciones al Estado colombiano, su alineación ideológica no puede tacharse de manera simplista como productos del Partido Conservador. Conocían las discusiones políticas presentes durante el Frente Nacional, pero experimentaron de primera mano que tanto un sector político como el otro —Liberal y Conservador— manejaban el Estado para sus intereses, y estos eran diferentes a los del pueblo. De esta forma, si no utilizaron las demandas por la justicia social en contra de las instituciones en Bogotá o con sus empleadores, tampoco intentaron una militancia abierta dentro de los partidos tradicionales que defendían el *statu quo* y un sector de la Iglesia católica. La política como el juego de intereses era algo que conocían pues sus mismos patrones la practicaban. Al contrario, si querían mejorar su nivel de vida no era canalizando sus demandas en partidos o movimientos sociales, sino bajo iniciativas individuales que apelaban a la costumbre y a las normas de reciprocidad. Tendieron así

8 Mauricio Archila Neira, *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia (1958-1990)* (Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular / Instituto Colombiano de Antropología e Historia —ICANH—, 2018).

a las normas tradicionales en vez de la militancia política de derecha, a pesar de que afirmaran con sus acciones la estructura de dominación que los sujetaba. Si bien fueron anticomunistas, las razones para ello no fueron ideológicas sino más bien funcionales. Rechazaron el comunismo no porque el dirigente político o el discurso de la Guerra Fría se los sugiriera, sino porque la lucha por una sociedad sin clases no se ajustaba a su sentido tradicional de ver la vida y las relaciones sociales.

A pesar de que el capitalismo como modo de producción se hubiese instalado con anterioridad, a mediados del siglo XX en la sabana de Bogotá se dio un proceso de modernización tanto técnica como en sus relaciones sociales. Entre la década de los 40 y 70 del siglo XX las haciendas y fincas productoras de flores del occidente de Bogotá no solo empezaron a usar maquinaria e insumos agrícolas para el aumento de la producción, sino que comenzaron a pagar salarios por trabajo empezando a superar las relaciones precapitalistas existentes en las décadas anteriores. En contraste con el proceso de modernización material, el sentido de vida de los campesinos y campesinas, y posteriores obreros, no se transformó rápidamente. De la mano del paternalismo heredado del período en el que la hacienda era predominante, siguieron expectantes de los favores que debían recibir del dueño de la finca por su buen trabajo y nunca miraron hacia arriba en búsqueda de una confrontación. A su vez, las mujeres continuaron aceptando la dominación de género —si bien en agencia activa—, aunque la nueva relación salarial en su proceso de inserción en el mundo laboral remunerado les dio la posibilidad de una renegociación abierta. Finalmente, los hombres continuaron vendiendo su trabajo al mejor postor bajo una norma consuetudinaria que les hacía sentir este era importante y que debían ofrecerlo a quien más beneficios les trajera.

Estos trabajadores fueron mestizos, aunque culturalmente se afirmaban como blancos. Durante el siglo XIX los pocos resguardos indígenas muisca existentes desde la Colonia se fueron desintegrando a favor de una liberalización de la mano de obra y una disputa ganada por los hacendados en obtener sus tierras. Para el siglo XX, la identidad muisca se había desvanecido como construcción individual y colectiva y tan solo quedaban presentes algunas prácticas culinarias y medicinales. A pesar de ello, los campesinos, campesinas y trabajadores nunca las vieron como suyas y el otro indígena aparecía esporádicamente apelando a

supersticiones o hechos inexplicables ocurridos en la cotidianidad. Así, el «yo blanco» era la principal identidad en la región para la década de estudio, a pesar del mestizaje histórico. Su función de diferenciación no solo fue con el pasado indígena, sino en la búsqueda de un alejamiento de otras identidades regionales que eran inferiores por no ser buenos trabajadores.

Al establecerse las empresas de flores dividieron el trabajo por prejuicios de género. La idea de que el mantenimiento de las flores cultivadas debía realizarse por las mujeres por ser una labor delicada también se implantó en las producciones de otras latitudes, pero fue en la sabana de Bogotá en que adquirió una dimensión particular al insertar la mano de obra femenina dentro del trabajo asalariado y empezar a disputar con este la dominación masculina. A su vez, los trabajadores floristas se dedicaron durante este primer momento a construir los invernaderos necesarios para el cultivo, además de encargarse de las labores de fumigación, riego y transporte de basuras y cajas con flor para los camiones que debían llevarlas al aeropuerto. Bajo la idea de que los hombres hacían el trabajo pesado y las mujeres el repetitivo y manual, operaron las primeras empresas.

La producción requirió una utilización de mano de obra mayor a la requerida en las plantaciones de maíz, cebada o trigo, anteriores a la década de los años 60 del siglo XX. Para que una empresa funcionara se necesitaba de un área de cultivo y otra de preparación de las flores para el embalaje, denominada *zona de poscosecha*. Entre quienes construían el invernadero y las que se dedicaban a la labor de siembra y mantenimiento del cultivo podían contarse unas veinte personas, mientras que en las labores de preparado de los ramos y embalaje podían contarse otras tantas. Fuera del trabajo administrativo e ingenieros —gerentes, jefes de logística y mercadeo, etc.— las empresas, por pequeñas que fuesen, ocupaban cerca de cincuenta empleados. Por la cantidad de exportaciones de la principal empresa de la época, Floramérica S. A., podemos inferir que no menos de doscientos trabajadores laboraron allí, aunque este número pudo ser mucho mayor. Si estimamos en una media de ciento veinte operarios agrícolas —hombres y mujeres— la cantidad de personas que laboraban al mismo tiempo dentro de una empresa y este número lo multiplicamos por las aproximadamente treinta empresas que empezaron su funcionamiento entre 1965 y 1976,

podríamos hablar de cerca de cuatro mil empleados en diferentes fincas en la sabana de Bogotá, aunque esta aproximación funciona más como un mínimo. Toda estimación cuantitativa es aproximada y aunque estos números difieran mucho de los generados en la década de los 80 donde una empresa podía sobrepasar los setecientos trabajadores —y en la actualidad donde una sola tiene nueve mil— son importantes en la medida en que la labor dentro de las empresas de flores empezó siendo un renglón importante para emplearse en la región durante sus primeros once años de funcionamiento.

En la historiografía colombiana los obreros y obreras floristas no han figurado como objetos relevantes para su estudio. Como ya vimos, desde que la producción de flores de corte empezó, cada vez más obreros y obreras se han empleado en estas empresas hasta convertirse en la actualidad en un renglón muy importante dentro de las exportaciones. Aunque el período comprendido entre 1965 y 1976 fuese de despegue de la producción, funcionó como el lugar de bisagra entre el ocaso del sistema de relaciones precapitalistas de la hacienda, hacia las basadas en los salarios. No es lugar aquí para analizar por qué muchos investigadores no han estudiado dicho fenómeno, aunque parte de sus motivaciones sean la poca visibilidad contestataria que tuvieron obreros y obreras floristas y el muro que las empresas de flores levantaron —y siguen levantando— en contra de que sus excesos no fuesen contados.⁹ Sin embargo, este panorama no se repite en las otras ciencias sociales. Desde la antropología y la sociología los estudios sobre la inserción de la mujer florista en el mundo laboral y la aparente pasividad de los campesinos en la sabana de Bogotá sí que han merecido algunas páginas en la búsqueda de su comprensión.

Entre 1980 y 1982 se produjeron algunos análisis desde organismos internacionales OIT o Comisión Económica para América Latina (CEPAL)— que trataban de caracterizar las condiciones laborales de la floricultura en Colombia. Diana Medrano, en un informe presentado ante OIT en 1980, concluía que a las mujeres floristas se les imponía una doble dominación al estar trabajando en los cultivos y desarrollar las tareas domésticas. Medrano apuntaba que debido a la cultura

9 Greta Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares: Trabajo y género en Colombia* (Bogotá: ICANH, 2008).

campesina, a las obreras floristas les era muy difícil denunciar ese estado de doble jornada.¹⁰ Su estudio ofrece una buena cantidad de datos y pone de relieve algunos problemas que veremos en el capítulo segundo: la necesidad de una racionalización del capitalismo desde arriba (a través de jardines para niños) y las experiencias de identidad popular que se van a ir consolidando durante esta primera generación de obreras y obreros floristas. La misma autora dos años después produciría un nuevo artículo desarrollando las ideas del informe anterior. Desde una crítica a la idea de Engels sobre emancipación de la mujer por medio del trabajo, sostenía que la doble jornada fue una característica de la incorporación de ellas al mundo laboral y no supuso un fin de la dominación masculina. Tanto en un estudio como en el otro, su denuncia de la continuidad y sobreexplotación del trabajo femenino describen con certeza lo que ocurría durante la transición entre el primer (1965-1976) y el segundo momento (1977-1996) de los trabajadores floristas.

Bajo una línea de género similar y dentro del mismo libro que publicó el artículo de Medrano, Alicia Eugenia Silva desarrolló de mejor manera el problema de la transición de la mujer campesina hasta convertirse en obrera florista. Para Silva, las estructuras parcelarias existentes antes de la llegada de las empresas de flores determinaron muchas de las funciones que debían cumplir las obreras aun cuando ya entraban a un régimen social diferente al de la hacienda; la cultura campesina imprimía sobre ellas algunas obligaciones de vieja data sobrepasando las transformaciones ocurridas después del proceso de proletarización. Aunque este estudio es muy importante pues apunta al campo cultural campesino, se queda corto en su definición y trata de suplirla con el apego a teorías que a veces van más allá de lo demostrado empíricamente.¹¹

La mejor caracterización de las obreras floristas en este período de transición entre el primer y el segundo momento está en el informe presentado en 1982 por Gloria Rojas de Vargas.¹² En este, Rojas aplicaba

10 Diana Medrano, *El caso de las obreras de los cultivos de flores de los municipios de Chía, Cajicá y Tabio en la sabana de Bogotá* (Bogotá: Organización Internacional del Trabajo, 1980).

11 Silva, «De mujer campesina a obrera florista».

12 Gloria Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la sabana de Bogotá» (Bogotá: Comité Colombiano de Colaboración con la Comisión Interamericana de Mujeres de la Organización de Estados Americanos, 1982).

encuestas a grandes grupos de trabajadoras y trabajadores para llegar a conclusiones generales. Después de dividir los grupos poblacionales dependiendo del tamaño de su empresa (pequeña, mediana y grande), su género y edad, llegó a la conclusión de que entre más grande fuese la empresa, mayor posibilidad tenían sus obreros de sindicalizarse y por esta vía alcanzar mayor bienestar. No obstante, dejó abierta la pregunta sobre la creación de jardines y puso en duda si fueron ganados o no por las trabajadoras sindicalizadas, pues estos fueron creados años antes de que las empresas pudiesen tener sindicatos de gran tamaño. Más allá de este contraste, en cuanto a la caracterización de las trabajadoras, es el estudio con datos empíricos más rico al que hemos tenido acceso y los utilizaremos como insumo en el primer capítulo.

Interesada por la agencia femenina, Greta Friedemann-Sánchez estudió en la década de los 90 cómo las obreras floristas experimentaban la dominación masculina y su posibilidad de renegociación dentro de la estructura familiar. Las empresas de flores funcionaron como dinamizadoras de este proceso, primero, porque fueron los lugares en los que se posibilitaron las redes de comunicación entre las obreras: al contar acerca de la violencia que sufrían, entendieron que sus casos no eran individuales y que debían exigir un trato más justo; y segundo, porque gracias al régimen salarial podían exigir nuevos tratos con los hombres debido a su posibilidad de negociación dentro de la economía doméstica. Curiosamente, las estrategias para la renegociación de género evidenciadas por Friedemann-Sánchez estuvieron siempre en la vida cotidiana y no bajo formas institucionales. En vez de exigir un trato más digno por medio de sindicatos o un movimiento social, lo hicieron cada una bajo su propio contexto: podían escaparse del hogar dejando a los hombres el cuidado de los hijos —y el de él mismo— para que ellos entendieran el trabajo que suponían las labores domésticas, o simplemente llevar una vida con una pareja sentimental pero sin convivir juntos por las presiones que eso suponía.¹³

Además de ser un estudio valioso porque trata de rescatar la agencia lejos de los cauces institucionales o directamente confrontativos, el trabajo de Friedemann-Sánchez es fundamental, pues entiende a las trabajadoras floristas desde su contexto y sentidos forjados en diferentes

13 Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 208-10.

tiempos. Así, establece que para la década de los 90 hay tres tipos de trabajadores: raizales, que han vivido por más de dos generaciones en la región; antiguos, que se establecieron hace veinte años por mucho; y migrantes, que provenían de otras regiones desde hacía cinco años aproximadamente. Cada uno de estos grupos generacionales tenía una forma de ver la vida de manera distinta, e incluso su capacidad de acción cambiaba. Mientras que para los raizales era mucho más difícil romper con las normas culturales del deber ser subjetivo, para los antiguos y migrantes la posibilidad de irse de la casa en la que sufrían abusos por parte de los hombres con quienes la habitaban era una estrategia que mostraba su agencia. Indudablemente, Friedemann-Sánchez trató con las diferencias de sentido y de normas y expectativas —sin denominarlas así— dentro de los obreros y obreras floristas, y aunque no se haya enfocado en su primer momento —1965 a 1976— evidenció que entre las obreras que tenían mayor edad y las más jóvenes existían diferencias que iban más allá de una simple generalización sobre las generaciones.

Nos hallamos entonces ante un objeto de estudio alterno tanto desde la mirada sobre el deber ser de los sujetos como desde su accionar mismo. Orlando Fals Borda ya había notado la singularidad de los campesinos de la sabana de Bogotá en un estudio de caso en la vereda Saucío del municipio de Chocontá (al norte de la capital). Bajo una mirada estructural funcionalista se preguntaba por la aparente docilidad de los campesinos de la región y argumentaba que esta se debía a factores históricos que desde la época colonial fueron convirtiendo a sus pobladores —primero indígenas y luego campesinos— en sujetos dóciles y sumisos. Para Fals Borda, esto debía cambiar gracias a la modernidad que iba llegando a mediados del siglo XX en formas de caminos pavimentados, el paso del ferrocarril y, sobre todo, la construcción de una hidroeléctrica en la región. Una vez establecida esta modernidad material, era cuestión de tiempo para que los campesinos empezaran a elevar su nivel de vida civilizándose y entrando a exigir sus demandas dentro de los cauces institucionales.

Más allá de las críticas que se le han hecho al estructural-funcionalismo sobre la teleología implícita que supone, el trabajo de Fals Borda esboza una discusión interesante. A los ojos de las ciencias sociales contemporáneas es muy difícil plantear que un grupo poblacional era sumiso o que no era lo suficientemente maduro como para exigir

derechos. Sin embargo, al preguntarse por las características culturales que tenían los campesinos en la periferia de Bogotá a mediados del siglo XX y su relativa particularidad con los de otras regiones, estableció un nicho investigativo que pocos decidieron continuar. Aunque el trabajo de Friedemann-Sánchez intentó explorar algunos de los tópicos planteados por el mismo Fals Borda pero en los años 90 —como la agencia de las mujeres—, se hace necesario preguntarse qué pasó con el proceso de modernización en la región después de los años 50 y cómo esta incidió en el sentido que tenían de la vida. Entre 1965 y 1976 muchos campesinos se articularon a una nueva forma de relación por medio de salario con los mismos patrones de antaño en las empresas de flores, y continuaron observando el mundo bajo un sentido tradicional: exigiendo normas hacia arriba y de manera horizontal, y esperando que cada sujeto dentro de la sociedad actuara acorde a este marco. A pesar de que existieron nuevas vías con asfalto —el tren llevaba casi cincuenta años de funcionamiento en algunos municipios del occidente de Bogotá—, se electrificó la región y nuevas empresas formales incomodaron y le quitaron el puesto al régimen de relaciones precapitalistas, los sujetos continuaron esperando favores de sus patrones y manteniendo las relaciones de género poco cuestionadas.

Esta investigación utiliza como aparato conceptual el marco de normas y expectativas mencionado por Edward Palmer Thompson en *Costumbres en común*¹⁴ aunque con un enfoque de género. Este concepto buscaba interpretar la manera en que los sectores populares en la Inglaterra del siglo XVIII comprendían su mundo, sus deberes y los que las élites tenían hacia ellos. Así, a falta de un divorcio dentro de la Iglesia anglicana, los artesanos consentían con sus esposas la venta de ellas como salida a una vida matrimonial que no querían. A su vez, exigían el uso de la tierra con base en derechos consuetudinarios y apelaban tradicionalmente a normas generadas con anterioridad bajo una estructura social que estaba cambiando tanto en términos materiales como culturales.

En la historiografía mundial pocos conceptos han sido tan utilizados como el de «economía moral». En un principio, este servía como

14 Edward Palmer Thompson, *Costumbres en común*, trad. Jordi Beltrán Ferrer (Barcelona: Editorial Crítica, 2000).

unos lentes que interpretaban una realidad que se salía de los moldes clásicos funcionalistas o que designaban comportamientos como parte del folclore. Al intentar explicar cómo los sectores populares ingleses en el siglo XVIII reaccionaron al establecimiento de los nuevos precios del trigo y el pan basados en el nuevo credo liberal de la economía de mercado, Thompson mostró que, contrario a lo que muchos pensaban, los sectores populares tenían una profunda conciencia de lo que ocurría y decidían apelar a las viejas costumbres de precios fijados por las autoridades reales. De esta manera posibilitó que muchos investigadores se refugiaran en el concepto para tratar de interpretar formas de conciencia política basadas en la tradición y en la costumbre.

Años más tarde, Thompson reconocería que su concepto había ido más allá de lo que él había interpretado, y por ello trató de aclarar a qué se refería. Para él, la economía moral no servía como los lentes que definían toda conciencia política que apelaba a la tradición: era un concepto situado históricamente y que definía un momento exclusivo en la Inglaterra en transición hacia el establecimiento del capitalismo. La economía moral era tal porque era una contraposición a la economía de libre mercado que pretendían imponer las nuevas élites y la misma corona inglesa. Así, aunque señalaba que el concepto había transitado más allá de su obra, también concluía que había sido construido bajo una realidad particular sincrónica y espacial.¹⁵ Esto no quiere decir que no pueda ser aplicado a otras realidades más allá de la que intentó explicar.

Si estuviéramos ante un objeto de estudio distinto, unas protestas populares que querían devolver el establecimiento del jornal o motines que querían destruir las empresas de flores, por ejemplo, podríamos utilizarlo. Existiría una conciencia política que apelaría a los usos consuetudinarios para intentar conservar unas relaciones que beneficiaran a una gran mayoría popular. Sin embargo, este no es el caso. Los obreros y obreras floristas no estuvieron en contra del establecimiento de las empresas de flores, y tampoco rechazaron el nuevo régimen salarial que estas traían. Con una profunda conciencia política de lo que ocurría a su alrededor, continuaron esperando los favores de sus patrones más allá del mero pago de salarios, e intentaron —los hombres— continuar con la dominación de género a pesar de que sus esposas también estuviesen

15 Ibid., 294-394.

trabajando y de que el argumento de que ellas eran inferiores por dedicarse a labores no monetizables se empezaba a distorsionar. Estamos pues frente a unos sujetos que apelaron a usos tradicionales no en contra de una nueva forma de entender la economía, sino en la búsqueda de preservación de unos intereses de género, de construcción de identidad y de relaciones de reciprocidad. El término *economía moral* no es, por tanto, aplicable a los obreros floristas entre 1965 y 1976.

Consciente de los límites de su propio concepto, en el estudio introductorio de *Costumbres en común* Thompson señalaba que cada una de estas manifestaciones culturales tradicionales constituían un marco de normas y expectativas. En él trató de englobar comportamientos, actitudes y deberes, tanto verticales como horizontales, y todo un sentido político del mundo dentro de la Inglaterra del siglo XVIII. En nuestro caso, a pesar de que intentamos explorar una transición entre unas relaciones precapitalistas hacia unas más modernas, los deberes presentes como normas de reciprocidad y las relaciones de género —además de otros tipos de comportamientos y sentidos del otro— operaron y pueden definirse como un marco en el que los obreros comprendían sus deberes y exigían comportamientos hacia los otros, tanto semejantes como superiores.

Además, este concepto es funcional cuando el objeto de estudio observa tanto las condiciones materiales de producción como los sentidos culturales que los sujetos experimentaban. No era posible entender a los trabajadores floristas sin conocer por qué se trasladó la producción de flores desde Estados Unidos a la sabana de Bogotá, y cómo se intentaba maximizar la producción evitando toda posibilidad de confrontación legal. Empero, el objeto material no determinó la posibilidad de acción y sentido que los obreros y obreras tenían. Esta relación entre ser social y conciencia social ocupó gran parte del trabajo del mismo Thompson y, cansado del debate entre el determinismo estructural y el relativismo cultural, ante la pregunta de si era o no marxista a mediados de los 80, concluía que:

Me siento más cómodo con el término materialismo histórico. Y también con la opinión de que las ideas y los valores están situados en un contexto material y las necesidades materiales están situadas en un contexto de normas y expectativas; y de que uno da vueltas a este multilateral objeto

social de investigación. Desde una perspectiva es un modo de producción, desde otra un modo de vida.¹⁶

En la actualidad, se ha intentado definir vagamente a la historia social como la encargada de estudiar a las estructuras sociales y posibilidades materiales de una época, mientras que desde la historia cultural se explora el sentido que los sujetos o las sociedades tienen de un tema determinado y sus transformaciones dentro del lenguaje. Desde su nacimiento, en la historia social se tranzaron debates acerca de la relación entre estructura económica y subjetividad no determinada. Intentando ver las dos caras de la moneda, esta investigación opta por un aparato conceptual que a la par que intente ver la agencia social y el sentido de dominación en unos sujetos particulares, también los sitúe dentro de un contexto material del que dependían pero que no establecía determinismos en su posibilidad de pensamiento o acción.

Delimitar cómo operó un sentido en una comunidad o grupo social bajo un contexto material dado no significa explicarlo en términos procesuales genéticos. En esta investigación hemos hecho una apuesta por exponer la agencia de obreros y obreras floristas bajo un marco determinado, pero en ningún momento nos proponemos argumentar cómo se desarrolló este marco en la larga duración. Aunque Fals Borda trató de encaminar su interpretación sobre el *ethos* dórico de Saucío en esa dirección, un examen sobre la formación de sentido regional en la sabana de Bogotá todavía está por realizarse y serían necesarias otras armas teóricas en su búsqueda. En suma, esta no es una sociogénesis del sentido de los trabajadores en la región, sino un examen de cómo un marco de normas y expectativas operó en obreros y obreras floristas sobre la concepción que estos tenían de las relaciones de dominación.

Pero el uso exclusivo de este concepto no es suficiente para acercarnos a la comprensión de la experiencia de obreros y obreras floristas durante el período estudiado. El sentido tradicional que operó en los trabajadores funcionó bajo una relación de género que lo diferenció. Al mismo tiempo que las mujeres definieron una lucha en contra de sus compañeros de hogar por encima de una confrontación clasista, los hombres vieron a los patrones como las posibles fuentes de favor en la

16 Thompson, *Agenda para una historia radical*, 11.

búsqueda de un mejoramiento de vida. Así, es necesaria la incorporación de un enfoque que permita estudiar la diferencia entre las dos construcciones sociales y aclarar de qué manera se relacionaron entre sí.

Es imposible abordar la agencia femenina de las obreras floristas sin comprender cuál era su relación de subordinación con los hombres. En ese sentido, el presente trabajo se suma a la postura de Joan Scott que plantea la relación de género como una visión que entiende de otra manera la historia, y no como un mero agregado al pasado de los hombres.¹⁷ Dicha relación es una categoría analítica que da sentido a la historiografía misma, no como una suma a la narrativa de lo que hicieron los dominadores, sino como una perspectiva que entiende su relación como constitutiva de un sentido general pero diferenciado. Las obreras floristas no estaban en una esfera independiente de los obreros: fue en la relación con ellos que sus luchas adquirieron un sentido de renegociación y no de confrontación clasista. Así, la pregunta sobre la agencia femenina no se hace solo en virtud de conocer históricamente cuál era la capacidad de las mujeres en incidir sobre sus vidas y tratar de mejorarlas, sino cómo se relacionaron dentro de una estructura que las oprimía y se experimentaba en sujetos de carne y hueso con sus propias normas de dominación. En suma, para comprender mejor el marco de normas y expectativas operante en obreros y obreras floristas se debe entender cuál era la relación de género existente entre ellos.¹⁸

Como en el período estudiado obreros y obreras tuvieron una gran movilidad entre los trabajos en las empresas de flores, era normal que también trabajaran en las haciendas de la región. No existieron entre 1965 y 1976 obreros urbanos en términos generales, sino que iban y venían entre el trabajo asalariado de las empresas y las relaciones precapitalistas de las haciendas. Por ello, aunque este estudio se dirija hacia obreros y obreras floristas, esto no significa que no se analice el mundo campesino en el que se desarrollaba la labor y con el que compartían momentos y prácticas. Así, en algunos pasajes se tratará de manera

17 Joan W. Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *The American Historical Review* 91, n.º 5 (diciembre de 1986): 1053, doi:10.2307/1864376.

18 Sin embargo, no optamos por ninguna de las tres salidas metodológicas que Scott plantea en su texto por considerarlas poco pertinentes al objeto de estudio y a la argumentación misma.

indistinta a campesinos y obreros, porque en la evidencia empírica estas fronteras no estaban determinadas.

Aunque la hacienda y las empresas de flores fueron las dos actividades que utilizaron la mayor parte de mano de obra, en la región también existían otros renglones económicos en los que pocos habitantes podían laborar. Además de pequeñas industrias que producían para el mercado local elementos de primera necesidad —como jabones, ladrillos o cristalería—, los pobladores también podían trabajar en la construcción o en minería. Estas actividades eran muy localizadas —como los mineros de sal de Zipaquirá o los constructores de la represa del Sisga en Chocontá— y en algunas ocasiones desarrollaron disputas contestatarias a diferencia de los obreros y las obreras aquí estudiados. Evidentemente, estos oficios y luchas de otros obreros —con diferentes experiencias de clase— eran conocidos en la región, pero sus experiencias de dominación no se hicieron generalizadas. Funcionaron como una otredad dentro los oficios y las relaciones sociales existentes de la hacienda y las nuevas empresas de flores, como veremos en los dos testimonios de trabajadores de la época.

Además de los informes presentados a la CEPAL y a la OIT, mencionados anteriormente, como fuentes esta investigación utiliza: la base de datos sobre sindicatos realizada por el Ministerio del Trabajo; la correspondencia de campesinos y líderes de Escuelas Radiofónicas dirigidas a Radio Sutatenza o a Acción Cultural Popular (ACPO); y entrevistas a extrabajadores floristas que laboraron en las empresas de flores entre la década de los 60 y 70.

Durante los años en los que ha operado el Ministerio del Trabajo —con sus diferentes nombres o asociaciones— el Estado colombiano ha recibido y elaborado documentación relativa a conflictos laborales en muchas dimensiones productivas en el ámbito nacional. Evidentemente, al ser el órgano rector los sindicatos solicitaban su conformación a través de este, y las demandas que no se pudiesen solucionar bajo arreglos con los patrones de manera sencilla, llegaban como pliego de peticiones y tribunales de arbitramento al Ministerio. Es una beta poco explorada dentro de los estudios históricos sobre conflictos laborales, pues poca de su documentación ha pasado a manos de instituciones que buscan su preservación y consulta —Archivo General de la Nación— y actualmente la mayor parte de los archivos generados por sindicatos

permanecen en custodia de un tercero —privado— que nada ha hecho en la posibilidad de sacarlos a consulta pública. En este estudio hacemos uso de su base de datos sobre sindicatos, sin embargo, es posible que algunas de las asociaciones de base creadas durante la época no estén presentes o simplemente no se hayan incluido dentro del conteo que hicieron para la realización de la matriz. Todo dato es aproximativo y en ninguna medida una fiel representación de la realidad; al ser la única fuente que tenemos sobre la totalidad de sindicatos debemos trabajar sobre ella, aunque en un futuro pueda cambiar.¹⁹

Teniendo en cuenta los altos niveles de analfabetismo presentes en la sociedad rural colombiana, desde 1947 el sacerdote José Joaquín Salcedo Marín se propuso crear una emisora que llevase la educación y el desarrollo a los campesinos con un enfoque católico lejos de pensamientos más radicales como el comunismo y el anarquismo. Así nació Radio Sutatenza, una emisora que a la par que tenía programas culturales sobre cómo mejorar las labores agropecuarias, también trataba de alfabetizar a los campesinos con clases en vivo y el manejo de cartillas que eran entregadas previamente. ACPO años después se convertiría en la institución que abanderaba dicha labor civilizatoria del campesino y aglutinaba a las escuelas radiofónicas y a sus líderes que supervisaban cómo funcionaban cada una de estas aulas improvisadas en cambuches, habitaciones o al aire libre en la ruralidad colombiana. Al solo necesitar un radio, muchos campesinos empezaron a vincularse con el proyecto primero como estudiantes y después, en los años 70, como líderes y lideresas. Tanto unos como otros se relacionaron con Radio Sutatenza y ACPO bajo correspondencia en la que contaban sus problemáticas diarias y cómo la emisora les había ayudado con sus labores domésticas al permitirles participar en concursos de coplas —estrofas sencillas con rimas pareadas o alternas— en los que podían ganar un radio transistor, o simplemente compartían sus experiencias educativas.

19 La diferencia entre los datos que podemos recolectar con cada una de las personerías jurídicas dadas a organizaciones y la base de datos del Ministerio del Trabajo es muy dicente. En un trabajo anterior exploré esta diferencia y aunque no había muchos cambios, existían contradicciones que hacían poner en duda la recolección de información por parte de la institución. Ver Edwin Herrera Avellaneda, *Todo está cambiando: Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2019).

Con el compromiso de ACPO, de remitir los archivos de la correspondencia, además de grabaciones sonoras, documentación pedagógica y semanarios, este acervo documental fue remitido a la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá. Sin quererlo, las experiencias cotidianas plasmadas allí por parte de los campesinos y líderes de las escuelas radiofónicas constituyeron la principal fuente en la que empíricamente en la actualidad los historiadores podemos examinar la cultura popular y el sentido que tenían de su vida y sus relaciones sociales en la segunda mitad del siglo XX. Algunos investigadores han demandado más atención a este acervo documental en la búsqueda de la comprensión de la capacidad de acción de los sujetos rurales, especialmente la mujer campesina.²⁰ Sin lugar a dudas, constituye una ventana de acceso al otro histórico, y la consulta de las cartas recibidas tanto por ACPO como por Radio Sutatenza fueron fundamentales en la comprensión de cómo los campesinos de la sabana de Bogotá veían sus relaciones interpersonales y con las élites.

No obstante, su sentido debe enmarcarse en la posibilidad misma que daba la institución clerical. Al ser una correspondencia que se basaba fundamentalmente en diferentes relaciones dentro de la vida religiosa —laica o no—, esta tendía a maximizar el peso del catolicismo en los campesinos de la época. Difícilmente encontraremos en esta fuente alusiones a una vida más allá de la cultura católica. Sin embargo, no podemos asumir su valor heurístico como total, pues era evidente que su comunicación hacía parte de un ideal más que de una realidad empírica. En el mismo compendio de cartas desde y hacia ACPO podremos encontrar a dirigentes de las escuelas radiofónicas comentando su buen trabajo, y a personas quejándose de las fiestas en las que ellos se enfrascaban pero que no describen en su comunicación con Joaquín Salcedo: «Alguien me dio buenas noticias de un cursillo en Chocontá y que lo apreciaron mucho, pero otro “alguien” también me informó de un descuido suyo en asuntos de bebida».²¹ Así, es evidente que aunque

20 Mary Roldán, «Acción Cultural Popular, Responsible procreation, and the roots of social activism in rural Colombia», *Latin American Research Review* 49 (2014): 27-44.

21 Carta de Joaquín Salcedo a Antidio Ordoñez, 4 de noviembre de 1963. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

intenten mostrar toda una vida virtuosa, la correspondencia debe verse dentro de un complejo entramado en que su valor de verdad siempre entra en contradicción con otros aspectos de la vida misma.

Además de estas dos fuentes, al ser un objeto de estudio relativamente reciente se podía recurrir a la memoria oral como parte de la investigación. Lastimosamente, el período de investigación y acercamiento a las fuentes coincidió con dos picos de la pandemia de COVID-19 en Colombia. Por tanto, el acceso a personas mayores —además de su poca disposición a hablar— fueron aspectos limitantes para el desarrollo de esta fuente, que se proyectaba mayor. Con suerte, se logró que dos extrabajadores floristas accedieran a contar parte de su vida y las experiencias dentro de las empresas de flores durante los años 60 y 70. Doña María Gonzáles, nuestra primera entrevistada, había nacido en el municipio de Bojacá en 1939 y había trabajado en Flores Juanambú entre 1973 y 1979. A su vez, don Alfonso López había nacido en el municipio de Tena en 1945 y había desarrollado su vida entera como trabajador agrícola en las diferentes haciendas del occidente de Bogotá, con un paso por Flores la Conchita entre 1968 y 1972 donde trabajó debido a la cercanía que él tenía con el dueño de la empresa.

Como otros estudiosos de la memoria y la historia oral han señalado, una de las precauciones a considerar es que esta siempre está teñida de intereses en el presente.²² Cuando se rememora, siempre existen intereses, ideas o sentidos —conscientes o no— que hacen que el recuerdo no se reproduzca tal como fue. Pero no se trata de exprimir al entrevistado en la búsqueda de la pureza del recuerdo, al contrario, se procura que este dé una versión lo más libre de los hechos y que dentro de la crítica que toda fuente debe tener, el historiador relacione los recuerdos primarios con las experiencias más recientes y así poder acceder a un testimonio que evidencie a su vez los problemas de la memoria en un presente. En nuestro caso, a pesar de que insistimos en que doña María nos contara acerca de su relación con la Iglesia católica en los años 60 y 70, esto no fue posible debido a su nueva identidad como testigo de

22 Daniel James, «Escuchar en medio del frío: La práctica de la historia oral en una comunidad de la industria de la carne Argentina», en *Doña María: Historia de vida, memoria e identidad política*, trad. Horacio Pons (Buenos Aires: Manantial, 2004), 123-59.

Jehová. Don Alfonso también pasó por un proceso similar pues, aunque conocíamos de su pasado algo marcado por la dominación de género y el consumo de alcohol, este no lo mencionó tratando de mantener una imagen positiva frente a un entrevistador que había conocido solo unas semanas atrás.

Sin duda, toda fuente debe criticarse en virtud del examen del pasado. A diferencia del documento escrito que puede mantener cierta reserva sobre su valor de verdad a través del tiempo —no así quien lo guarda y para qué lo hace—, en el caso de la memoria debemos observar con mayor detenimiento cómo las experiencias posteriores afectaron el testimonio y de qué manera este funcionó dentro de un sentido valorativo que el sujeto entrevistado le dio. Con un examen riguroso hecho sobre los recuentos del pasado en función de su sentido y no de su veracidad empírica, examinamos la memoria de dos extrabajadores de las flores para complementar algunas lagunas existentes dentro de las demás fuentes o tratar de entender el porqué de algunos comportamientos de obreros y obreras floristas, aunque siempre se relacionó con la función de los sentidos rememorados en virtud del presente que interrogaba.

Como menciona Renán Silva, las fuentes deben pasar necesariamente por un proceso de transformación con el objetivo de incorporarlas dentro del argumento del historiador.²³ De esta manera, pierden su valor dentro de un contexto determinado para servir como insumo dentro del análisis histórico. En nuestro caso, procuramos alejarnos de una mirada positivista sobre las virtudes católicas presentes en la correspondencia de ACPO, cuestionamos siempre el peso del sentido de presente dentro de la memoria de los dos entrevistados y relacionamos entre sí todas las fuentes para intentar ofrecer un argumento que respondiera a las preguntas formuladas.

En el primer capítulo se aborda por qué el sindicalismo no logró posicionarse como una alternativa de mejoramiento de vida para las obreras y los obreros. Bajo este marco de normas y expectativas, que los sujetos trataran de crear sindicatos para exigir dinero o un trato

23 Renán Silva, «La servidumbre de las fuentes», en *Balance y desafíos de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI: Homenaje a Jaime Jaramillo Uribe*, comp. Adriana Maya y Diana Bonett (Bogotá: Uniandes-Departamento de Historia / Cesó, 2003), 27-46.

más justo no fue una posibilidad. Además de que el sindicalismo se veía como extraño, de otras regiones que eran más revoltosas, tampoco significaba nada para los obreros pues ellos debían procurarse el favor del patrón además del sueldo. Para las obreras los sindicatos tampoco eran una posibilidad, pues no cuestionaban su principal experiencia de dominación que, lejos de ser de clase, era de género.

El segundo capítulo explora la agencia alternativa que tuvieron obreros y obreras. Tras un recuento de las posibilidades de demandas que tenían basados en un reformismo católico y la personificación de estas en Raúl Zambrano Camader, se plantea que si bien no constituyeron sindicatos —o pelearon con el patrón los que él había creado—, existieron otras formas de mejorar su nivel de vida. El favor del patrón significaba para los hombres la posibilidad de ejercer poder y demandar dentro de las localidades mejoramientos de vivienda o posicionamientos dentro de empleos mejores. Para las mujeres floristas, la asociación con las señoras de élite les significaba no solo una «ampliación del mundo» sino también una posibilidad para renegociar su posición de dominadas dentro del hogar con instrumentos como el establecimiento de jardines infantiles. Finalmente, si bien no existió una confrontación directa entre capital y trabajo, desde lo simbólico sí que se disputaron y se crearon las identidades apelando a la construcción de un nosotros popular —masculino—, que era diferente a las élites y que debía preservarse en función del mantenimiento del sentido.

CAPÍTULO PRIMERO

AQUÍ NO SOMOS ASÍ: SOBRE LA INCOMPATIBILIDAD DEL SINDICALISMO CLÁSICO EN OBRERAS Y OBREROS FLORISTAS ENTRE 1965 Y 1976

—¿Por qué ustedes no se crearon sindicatos en Flores Juanambú?
—Jummm, no sé. Éramos pendejos.²⁴

Desde el establecimiento de las empresas de flores, las trabajadoras y los trabajadores floristas no vieron como válida la creación de sindicatos para mejorar su nivel de vida o demandar hacia el Estado o a sus patrones. En este capítulo se analizará de qué manera la institución de la hacienda prefiguró algunos comportamientos y actitudes que las obreras y los obreros tuvieron en las nuevas empresas. Además, se estudiará cuántos sindicatos se crearon durante este período y cómo el marco de normas y expectativas desarrollado en la diacronía funcionó como un negador de la lucha institucional en boga entre los años 60 y 70 basándose en las personificaciones de la buena mujer y el buen trabajador, y a

24 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

veces llegando a los extremos de una caracterización del sindicato como el sinónimo del mal.

DE LA HACIENDA A LA EMPRESA DE FLORES

En Colombia, la disputa por la tenencia de la tierra ha sido uno de los elementos más recurrentes dentro de las demandas de los campesinos, colonos y arrendatarios. Con una frontera agraria abierta desde mediados del siglo XIX gracias a la disposición del Estado por cultivar las tierras incultas, el interés por hacerse con terrenos baldíos hizo que campesinos y empresarios intentaran la titulación. Como todo el proceso costaba dinero y se hacía desde Bogotá, fueron los terratenientes ausentistas los que se hicieron con el control de muchas tierras, aprovechando a la vez el poco conocimiento que el Estado tenía sobre el suelo y la escasa capacidad de acción que este tenía en las regiones. Solo hasta la década de los años 20 del siglo XX, el Estado empezó a desarrollar leyes que beneficiaban al colono en la búsqueda de la titulación de la tierra en contra de los grandes terratenientes. Sin embargo, los esfuerzos y avances de esta época retrocedieron en la década posterior con la Ley 100 de 1936.²⁵

Este vacío legal que acompañó a los conflictos agrarios durante la primera mitad del siglo XX —incluso después— se enmarcó en regiones con la posibilidad de apertura de una frontera agraria. Así, la costa caribe, el Magdalena Medio o los llanos orientales fueron el escenario de conflicto entre quienes decían poseer la tierra legalmente y quienes la habían trabajado durante años esperando su titulación por parte de un Estado que desconocía las dimensiones del problema. Solo en el caso de la colonización antioqueña se dio un proceso de tenencia de la tierra por familias de campesinos que la cultivaron y fue este el epicentro de la producción cafetera que despegaría en las primeras décadas del siglo XX. Alternó a estos dos procesos, las tierras altas del altiplano cundiboyacense se escaparon de dicho conflicto al mantener una seguridad jurídica sobre su propiedad desde tiempos coloniales o al ser el primer botín que dio el naciente Estado a los combatientes en las guerras de

25 Catherine Carlisle LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*, trad. Hernando Valencia G. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988), <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53401>.

Independencia. Al contrario de lo sucedido en las zonas de colonización, en el terreno plano que bordea a Bogotá no ocurrieron grandes conflictos por la titulación de baldíos pues no existía una frontera de colonización abierta, la titulación estaba sustentada desde la colonia o fue concedida por el recién creado Estado colombiano.

Es posible que durante el siglo XIX hubiesen concurrido algunas problemáticas sobre la tenencia de la tierra en la sabana de Bogotá. En una lucha por acabar lo que quedaba de los resguardos coloniales, en las últimas dos décadas decimonónicas las haciendas se hicieron con el control de parte de las tierras comunales a favor de sus extensos territorios en complicidad con un Estado que buscaba liberar la mano de obra presente en dicha institución de viejo régimen.²⁶ Sin embargo, el mestizaje ya había dado el primer paso en la extinción de la identidad muisca y la apropiación de tierras por parte de hacendados solo fue el puntillazo final del proceso. Para mediados del siglo XX no existían resguardos en la sabana de Bogotá, y la forma de vinculación de los campesinos con la tierra era a través de arrendamiento, trabajo por jornal o, en menor grado, la aparcería.

A diferencia de lo que pasaba en otras latitudes, en la sabana de Bogotá no existía una fuerte identidad étnica que ayudara a tender lazos de solidaridad entre los subordinados de la hacienda.²⁷ Como el mismo Fals Borda documentó, los campesinos eran profundamente liberales en su concepción del trabajo: trataban de buscar el jornal a quien pagara más, quien les sirviera como punto de apoyo en las diligencias administrativas o simplemente donde existiera el trabajo, incluso llegando a competir por convertirse en aparcerero de algún hacendado.²⁸ Así, se concluye que para mediados del siglo XX no existían grupos sujetos a una misma hacienda

26 Al igual que en otras latitudes, intelectuales decimonónicos demandaban la liberalización de la tierra al mismo tiempo que planteaban la idea de una proto-patria americana en las comunidades indígenas. Ver Óscar Guarín Martínez, «De bárbaros a civilizados: La invención de los muisca en el siglo XIX», en *Muisca: Representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*, ed. Ana María Gómez Londoño (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005), 228-46.

27 En el caso ecuatoriano, ver, por ejemplo, Andrés Guerrero, *La semántica de la dominación: El concertaje de indios* (Quito: Ediciones Libri Mundi-Enrique Grosse-Luemern, 1991).

28 Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2017).

sino mano de obra libre y algunos cuidadores y mayordomos que servían como capataces de las fincas productoras. Lejos de lo acontecido en otros países andinos, no había una sujeción de la mano de obra por parte del hacendado: transitaba de una finca a otra bajo trabajos estacionarios, aunque algunos privilegiados quedaban al cuidado de la producción o como sirvientes de la familia principal de la hacienda.

Las tierras del occidente y norte cercanas a Bogotá fueron objeto de interés por parte de las élites colombianas. Su importancia no solo estaba dada por su cercanía a la capital, sino porque eran tierras fértiles que necesitaban poco trabajo —eran planas— y se prestaban para cultivos de grandes extensiones y ganadería a gran escala que podía suplir la demanda de productos básicos —trigo, cebada, maíz, leche— de la capital. Los beneficios que traían tanto la cercanía como la capacidad productora hicieron que fuesen tierras altamente valoradas. Por ello las élites colombianas durante el siglo XIX y parte del XX empezaron a establecerse en la sabana de Bogotá, migrando desde otras regiones, en la búsqueda de sus beneficios y explotación.

El caso de la familia Germán Ribón es representativo. Con una ascendencia que se remonta hasta los albores del proceso independentista en Mompox, los Germán Ribón se establecieron a finales del siglo XIX en una extensa finca a treinta kilómetros al occidente de la capital. En ella cultivaban papa, trigo o cebada que era llevada al creciente mercado bogotano de la primera mitad del siglo XX. Su posesión no solo concedía estatus dentro de las élites capitalinas, sino que posibilitaba un flujo constante de dinero que los hacía mantener una comunicación y viajes hacia el exterior, especialmente a Francia, país del que eran oriundos los Germán Ribón. Es claro que este caso no es único. Muchos de los hacendados y terratenientes de la región tenían un contacto directo con algún país europeo, se involucraban en la política nacional y basaban su ejercicio de poder tanto en la producción agraria como en la política nacional. Utilizaban el Estado como el lugar del mantenimiento de su jerarquía. Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo o Alfonso López Michelsen fueron algunos de los terratenientes de la región o pertenecían a estas familias de hacendados, además de algunos extranjeros.

Estos dueños de haciendas no solamente figuraban como productores de bienes para el mercado bogotano, eran representantes políticos y

transaban en el ejecutivo nacional o local favores para sus iguales de clase o sus campesinos apoderados. Desde las alcaldías —representantes del ejecutivo local— consejos municipales o simplemente como representantes de altas familias incidían sobre los proyectos a realizar, cómo debían llevarse a cabo y quiénes debían ser los beneficiados. Como veremos en el segundo capítulo, el establecimiento del jardín infantil en el municipio de Bojacá en 1974 fue una iniciativa de Laura Chiessa de Germán Ribón, que junto a su esposo entonces concejal, propusieron un espacio en el que se cuidara a los niños de las mujeres que laboraban en las empresas de flores de la región, entre ellas la suya, con dineros públicos.

Con el crecimiento acelerado de mediados de siglo en Bogotá producto de la migración de la violencia en el sector rural después del 9 de abril de 1948, estas haciendas experimentaron una demanda por el aumento de la producción. Una de las interesadas en que la cantidad de cebada y trigo aumentara era Bavaria, una compañía cervecera fundada a comienzos de siglo por Leo Kopp —un alemán— que sustentaba la fabricación de sus bebidas en los cultivos de la sabana. Así, empezó un proceso de modernización técnica y de relaciones sociales en el que las haciendas involucraron mayor uso de mano de obra y máquinas para la recolección y almacenaje de los cereales. Todo ello, continuando el modelo de producción para el mercado de la capital.

Así, las haciendas empezaron a importar maquinaria desde el exterior y a contratar cada vez más obreros en la búsqueda de maximizar la producción de papa o granos para la cervecería. Evidentemente, el cambio fue radical: se pasó de un arado tirado por bueyes a el manejo del tractor, y de una cosecha a mano a la máquina recolectora de trigo o cebada. Aunque la transición fue muy rápida durante los años 50, esto no amenazó a los trabajadores que hasta ese momento cumplían las labores tradicionales en la hacienda. Al utilizarse la nueva maquinaria, los campesinos pasaron de tirar los bueyes a manejar el tractor del arado o a manipular la *combinada*. A su vez, dentro del proceso se requerían más manos para trabajos nuevos: instalación de grandes silos, manejo de tubería para riego y otros fueron oficios que demandaron cada vez un mercado laboral mayor. Una vez establecido el proceso de modernización, otro cambio importante llegó para las haciendas: el negocio de la exportación de flores parecía prometedor y lo tenían todo para desarrollarlo.

Don Miguel de Germán Ribón parece ser el fiel testigo de este proceso de transición. Una vez llegado de Francia a comienzos de los años 50 donde estudió Ciencias Políticas, decidió darle un enfoque diferente a la hacienda familiar incluyendo dentro de esta la producción de rosas para las élites capitalinas.²⁹ De esta manera, dividió la hacienda en dos y una parte la dedicó a cultivos alternativos —flores y hortalizas— y la otra continuó con la producción de papa, trigo, cebada o maíz.³⁰ Años después conocería la tesis de David Cheever sobre las facilidades del establecimiento de la producción de flores de corte para exportación al mercado norteamericano, y establecería en 1967 la empresa Flores La Conchita S. A. en la búsqueda de tal fin.

Otros hacendados siguieron el mismo camino. La producción de flores de corte, a pesar de ser ideada desde Estados Unidos por académicos ansiosos de abaratar los costes de producción, fue desarrollada con capital nacional generado entre las familias más acaudaladas de la región y con una conexión internacional importante. De esta manera, utilizaron los conocimientos traídos por David Cheever —que había hecho su tesis en el pregrado sobre las facilidades de implantar el cultivo en la sabana de Bogotá en los años 50— y la iniciativa de Edgar Wells en el propósito del mantenimiento de su poder basado en la producción de la tierra. No obstante, la transformación fue paulatina. Don Alfonso López, que había trabajado para los Germán Ribón cuando niño, recuerda que cuando volvió del ejército en 1968 la hacienda conservaba una parte para la producción de cultivos tradicionales y la otra parte se había llenado de invernaderos con las rosas y *delphinium* que Miguel de Germán Ribón llevaba a Chapinero o exportaba hacia Estados Unidos.³¹ Las empresas no se dedicaron de manera exclusiva a la producción de flores, sino que mantuvieron zonas dedicadas a los cultivos tradicionales que aseguraban el flujo de capital para un negocio que, para la década del 60, todavía aparecía como prometedor, pero que no daba un flujo de caja suficiente para su desarrollo a gran escala.³²

29 El Tiempo, «Falleció el pionero de la floricultura en Colombia», *El Tiempo*, 16 de septiembre de 2012.

30 Alfonso López, entrevistado por el autor, 7 de septiembre de 2021.

31 *Ibíd.*

32 La única empresa que se dedicó totalmente a la producción de flores para exportación fue Floramérica S. A., fundada por el norteamericano Edgar Wells en

Bajo una tierra con títulos de propiedad claros, capital local surgido en la producción de cultivos tradicionales, una élite que se ocupaba de la producción agrícola y ganadera a la par que desarrollaba sus intereses en la administración local y un proceso de modernización técnica impulsado por el aumento poblacional de Bogotá a mediados de siglo, la institución de la hacienda transitó hacia un modelo diferente: la empresa de flores. Entre 1965 y 1976 coexistieron las dos en tránsito y se disputaron una a una mano de obra reducida que migraba rápidamente entre un empleo y otro. Además, el cambio representaba unas prácticas que poco se habían dado en la región: que los hacendados empezaran a pagar sueldos estacionales, alejándose del modelo de pago por jornal practicado en las décadas anteriores, y que se acogieran a la legislación laboral en la búsqueda de ser más atractivos para los compradores norteamericanos.

CANTIDAD DE SINDICATOS FLORISTAS: ¿UNA INICIATIVA OBRERA?

El código laboral operante en 1965 era el que se había desarrollado en 1959 durante el segundo año del Frente Nacional. Este se había dado en el marco de una paz entre las élites y una concordancia sobre la función que debía tener el Estado en la búsqueda de la preservación de sus intereses económicos.³³ El nuevo código le abrió paso a los Tribunales de Arbitramento que procuraban la solución de los conflictos laborales entre empleados y patronos por medio de una mediación del Ministerio del Trabajo, previo al establecimiento de una huelga. A su vez, planteaba la ilegalidad de los paros y el despido de los trabajadores por parte de los empleadores que persistieran en la actividad huelguística a pesar del anuncio de ilegalidad por parte del Ministerio. En suma, el Código Laboral de 1959 daba la posibilidad a los grandes empresarios de tener mayores medios para frenar las luchas confrontacionales y continuar la producción gracias a su tendencia a beneficiar al empresariado más que a los trabajadores.

1967. El resto continuó con un modelo de producción mixto, aunque rápidamente se dedicaron de manera exclusiva a la exportación de flores debido a los grandes flujos de capital que representaban.

33 Víctor Manuel Moncayo y Fernando Rojas, *Luchas obreras y política laboral en Colombia* (Bogotá: La Carreta, 1978).

Además del Código Laboral, durante el Frente Nacional se dieron los debates para que se incluyera dentro del pago mensual al obrero por su labor una parte que se iba a dedicar exclusivamente a la atención en salud y un aporte a la pensión. Debido a las constantes crisis del Instituto de Seguro Social (ISS) y la Caja Nacional de Previsión Social (CAJANAL) fundadas en la década del 40, se planteó que, por facilidades para los empresarios, el pago de estos dos montos se sumara al salario que devengaban por la labor. De esta manera, el salario integral surgió como un mecanismo que intentaba dar una seguridad social a los trabajadores a pesar de las constantes crisis que las dos instituciones tenían para cumplir con su fin misional. Evidentemente, como plantean Moncayo y Rojas, este salario debe verse como una herramienta que los grandes empresarios utilizaron en función de liquidar la competencia que no podía pagarlo.³⁴ Lo recibían los obreros floristas mensualmente, aunque en ocasiones se dividían entre semanas o quincenas.

A su vez, el Código de 1959 continuaba con la consolidación de la estructura sindical en Colombia. Para crear una organización de base, veinticinco trabajadores o más debían estar de acuerdo en formar un sindicato y exigir a los demás trabajadores una cuota por afiliación. Tenían dos tipos de clasificación: por clase y por tipo. La clase organizaba a los sindicatos según el origen de los trabajadores que lo conformaban: *empresa*, si los veinticinco trabajadores —o más— pertenecían a la misma empresa; *industria*, si no eran de la misma empresa pero laboraban en la misma línea productiva; *gremio*, si los trabajadores desempeñaban un oficio en particular independiente de la empresa en que laboraban —o eran desempleados—; y finalmente existía la clase *oficios varios*, si no existía una relación directa entre las labores realizadas, y las empresas en que laboraban eran diferentes. Además, los sindicatos podían dividirse en tres grados: *primer grado* cuando los individuos crean organizaciones de empresa, gremio, oficios varios o industria; *segundo grado* cuando es una federación que contiene varias organizaciones de base; y finalmente, *tercer grado* cuando agrupa a las organizaciones de segundo grado y se hacen llamar *confederaciones*. En la década de los 60 teníamos dos confederaciones relativamente fuertes: la Unión de Trabajadores Colombianos (UTC) y la Confederación de

34 Ibid., 270.

Trabajadores Colombianos (CTC). En 1974 se le daría personería jurídica a la Confederación Sindical de Trabajadores Colombianos (CSTC) con una evidente filiación comunista, alejándose de las otras dos que tenían la misma línea que los gobiernos del Frente Nacional.

Entre 1965 y 1977 operaron doce sindicatos de trabajadores floristas. Todos estos sindicatos fueron de primer grado y no presenciamos la creación de federaciones. De los doce sindicatos nueve eran de clase empresa, dos gremial y uno de industria. Estos datos ratifican lo disperso que se dio la producción durante la época, pues eran varias empresas las que desarrollaban sus labores en la búsqueda de la exportación de flores hacia Estados Unidos. A su vez, confirma la relativa flexibilidad con la que los funcionarios del Ministerio del Trabajo manejaban las categorías, pues a pesar de que fuesen obreros de una misma empresa, se crearon los sindicatos alrededor de la clase gremio. De la asociación de base Sindicato nacional de trabajadores de los cultivos de flores frutas y hortalizas de Colombia no obtuvimos fuentes que nos hablaran de su formación, pero pareció ser el único intento de crear una organización que recogía a muchos obreros floristas independiente de su empresa de labor.

La mayor cantidad de sindicatos floristas entraron en una lucha confrontacional en la década de los 80, como lo muestran estudios sociológicos surgidos en ese momento.³⁵ No obstante, estos sindicatos fueron creados durante la primera generación o antes, como es el caso del sindicato de Flores La Conchita. Con el establecimiento de muchas empresas nuevas de flores de corte y la transformación de algunas fincas tradicionales en la sabana de Bogotá, rápidamente los sindicatos fueron obteniendo su personería jurídica. Si observamos la tabla 1, encontraremos que la mayoría de ellos tenían domicilio en la ciudad de Bogotá, dato algo prescindible porque las empresas estaban matriculadas en la capital a pesar de que los cultivos estuviesen a algunos kilómetros de allí. Por ejemplo, la empresa Floramérica S. A. se matriculó en la ciudad de Bogotá, aunque su lugar de producción fuese en el municipio de Mosquera (Cundinamarca), a veinticinco kilómetros del centro de la capital.

35 Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la sabana de Bogotá».

Tabla 1. Sindicatos floristas entre 1965 y 1976

Fecha de creación de la empresa*	Fecha de obtención de personería jurídica del sindicato	Nombre del sindicato	Clase de sindicato	Localidad
1969	18/05/1955	Sindicato de Trabajadores Flores La Conchita Germán Ribón y Cía S. en C.	Empresa	Bojacá
1969	21/10/1970	Sindicato de Trabajadores de Floramérica S.A.	Empresa	Bogotá D. C.
197736	16/12/1971	Sindicato de Trabajadores de la Empresa Flores Colombianas Cía. Ltda.	Empresa	Bogotá D. C.
1972	3/04/1974	Sindicato de Trabajadores de la Empresa Royal Carnations Ltda.	Empresa	Chía
Sin datos	3/04/1974	Sindicato Nacional de Trabajadores de los Cultivos de Flores Frutas y Hortalizas de Colombia	Industria	Bogotá D. C.
1972	31/05/1974	Sindicato de Trabajadores de Flores de Exportación S.A. Florex	Empresa	Madrid
1971	17/06/1974	Sindicato de Trabajadores de Flores de los Andes Ltda.	Empresa	Bogotá D. C.
Sin datos	19/07/1974	Sindicato de Trabajadores de Flores de la Sabana Ortega Salazar y Valenzuela y Cía.	Empresa	Bogotá D. C.
1972	18/09/1974	Sindicato de Trabajadores de Flores del Río S.A.	Gremio	Bogotá D. C.
1973	7/04/1975	Sindicato de Trabajadores de Flores Tequendama Colombia	Empresa	Bogotá D. C.
Sin datos	1/09/1975	Sindicato de Trabajadores de Flores Esmeralda S.A.	Gremio	Abejorral
1972	10/02/1977	Sindicato de Trabajadores de Claveles Colombianos Ltda.	Empresa	Bogotá D. C.

Fuente: Base total de Sindicatos. Ministerio del Trabajo de Colombia.

Elaboración propia.

* Datos consultados en la web.

36 Como se afirmó, desde el momento de conformación de una organización de base hasta la obtención de su personería jurídica podría trascurrir un año o más. Por ello, a pesar de que a este sindicato lo hubiera aceptado el Ministerio del Trabajo en 1977, su conformación es anterior y corresponde con el período estudiado.

Al relacionar fecha de creación de las empresas con la de sindicatos es evidente que pasaba muy poco tiempo entre ambas. En la mayoría de casos, las empresas fueron matriculadas años después del comienzo de la producción y su primera exportación. El caso de Floramérica S. A. lo demuestra, pues a pesar de que su producción empezase en 1965, solamente hasta 1969 fue matriculada y un año después su sindicato tuvo personería jurídica; situaciones similares se repiten con Royal Carnations Ltda., Flores de los Andes Ltda. y Flores del Río S. A. Flores La Conchita parece diferir un poco, aunque esto se debe a que la empresa era anterior y estaba enfocada en la producción de hortalizas y flores para el mercado bogotano durante los años 50, como vimos.

Si miramos con detenimiento los documentos de las personerías jurídicas encontraremos que los estatutos de los sindicatos se establecían con meses —incluso años— de anticipación a la legalización de la organización de base, es decir, entre que se creaba un sindicato y este obtenía su reconocimiento legal pasaban por lo menos nueve meses.³⁷ Así, se deduce que entre la conformación legal de la empresa y la creación del sindicato pasó muy poco tiempo, incluso pudieron darse a la par. ¿Significa esto que el poder de organización de las obreras y los obreros fue tan grande para rivalizar con la misma creación formal de la empresa? Al parecer no.

A pesar de que la mayoría de las empresas fuesen propiedad de hacendados establecidos en la región desde décadas atrás, estos sabían cómo era la producción de flores y la cantidad de mano de obra que debía utilizarse en la búsqueda de beneficios económicos. Como ya se afirmó, algunos estudiosos norteamericanos vieron el potencial de cultivo en la sabana de Bogotá y sus interpretaciones fueron bastante conocidas por los hacendados de la región. Era claro, entonces, que conocían las condiciones del negocio y las consecuencias que la sobreutilización de la mano de obra tenía. En 1968 la huelga de la National Floral Workers Organization había hecho perder mucho dinero y activos a las empresas situadas en la costa oeste y en el centro de Estados Unidos, había desafiado fuertemente al principal productor de flores

37 Herrera Avellaneda, *Todo está cambiando: Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional*.

Ray Kitayama y había generado lazos con otros sectores como el movimiento estudiantil.³⁸ El conocimiento de estas circunstancias hacía que todas las empresas constituidas después de esta actividad huelguística trataran de cooptar la formación de sindicatos y dirigirlos como prevención hacia sus intereses. Si a esto le sumamos la poca mano de obra y su movilidad presentes en la región durante los primeros quince años de la producción, como documenta el informe de Vargas de Rojas,³⁹ el cuadro estaría completo.

Don Alfonso López no recuerda que existiese un sindicato cuando trabajó en los años 50 en la hacienda de Miguel Germán Ribón, ni cuando volvió de prestar el servicio militar en 1968 y trabajó en Flores La Conchita hasta 1972. Aunque la memoria sea siempre una fuente que se debe examinar en su valor de verdad con otras fuentes según el sentido operante que el entrevistado tenga, que no recuerde ni siquiera haber pagado la cuota de afiliación parece muy dicente. Es poco probable que fuese un dato inventado por el Ministerio en su base de datos, pues el objetivo de esta es establecer el número de organizaciones de base que pueden relacionarse y pedir tribunales ante el Estado. De esta forma, nos encontramos ante una organización de papel creada para evitar el cese de actividades en las empresas, práctica algo común para el empresariado colombiano que intentaba con esto neutralizar cualquier movimiento huelguístico controlándolo desde el momento mismo de su creación.

A los dueños de las empresas les interesaba controlar los sindicatos que se pudieran crear en ella. Bajo el Código Sustantivo del Trabajo, dado en 1947 y ratificado en los posteriores, toda actividad que parara la producción en una empresa determinada debía ser asumida por la mayoría de obreros afiliados al sindicato después de someterse a una votación. En la misma empresa no podían existir al mismo tiempo dos sindicatos, y si desde la matrícula de la empresa misma el patrón se aseguraba el control del único sindicato creándolo, tenía controlados las huelgas y paros que lo pudiesen hacer perder activos, pues la velocidad a la que debía cortarse la flor y ponerse en el aeropuerto para ser llevada

38 Priscilla Falcon, «Only Strong Women Stayed: Women Workers and the National Floral Workers Strike, 1968–1969», *Frontiers: A Journal of Women Studies* 24 (2003): 140–54.

39 Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la sabana de Bogotá».

a Estados Unidos no podía exceder las cuarenta y ocho horas, y con un día de huelga su capital se veía amenazado. Este fenómeno de crear sindicatos manejados por el patrón no fue exclusivo del sector floricultor. Como estudió Luz Gabriela Arango, en el caso de la industria textil del valle del Aburrá los dueños de las empresas también intentaron hacerse con el control del sindicato, cooptándolo y creando —con miembros de la Iglesia católica— nuevas organizaciones de base con personas que ellos pudiesen manejar a su manera.⁴⁰

En la historiografía colombiana la tesis que ha tenido mayor fuerza sobre el sindicalismo ha sido la de la debilidad por esquirolaje, defendida desde la década de los 60 por Miguel Urrutia.⁴¹ Él argumenta que, debido a la gran cantidad de mano de obra presente en Colombia, cuando un sindicato intentaba renegociar el salario y se iba a huelga, otros trabajadores eran llamados a cumplir la misma función que los rebeldes y rápidamente la empresa volvía a funcionar con un personal distinto. Para Urrutia, debido a la poca especialización que requería el mercado laboral en los diferentes sectores, los trabajadores eran fácilmente reemplazables en el caso de que algunos de ellos decidieran parar la producción. Desde esta perspectiva económica, el sindicato solo existió en Colombia durante el siglo XX para la negociación de salarios, y como eran débiles debido al esquirolaje, debieron disputar sus intereses en espacios más allá de los meramente laborales y por ello se insertaron al mundo de la política entre los años 30 y 60.

Los estudios sobre el mercado laboral colombiano en términos cuantitativos todavía están en deuda, sin embargo, deben sectorizarse para entender el comportamiento de las relaciones sociales en unas regiones particulares. Mientras que en algunas ciudades el crecimiento demográfico en la segunda mitad del siglo XX puede fortalecer el argumento de Urrutia, en otras regiones sucede al contrario, como Fals Borda documentó en 1951.⁴² Evidentemente, los ciclos de urbanización, movilización y desplazamiento —forzado o no— impactaron el

40 Luz Gabriela Arango, *Mujer, religión e industria: Fabricato 1923-1982* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia / Universidad Externado de Colombia, 1991), 153-58.

41 Miguel Urrutia, *Historia del sindicalismo en Colombia, 1850-2013* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2016).

42 Fals Borda, *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*.

mercado laboral dependiendo de su contexto, pero hacer la abstracción de ello y formularlo como ley general es un despropósito. Debido a la escasa mano de obra que disponían las empresas de flores, su rápida movilización entre ellas, las haciendas y otros sectores, estas debieron asegurar que las obreras y los obreros mantuvieran cierta regularidad sin huelgas para que el negocio fuese productivo. Evidentemente, el sindicalismo en la rama de producción de flores de corte no fue débil por el esquirolaje que se podía presentar, sino por la cooptación que hicieron sus patrones y la poca capacidad de acción que veían en dicha organización las trabajadoras y los trabajadores floristas.

Como vimos, la cantidad de sindicatos creados durante los primeros años de actividad de las empresas de flores es bastante diciente, aunque este fenómeno no fue producto de una iniciativa de los trabajadores sino de sus empleadores. Comparándolos con el total de sindicatos creados en Colombia para la época, el contraste es aún mayor. Este primer momento de trabajadores floristas coincide con el tercer período del sindicalismo en Colombia (1964-1976)⁴³ en el que se dieron unas posturas mucho más contestatarias en el marco de unas experiencias de dominación que superaron la bipolaridad en la política y demandaron transformaciones mucho más estructurales como la necesidad de una reforma agraria o el cambio mismo de modelo económico. Evidentemente, estas necesidades se plantearon con anterioridad en el sector popular colombiano, pero, bajo un clima de un fuerte voluntarismo político, estas tendieron hacia su exigencia tanto por la vía contestataria institucional como los espacios extrainstitucionales. Después de las promesas hechas en la formación del Frente Nacional, con las esperanzas rotas de unos cambios que no surtían ningún efecto práctico, otras posibilidades de cambiar la realidad aparecieron dentro del repertorio de lucha de los trabajadores colombianos.⁴⁴ No obstante, en cuanto a su número los sindicatos floristas parecen ser pocos en contra de los creados en otras ramas de actividad.

43 Edwin Herrera Avellaneda, «100 años de sindicalismo en Colombia: Una aproximación cuantitativa» (ponencia, XX Congreso Colombiano de Historia, Cartagena de Indias, 2022), 15.

44 Herrera Avellaneda, *Todo está cambiando: Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional*.

Dentro de la cantidad de sindicatos de la agricultura los floristas ocuparon una mínima porción. Si observamos el porcentaje dentro del global de agricultura, encontraremos que difícilmente constituyeron un renglón importante, salvo el año de 1974 en el que además la cantidad de sindicatos agrícolas creados descendieron con respecto a la década anterior. Evidentemente, la creación de estos sindicatos por rama de actividad dependió en gran medida de la cantidad de demandas por tierra y la posibilidad de que el Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (INCORA) reconociera a los sujetos que hacían presión desde asociaciones de tipo gremial.⁴⁵

Tabla 2. Cantidad de sindicatos floristas de primera generación creados vs. el total de sindicatos agrícolas

Año	Cantidad de sindicatos creados	Cantidad de sindicatos agrícolas	Cantidad de sindicatos floristas	Porcentaje de sindicatos floristas vs. agricultura
1955	190	31	1	3,2
1970	121	24	1	4,1
1971	136	17	1	5,8
1974	169	18	6	33,3
1975	248	26	2	7,6
1977	115	6	1	16,6

Fuente: Base total de sindicatos. Ministerio del Trabajo de Colombia.
Elaboración propia.

Más allá del balance dentro de su mismo renglón de actividad, si comparamos la cantidad de sindicatos floristas con otras ramas como la industria manufacturera o el sector público las diferencias son aún más abismales. Aunque esta relación sea algo injusta al comparar toda una actividad con una agroindustria en formación, si entablamos el cotejo con la industria textil, los transportadores de Bogotá u obreros de actividades más pesadas, la conclusión se hace más fuerte: el sindicalismo florista tuvo una baja cantidad de asociaciones durante sus primeros años de formación.

En suma, el sindicalismo florista durante su primera generación fue débil debido a los intereses de los empleadores por cooptar la actividad sindical en la búsqueda del mantenimiento del ciclo productivo y su

45 Ibid.

capital. Además, se puede observar que la creación de sindicatos contrastó con el momento histórico colombiano y los demás sectores productivos. Pero la respuesta a la inquietud sobre la debilidad del sindicalismo sobrepasa las construcciones cuantitativas que los historiadores podamos hacer y las razones que nos muestra el mantenimiento mismo del capital, pues ¿por qué las trabajadoras y los trabajadores no le arrebataron el control del sindicato a los empleadores durante este período?, ¿por qué no denunciaron abiertamente la explotación laboral que traían las nuevas empresas de flores si el uso de la mano de obra constituía la mayor ganancia del empleador? La respuesta a estas inquietudes debe afrontarse observando el sentido que las trabajadoras y los trabajadores tenían de la vida con sus iguales, las relaciones que mantenían con sus patrones y qué esperaban de ellos; hay que observar cuál era su marco de normas y expectativas.

EL BUEN TRABAJADOR Y LA BUENA MUJER: CONSOLIDACIÓN SUBJETIVA DEL MARCO DE NORMAS Y EXPECTATIVAS

En 1961, tras años de investigación en la vereda Saucío (municipio de Chocontá) en la sabana de Bogotá, Fals Borda concluía que

el *ethos* dórico de Saucío parece ser, en alto grado, el resultado de experiencias traumáticas sufridas por esa comunidad durante los períodos históricos de la conquista, la colonia y la república. Estos fenómenos culturales, causados principalmente por la élite, han proporcionado un impulso negativo tal, que la situación social y mental de los saucitas se ha empobrecido. En términos generales, el temor al otro mundo, la reserva y la hipocresía fueron grandemente acentuados, el primero por los españoles y los otros dos por los propios indígenas, durante el período inmediatamente posterior a la conquista. La resignación, la docilidad y el fatalismo fueron el resultado natural de las inflexibles condiciones creadas en la época colonial. Finalmente, en el período republicano se estimuló el individualismo mediante el caos y la guerra civil, así como el fanatismo político por la explotación más completa de la docilidad. El *Weltanschauung* de estos campesinos parece ser el resultado de una acumulación lenta y continuada de esas ocho pautas y actitudes. En una palabra, el grupo saucita ha desarrollado un *ethos* de pasividad: aquella cualidad de moverse solamente cuando se es objeto de una fuerza externa, o de recibir y soportar con poca o ninguna reacción.⁴⁶

46 Fals Borda, *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*, 261.

Aunque este escrito fue muy criticado debido a su poca comprensión de la agencia campesina, su rígido estructural-funcionalismo y a la luz de los posteriores trabajos del sociólogo, Fals Borda sembró una inquietud que pocos investigadores han continuado. En la actualidad, su concepto de *ethos* dórico es muy problemático, difícil de manejar y no lo compartimos. Sin embargo, es claro que en la sabana de Bogotá los trabajadores y los campesinos no tuvieron una postura contestataria como en otras regiones, ni en la década de los años 40 y 50, ni en los 60 y 70 cuando se establecieron las primeras empresas de flores.

Para encontrar la aparente «*docilidad*» de las campesinas y los campesinos de la sabana no es necesario irnos hasta la Colonia y el siglo XIX; un estudio sobre ello quizá corresponda a la sociología histórica y a un análisis desde la sociogénesis. Es claro que durante el siglo XX se cultivaron unas condiciones culturales que los sujetos aprendieron y desarrollaron con relación a los otros; estas funcionaron como una barrera que impedía la lucha contestataria por considerarla ajena a las buenas costumbres, incluso a veces relacionándola con el «demonio». A pesar de que la institución de la hacienda y de la iglesia fueron constitutivas de este sentido de mundo y marco de normas y expectativas, la cultura campesina y sus participantes siempre estuvieron cuestionando a los líderes de estas instituciones aun cuando representaban el orden y la moral; aunque le hacían caso al cura de la iglesia y al patrón, lo hacían por los favores recibidos y por la capacidad social de presionar el actuar de los sujetos.

Como hemos señalado, la tenencia de la tierra en la sabana de Bogotá no tuvo grandes cuestionamientos durante la época republicana —salvo las disputas entre la hacienda y los pocos resguardos que quedaron— ni en el siglo XX. El régimen de la hacienda fue bastante duradero, y empezó su disolución por la fragmentación de las herencias y la compra de pequeñas parcelas por parte de aparceros. Así, para 1950 había una pequeña clase de terratenientes que buscaba el control del mercado de la capital de trigo, maíz, cebada y papa, y una clase de microfundistas que laboraban en estas grandes plantaciones y que producían especias en pequeñas cantidades para el propio consumo y el del mercado local. Como el mismo Fals Borda documentó, los campesinos utilizaban la mano de obra familiar en el mantenimiento de la huerta en la que producían ajos y otros aliños, mientras que las grandes haciendas buscaban la maximización de ganancias con la tecnificación agrícola y ganadera.

Esta ausencia de conflictos por la tierra generó un campesinado distinto al de otras zonas del país. Al no existir duda jurídica sobre la posesión y una frontera agrícola cerrada, el único camino que le quedó a los campesinos fue la compra de los terrenos que arrendaban o de los que eran aparceros. Gracias a la producción constante en las haciendas y la división presentada por herencias en la primera mitad del siglo XX, los hacendados demandaban gran mano de obra y se disputaban a los trabajadores entre sí utilizando diferentes formas de capital para la búsqueda de su mantenimiento.⁴⁷ Con el continuo trabajo por jornal, el ahorro, la pequeña producción familiar de las parcelas y los préstamos de los bancos —en menor medida, pues se desconfiaba mucho de ellos—, los campesinos pudieron adquirir el terreno en el que vivían y algunos metros más en la década de los años 50 y 60.⁴⁸

De esta manera, la asociatividad en la búsqueda de la adquisición de tierras no fue una característica de la región, generando un campesinado poco rebelde que quería un mejoramiento de su nivel social a través de las reformas técnicas, la educación y la compra de pequeñas parcelas. Al existir una demanda constante de mano de obra de las haciendas y una posibilidad abierta de ser propietario con esfuerzos propios, los campesinos hicieron parte de un mercado laboral que les hacía sentir que su trabajo era valioso, y que podían venderlo al mejor postor. Para las nuevas empresas de flores esto fue un problema, pues los hombres que buscaban trabajo no duraban mucho en él: la idea de una movilización social era continua y al proletarizarse sentían que no estaban cumpliendo su cometido. Así, transitaban rápidamente entre una empresa y otra tratando de asegurar buenos tratos con sus jefes y posibilidades de ascenso en los otros negocios que estos mantenían. Les interesaba más cuidar el ganado o ser el mayordomo de la hacienda que el trabajo pesado que tenían que desempeñar en la creación de los invernaderos y en

47 Para los años 70, este era un fenómeno común. Si bien no es evidenciable que se pagasen mejores salarios, la necesidad de mano de obra por parte de los hacendados fue común incluso empezando los años 80. Ver Laura Umaña, «Análisis de la dinámica de cambio de la vereda de Canelón, Cajicá» (tesis de licenciatura, Universidad de los Andes, 1981).

48 Carta de Daniel Cifuentes a Ramón Sabogal, 30 de julio de 1959. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

la puesta en marcha de los cultivos,⁴⁹ pues los primeros les aseguraban la posibilidad de ser propietarios algún día.

Dentro de esta ausencia de conflictos por la tierra y un mercado laboral bastante dinámico por la movilidad de la mano de obra, el paternalismo se convirtió en parte de lo que sustentó el marco de normas y expectativas campesino en la sabana de Bogotá. La educación, la salud y otros derechos básicos no se exigieron al Estado, sino que se transaron con los superiores en la búsqueda de una salida hacia la modernidad, idea que traía el desarrollismo y que era difundida por Radio Sutatenza.⁵⁰ Si ellos podían educarse para salir adelante, la tarea debían asumirla ellos mismos sin ninguna necesidad de apelar al Estado. Durante la época, Radio Sutatenza y otras instituciones tanto nacionales como internacionales procuraron la educación campesina, y ellos la consintieron solicitando a ACPO el material para el estudio.⁵¹ Esto evidentemente forjó una idea de movilidad social que no dependía de las instituciones estatales, sino de los favores que se ganaban con los superiores, el esfuerzo propio y otras instituciones no estatales. El paternalismo cumplía las funciones que eran del Estado:

La feligresía de Zipacón se encuentra de condolencia a causa de la ausencia de nuestro párroco [...] actualmente en la parroquia [...] dejó en marcha, dos acueductos, varias juntas veredales o de acción comunal. La escuela nocturna, la cual la estaba dirigiendo el líder de acción cultural popular, material para el arreglo del templo, campos de basket ball, y tantas otras realizaciones de interés general [sic].⁵²

Con las empresas de flores, el paternalismo aumentó al no existir una relación de dominación directa con el patrón sino con los

49 Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 217.

50 «Un señor estaba peleando desde hacía mucho para que le pusieran el agua en su casa. Cansado de eso, le habló a don Miguel para que él mediara en la alcaldía. Al otro día le pusieron el agua al señor en la vereda». Alfonso López, entrevistado por el autor, 7 de septiembre de 2021.

51 Carta de Alexander Fisher y Orlando López Orozco al padre Ramón Sabogal, 2 de diciembre de 1962, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

52 Carta firmada por Aníbal, líder de las Escuelas Radiofónicas en Zipacón, dirigida al director de El Campesino, 3 de julio de 1964, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

intermediarios; mientras que los supervisores regañaban por no cortar de buena manera la flor y dejarla llena de botones —pequeñas flores que se deben quitar para que quede una sola flor principal—, el patrón se veía en las reuniones generales y solo cuando los trabajadores iban a pedirle algo, o quejarse de los abusos de un igual o un supervisor. Este alejamiento del hacendado, que se convirtió en el dueño de la empresa de exportación, generó un trato aún con más condescendencia por parte de los trabajadores y llegó a tratarse casi que como un salvador que les daba trabajo; los otros que exigían el corte de la flor y la disciplina laboral no eran buenos pues eran unos *levantados* que buscaban los favores del patrón siendo iguales que ellos.⁵³

Bajo estas condiciones, obreros y campesinos crearon una idea del buen trabajador sustentada en la capacidad individual de cumplir con el trabajo en poco tiempo y sin discutir las órdenes de los superiores. Si se era un buen trabajador, era más posible que su trabajo fuese conocido por el patrón y este lo tuviese en cuenta para ayudas en espacios extralaborales. Como uno de los objetivos era el ser propietario, si el obrero o campesino quería comprar una pequeña parcela y no tenía el dinero suficiente podía pedírselo prestado al dueño de la empresa o el cultivo. O en otras circunstancias, si no pensaba prestar el servicio militar obligatorio, podía acceder a las redes de influencia que sus superiores mantenían para que la libreta —documento dado cuando se prestaba el servicio militar o cuando se era apto para este— le fuese concedida sin *irse pal' monte*. El trabajar duro, acatar lo que se exigía y servir al patrón era una norma que se sustentaba en la posibilidad de guardar los intereses subjetivos que tenían los hombres de la sabana de Bogotá entre la década del 50 y 60 del siglo XX.

El ser buen trabajador era una norma que no era expectante del dinero recibido. A pesar de las circunstancias difíciles del trabajo, y de las duras condiciones climáticas que debían afrontar las obreras y los obreros, la labor soportada no era simplemente para recibir un salario. Además de este, lo que se buscaba era el favor de las élites para así mejorar su nivel de vida. En el pensamiento del campesino y obrero no solamente existía el recibir una remuneración por su trabajo, sino la posibilidad de tener un soporte dentro de las relaciones con el Estado

53 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

y con sus semejantes. Como veremos en el capítulo segundo, muchas veces se transitaba entre empresas y haciendas por el simple hecho de buscar un mejor patrón que cumpliera con las expectativas de ser prestante, lejos de que la empresa pagara salarios integrales y en la hacienda les volvieran a pagar por jornales.

Este paternalismo, el liberalismo de venta de mano de obra profundamente interiorizado y la ausencia de luchas históricas en torno a la tierra, no favorecieron que los hombres intentaran crear sindicatos para sacar un mayor beneficio económico, o simplemente para competir los abusos en la explotación de mano de obra que, como hemos visto, estuvieron presentes desde la implantación misma del negocio. No obstante, el sentido que poseían los hombres sobre cómo debía ser la vida y las relaciones con los otros era diferente al de las mujeres. Ellas, aunque reproducían algunos patrones del marco, también se sometían a este y eran depositarias de una doble dominación.

En el caso femenino, la dominación desde arriba no era experimentada con patrones hombres sino dentro de las labores domésticas como empleadas del servicio o simplemente bajo las actividades de socialización que pretendían las mujeres de la élite sabanera. Como se documenta, existían grupos de mujeres comandados por las esposas de hacendados —en algunas ocasiones extranjeras— que trataban de llevar la *cultura* y las buenas costumbres ciudadinas a las campesinas, pues el objetivo era sacarlas de su *estado de miseria*.⁵⁴ Más allá de la filantropía, lo que demuestran estas iniciativas es que eran las propias mujeres hacendadas las que conocían el diario vivir de las campesinas. Al tratarlas de llevar a conocer la ciudad o de paseo, no solamente mostraban la forma en la que se desenvolvía la vida *civilizada*, sino que a su vez les daban otra cara distinta a la de la dominación masculina. A pesar de que las campesinas trabajasen en la casa de los patrones ayudando con los oficios diarios, la experiencia de dominación les llegaba a partir de la socialización con las esposas de ellos. Esta relación estuvo muy alejada de crear conflictos clasistas durante este período; al contrario, supuso una ventana que

54 Carta de Carlos Huertas a José Ramón Sabogal, 22 de septiembre de 1964, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

utilizarían las mujeres en su lucha contra la dominación masculina.⁵⁵ Después de 1976, con la llegada de nuevas obreras de otras regiones y el crecimiento de los conflictos laborales, la experiencia de dominación clasista sería denunciada por las mismas obreras en contra de una élite que ya empezaba a perder su legitimidad paternalista.⁵⁶

Y es que las relaciones de género entre las mujeres y los hombres campesinos eran poco o nada cuestionadas antes del establecimiento de las empresas de flores y durante los primeros años de su funcionamiento. Al existir una relativa demanda de mano de obra continua, los hombres tenían la labor de ser los productores en el hogar, mientras que la mujer debía quedarse en casa, cuidar de los hijos hasta que estos entraran en edad laboral —generalmente en la infancia— y trabajar en las demandas del marido hasta que alguno de los dos faltara. Aunque pareciera una continuación del contrato matrimonial católico, las y los sujetos campesinos tenían la posibilidad de criticar lo que se decía en la misa o simplemente hacer caso omiso de lo que el jefe parroquial señalaba, como sostienen distintas fuentes.⁵⁷ Evidentemente, no había una sumisión total a las disposiciones de las autoridades eclesiales, aunque culturalmente aprendían su oficio dentro de esta familia nuclear y trataban de cultivarla en las nuevas generaciones.

La violencia física hacía parte de la cotidianidad en las relaciones familiares. Como documenta Friedemann-Sánchez, esta era una práctica ya en desuso para los años 90, pero que en los grupos poblacionales de mayor de edad —raízales— era común aunque ya empezaba a ser mal vista. El jefe del hogar tenía la obligación de reprender a sus hijos o pareja si estos transgredían alguna costumbre, o si simplemente entraban

55 Para la segunda y tercera generación se daría un cuestionamiento muy fuerte de las relaciones de género entre las obreras floristas. Como documenta Friedemann-Sánchez, para los años 90 las trabajadoras ya negociaban con los hombres y les disputaban espacios de poder, cosa que no se hubiese logrado sin la aceleración que dio la proletarización y las redes en las que se compartían experiencias. Ver Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 193-228.

56 Rodríguez y Silva, *Amor, mujeres y flores*.

57 Especialmente en la correspondencia de ACPO, eran muy comunes las quejas sobre las muchas críticas que recibían los jefes de las Escuelas Radiofónicas desde el campesinado. Aunque eran católicos por convicción, la intermediación de algunos jefes de la iglesia —o laicos— era cuestionada. ¿Es posible que este fenómeno obedezca a un conocimiento por parte de los campesinos de las redes de poder en la que los jefes de la Iglesia estaban inmersos?

en discusión. Los hijos continuaban el ciclo cuando se independizaban —generalmente adolescentes— y se casaban. Otra suerte tenían las mujeres, pues desde que se casaban tenían que soportar las golpizas por parte de sus esposos. Esta práctica era aceptada socialmente a veces por las mismas esposas, incluso solicitada por las suegras o cuñadas.⁵⁸ Sin embargo, cuando era muy fuerte en algunas ocasiones se llegaba a sancionar al agresor, sin que eso constituyera un cuestionamiento al hecho. Evidentemente, la violencia ejercida por los hombres hacia las mujeres significaba una afirmación de su posición como dominador en una esfera privada.

La mujer debía ser sumisa, estar a disposición del hombre y en sus labores se encontraba la educación de sus hijos. Como señalamos atrás, esta no era demandada al Estado sino que se buscaba dentro de un liberalismo feroz en el que muchas instituciones trataron de llevar distintos conocimientos a los campesinos. Responsables de la educación de la familia, intentaban instruirles lo mejor posible con el apoyo de las escuelas radiofónicas en pequeños cuartos que servían como habitación del matrimonio y los hijos.⁵⁹ A sus hijas las mujeres trataban de conseguirles puestos con sueldo o maximizar el tiempo en el que se casaban. En muchas oportunidades, las mujeres solicitaban becas en instituciones educativas clericales aduciendo pobreza y argumentando para su obtención las virtudes que sus hijas —castas, legítimas y *de casa*— tenían,⁶⁰ utilizando ocasionalmente miembros de la iglesia para lograr un mayor alcance en la petición.⁶¹

Es claro que estas estrategias pretendían estirar la vida de soltera de las adolescentes y mujeres para que no se casaran tan jóvenes. En su mayoría, quienes estaban detrás de las intenciones eran sus madres o ellas mismas, lo que revela una profunda intención de evitar la vida

58 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

59 Carta de Emma Preciada de Contreras a Ramón Sabogal, 6 de diciembre de 1964, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

60 Carta de Olga Marina González al director de las Escuelas Radiofónicas, 23 de septiembre de 1962, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

61 Certificado de Juan José Cuervo dando fe de la buena fama de Silvina Robayo, 1962, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

matrimonial y las obligaciones que esta le traían. Evidentemente había una agencia femenina producto de la conciencia de la dominación de género; aunque no fuese abierta la lucha, siempre trataron de cambiar la forma en la que se relacionaban con los hombres y romper los ciclos de violencia familiar que habían vivido.

Con las continuas inflaciones durante el Frente Nacional y el llamado de las empresas de flores a laborar allí, la mujer poco a poco se fue integrando a esta nueva forma de producción. Con los constantes aumentos de precio en los alimentos, el jornal del hombre no alcanzaba para la canasta básica, así que se hizo necesaria la movilización de las mujeres a los nuevos cultivos de flores o a otras áreas de trabajo en la ciudad, muchas de ellas incluso empujadas al mundo laboral debido a falta del hombre y su expectativa como dador.⁶² No obstante, el trabajo femenino no fue muy aceptado socialmente, pues la norma de género planteaba que la mujer debía siempre mantenerse en la casa al cuidado del esposo y los hijos, y los hombres reforzaron esta idea en la búsqueda de la preservación de su superioridad. Así, muchos les prohibieron a sus esposas que trabajaran en las empresas de flores,⁶³ llegando incluso a disfrazar de buena voluntad su intención de que la mujer se quedara cuidando de él. Entre 1966 y 1976 esto generó una mano de obra femenina estacionaria, que trabajaba durante algunos meses y luego volvía a las labores del hogar por presión de sus esposos o de los mismos padres de familia.

En la búsqueda de la preservación de la idea de la buena mujer, en la década de los 70 se difundió la idea de la promiscuidad que tenían las obreras floristas. No es necesario evaluar cuáles fueron los sustentos de este prejuicio, sin embargo, este posiblemente se basó en que en algunas ocasiones fueron antiguas trabajadoras sexuales quienes asumieron las labores en las empresas de flores,⁶⁴ o se sustentó en los abusos que se cometían por parte de algunos jefes de personal que pedían favores sexuales a cambio de la permanencia en el puesto.⁶⁵ Sin embargo, continuó siendo funcional en las décadas posteriores y su señalamiento significaba el abandono del trabajo por parte de las obreras de mayor

62 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

63 *Ibíd.*

64 Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la sabana de Bogotá».

65 López, entrevistado por el autor, 7 de septiembre de 2021.

edad.⁶⁶ Más allá de su valor de verdad, que aún se discute entre las mismas obreras floristas, el prejuicio de promiscuidad era funcional a los hombres que intentaban persuadir a sus esposas, hijas o sobrinas de las labores en las empresas de flores.

La razón de que lo utilizaran era el mantenimiento de su estatus de superioridad. Como siempre trataban de vender su trabajo al mejor postor y moverse entre una labor y otra, el hecho de que fuese la mujer la que daba una seguridad económica en el hogar era difícil de aceptar, y se llegaba a castigar con violencia física el trabajo de las mujeres, aun cuando era el hombre el que manejaba el dinero del hogar y decidía qué hacer con este. No obstante, las mujeres también contribuyeron al mantenimiento del prejuicio, siendo señaladas de *putas* por sus suegras, demás miembros de su familia o incluso sus mismas madres.⁶⁷

Además del prejuicio, quienes siguieron trabajando por necesidad o compromisos con el patrón tuvieron que desarrollar una doble jornada, obviamente no remunerada. Como sostienen la mayoría de los estudios de los 80 (Alicia Eugenia Silva, Diana Medrano, Rojas de Vargas, etc.), mientras que el tiempo después de la jornada laboral era utilizado por las obreras para las labores domésticas, el cuidado de los hijos y el mantenimiento del mismo esposo, los hombres salían a las tiendas que vendían cerveza, a descansar o a realizar otros trabajos que les permitieran mejores ingresos en su marcada *resistencia a la proletarización*.⁶⁸ Difícilmente los oficios del hogar eran divididos, pues siempre se esperaba que estos los asumieran las mujeres a pesar de que fuesen ellas las que aportaban con la mayoría de dinero en el hogar. En la mayoría de las ocasiones, el salario de la mujer era administrado por el hombre. Por ello, muchos estudios de la época plantearon que lejos de liberar a la mujer, la proletarización aumentó su dominación al desarrollar una labor en la empresa y otra en la casa sin el manejo del dinero que ganaban en la primera.⁶⁹

66 Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 225-6.

67 *Ibíd.*

68 En una mirada sobre los primeros obreros de las principales ciudades de Colombia, Mauricio Archila encontró comportamientos similares de sujetos que además de recibir su salario como proletarios, intentaban diversificar sus ingresos con otras tareas. Ver Mauricio Archila Neira, *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992), 101-4.

69 Silva, «De mujer campesina a obrera florista».

Así, la primera dominación a la que estaban sujetas las mujeres floristas era la que experimentaban de sus propios esposos, padres o hermanos. La norma de la *buena mujer* como un sujeto dócil y que siempre hacía lo que el jefe del hogar disponía se imprimía sobre ellas y creaba una expectativa sobre la cual ellas miraban a sus iguales incorporándose dentro de su sentido de mundo en una relación dicotómica entre lo que debía ser y no ser. Su trato con las mujeres de la élite ayudó a confirmar que el principal yugo que mantenían era el que tenían con el hombre que compartían la casa; mientras que aquellas les *mostraban el mundo*, sus compañeros las trataban mal e intentaban quitarle la autonomía salarial que iban ganando con el ingreso a las empresas de flores al mismo tiempo que las golpeaban. Evidentemente experimentaron la dominación de clase y sabían que pertenecían a un sector social diferente pues se les exigía rendimientos en sus lugares de trabajo y se les miraba con aires de superioridad.⁷⁰ Sin embargo, el camino prioritario era cuestionar la relación de género y por qué ellas debían mantener el hogar y cuidar de su esposo cuando aportaban con dinero en la familia. Entre 1965 y 1976, intentaron debatir la dominación de género continuando en sus empleos y tratando de no ser tachadas con prejuicios en la búsqueda de una autonomía salarial. Después de 1976, junto con la crítica a la dominación de género vendría el cuestionamiento a la clase social, pero bajo circunstancias distintas.

Queda abierta la pregunta si la erosión del sentido de vida tradicional de obreros y obreras se dio por la irrupción de las transformaciones de los 70 bajo el medio de la radio. Doña María Gonzáles recuerda escuchar a Nino Bravo y a Cecilia y sus canciones más famosas «Un beso y una flor» y «Un ramito de violetas», respectivamente. Lo más probable es que las mujeres se significaran bajo estas historias después de 1976, cuando con la llegada de obreras de otras regiones y la relativa libertad que estas traían se reinterpretó la dominación de género y de clase en términos mucho más radicales. No obstante, como hemos afirmado, la radio hacía parte fundamental de su sentido de vida, aunque siempre debían contrastarla con la realidad que vivían. Si bien las radionovelas o los noticieros les hablaban de los cambios de la década de los 60 —revolución sexual, autonomía femenina, etc.— la realidad en que vivían

70 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

les hacía parecer esto como extraño, pues la norma era la tradición y la transformación no fue inmediata.

Así, con un paternalismo profundo, la idea liberal de la movilidad de la mano de obra, la ausencia de asociatividad obrera en torno a las luchas por la tierra y relaciones de género poco discutidas, el sindicalismo de tipo confrontacional no encontró un terreno fértil para echar raíces. Aunque se conociera la legislación laboral y existieran algunos sindicatos con personerías jurídicas cooptados por los empleadores, no se utilizaron como medidas de presión para mejorar su nivel de vida o denunciar la explotación que estaban sufriendo. Los hombres transaban mejoras a su vida a través de negociaciones directas con el patrón o en la búsqueda del mejor salario entre las haciendas o las empresas de flores. A su vez, las mujeres también experimentaban la dominación de clase, pero la más fuerte era la que mantenían en los hogares incluso a veces reforzada con la violencia. Así, este marco de normas y expectativas prefiguró de manera horizontal las exigencias entre los subordinados en la sabana de Bogotá, pero a su vez posibilitó otro tipo de agencia dentro de este y bajo unas expectativas de lo que debían hacer los patrones para el mantenimiento del orden.

VISIONES Y OPOSICIONES AL SINDICALISMO CONFRONTACIONAL

Desde el establecimiento del Frente Nacional quedó muy claro que la violencia bipartidista le daba paso a una confrontación entre clases mediada por la defensa del capital desde el Estado. Aunque en un principio el pacto trató de suponer una superación de los problemas estructurales de la sociedad colombiana y algunos sectores vieron en este la posibilidad de bienestar, la realidad fue muy diferente.

La idea de una reforma agraria por la vía institucional dio esperanzas a muchos campesinos que esperaban la titulación de tierras por las cuales habían luchado durante años en contra de terratenientes. Como vimos, este fue un fenómeno que se dio en la mayor parte del territorio colombiano que había tenido una frontera agrícola abierta y su disputa se dio por los títulos fraudulentos que ofrecían los terratenientes.⁷¹ Desde el Estado se creó el INCORA en 1961 para tratar de dar

71 LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*.

celeridad a una claridad sobre los títulos rurales y, en menor medida, el reparto de tierras de los grandes poseedores. La asociatividad campesina —fuerte desde los años 30— que había tratado de recuperar institucionalmente terrenos colonizados por campesinos, vio en las promesas de esta reforma una posibilidad para alcanzar el sueño de ser propietarios de las tierras trabajadas por ellos durante generaciones. Así, la cantidad de sindicatos de tipo agrario y gremial fueron avanzando desde el establecimiento del pacto hasta 1962, año en el que la reforma agraria empezó a cuestionarse a pesar de la posibilidad de creación desde el mismo Estado de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), que se daría en 1967.⁷² Más allá de que los procesos no avanzaran con la rapidez necesaria, lo que terminó cuestionando la reforma fue la violencia con la cual se reprimieron las manifestaciones u ocupaciones de campesinos a las grandes haciendas en la década del 60.

El movimiento obrero urbano y los estudiantes que habían contribuido a la caída de la dictadura de Rojas Pinilla también se desilusionaron rápidamente del Frente Nacional. Con el alza de transportes decretada el 1 de enero de 1959, obreros y estudiantes salieron a protestar contra la medida. Después de algunos días de agitación, desde estos sectores movilizados se creó el Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino (MOEC) como una punta de lanza de la vanguardia proletaria del país, aunque su visión ideológica difería mucho de la izquierda clásica al desarrollar un voluntarismo propio de los grupos contestatarios luego de la Revolución Cubana en 1959.⁷³ El MOEC funcionaría como el delta de la nueva izquierda colombiana, pues se dividiría en los 60 al calor de debates internos sobre la postura foquista o la revolucionaria por la vía democrática.⁷⁴

El interés por la creación de sindicatos durante el Frente Nacional no fue exclusivo de los campesinos colonos y la nueva izquierda. El Partido Comunista de Colombia (PCC), la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC) y la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) también procuraron la creación de organizaciones de base, aunque con

72 Herrera Avellaneda, *Todo está cambiando: Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional*.

73 Archila Neira, *Idas y venidas, vueltas y revueltas*, 279.

74 *Ibíd.*, 276.

finés completamente distintos. El PCC lo intentaba con miras a fortalecer el papel protagónico de la clase obrera en la revolución que daría paso al socialismo. Aunque durante esta época se tomó la vía armada como opción, el PCC siempre trató de fortalecerse con el discurso obrero clásico dentro de las fábricas y en los barrios; esto lo posicionaría como una fuerza importante en el paro cívico de 1977.⁷⁵

La posición de la CTC y la UTC parecían converger. Aunque la primera fuese la central pionera de los trabajadores durante la década de los 30, para los 70 ya no tenía la misma fuerza política de antes debido a sus posturas acomodadas al régimen y su reacción feroz al comunismo.⁷⁶ La UTC recogía con fuerza un sector de los trabajadores que no se representaba en los discursos liberales de la CTC, sino más bien bajo el modelo de la democracia cristiana y la negociación colectiva.⁷⁷ Era la central que tenía mayor fuerza, pero su postura a favor del régimen y en contra de cualquier manifestación radical hizo que gran parte de los trabajadores que experimentaban la lucha de clases en los 70 se acercaran a posturas más contestatarias. A pesar de su actitud a favor del Frente Nacional, durante el desmonte de este y debido a las constantes fluctuaciones de los alimentos y los servicios, después de 1974 tanto la CTC como la UTC desarrollaron demandas que recogían cada vez más a los sectores populares, sin que ello significara una vuelta hacia el radicalismo o hacia las izquierdas. Las dos centrales más la recién creada Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC) y el PCC protagonizarían el mayor movimiento en contra del Estado colombiano: el Paro Cívico del 14 de septiembre de 1977.⁷⁸

La transformación de la izquierda, el surgimiento de la nueva izquierda, los movimientos foquistas y las posturas de las centrales obreras eran conocidas también por los campesinos de la sabana de Bogotá y obreros y obreras floristas. Estaban al tanto de los discursos en los que cada uno de estos grupos se articulaban y eran conscientes de la función

75 Ricardo Sánchez, *¡Huelga! Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009), 359-89.

76 Herrera Avellaneda, *Todo está cambiando: Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional*, 39-55.

77 Urrutia, *Historia del sindicalismo en Colombia, 1850-2013*, 193-214.

78 Arturo Alape, *Un día de septiembre. Testimonios del Paro Cívico 1977*, 2.^a ed. (Bogotá: Ediciones Armadillo, 1980).

que ocupaban dentro de cada uno de los sujetos revolucionarios o no: «En Faca, en Madrid y Mosquera había socialismo y comunismo. Todo eso se conocía por aquí, [...] hasta en Bogotá que eso sí era la mata de eso». ⁷⁹ En algunas ocasiones, se ha tratado de subestimar su agencia tratando de escudarse en el desconocimiento que ellos tenían del mundo que les rodeaba: no se le enfrentaban al patrón porque no conocían cuáles eran sus derechos y posibilidades que el Estado daba. ⁸⁰ Esta postura no tiene ningún fundamento empírico y trata de explicar un problema bajo un prejuicio sin detenerse en su explicación.

Los obreros y obreras floristas conocían muy bien sus derechos, la posibilidad organizativa que el Estado ofrecía en sindicatos y las ideologías que sustentaban cada uno de los grupos y movimientos sociales en disputa. La respuesta de doña María ante la pregunta por la ausencia de creación de sindicatos en Flores Juanambú en los 70 parece ser sintomática: «éramos pendejos». ⁸¹ Aunque respetamos su rememoración de lo ocurrido hace cincuenta años, esta posición no parece coincidir con la misma fuente. Esta expresión de ninguna manera parece ser producto de la ignorancia en términos de legislación laboral, pues en su relato ella sabía cuáles eran los sindicatos que operaban en las ciudades próximas, y confirmaba la existencia de discursos radicales en los pueblos y la región, aunque nunca llegaron a masificarse. Su expresión, más que demostrar una falta de conocimiento, manifiesta una interiorización de los discursos que de ellos hacían algunas élites letradas y grupos radicales que intentaban permear su estadio cultural. Como se tratará en el segundo capítulo, más que ser pendejos, el sindicalismo y los discursos de izquierda no significaban mucha posibilidad de mejorar su nivel de vida.

El discurso clasista con el que se asociaban los sindicatos tenía pocas posibilidades de permear su forma de ver el mundo. A pesar de que la presencia de la mujer fuese importante para el PCC —como lo muestran sus secciones sobre mujer proletaria en *Voz*—, y que la diferencia de género ya hubiese sido un debate con los hombres en las empresas textiles, en la sabana de Bogotá no llegó un discurso que a la par que

79 Alfonso López, entrevistado por el autor, 7 de septiembre de 2021.

80 Rodríguez y Silva, *Amor, mujeres y flores*.

81 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

cuestionara la dominación clasista, lo hiciese con la masculina. Como vimos, a pesar de que la experiencia de dominación de clase se diera entre las obreras floristas, el primer debate que debían dar era dentro de los hogares y en contra de los hombres con quienes vivían y pretendían mantener su relación de dominación a pesar de la inserción femenina en el mundo laboral. Al posicionarse la vanguardia proletaria bajo un universal masculino, las mujeres que estaban sujetas a la doble jornada o que entraban y salían de las empresas de flores por presión de sus maridos —o familiares— no vieron el sindicato como una posibilidad de mejorar su nivel de vida. Más que la implantación de un modelo económico más justo, lo que buscaban era la autonomía en cuanto a su salario y la renegociación de la violencia que las afectaba a ellas y a sus hijos. Su primera injusticia la vivían bajo el hogar con sus compañeros y, lejos de ello, las empresas de flores más que darles una experiencia de dominación, les era funcional en la medida en que podían juntarse con iguales y ganar el salario para mantener a sus hijos.⁸²

Aunque el discurso sindical bajo el universal masculino sí tuviese algo de reproducción dentro de los hombres, en la sabana de Bogotá tenía poca posibilidad de germinar. El conflicto entre capital y trabajo podría ofrecer una posibilidad de avance, pero exigía tiempo y una estabilidad laboral que no era practicada por los obreros floristas. Al tratar de vender su trabajo al mejor postor, cambiaban de empresa muy rápido o renunciaban a sus trabajos en la búsqueda de un mejor sueldo, a pesar de volver al jornal y que esto les representara dejar la relación salarial mensual y las prestaciones sociales que las empresas tenían. Era mucho mejor irse con el hacendado que ofrecía unos *pesos más* y podía transar en los diferentes requerimientos que los campesinos tenían, que acomodarse en un puesto de trabajo con derecho a salud y a pensión y cumplir una vida laboral en la que sentían que su deseo de ascenso social se truncaba. Aunque el mercado de favores patrón-obrero también era practicado dentro de las empresas de flores, existía una mayor posibilidad de que este no se diera debido a la cantidad de personas que laboraban en una empresa. ¿Para qué crear sindicatos y exigir mejores condiciones laborales si el trabajo lo pensaban como estacionario y si lo hacían perdían el favor del patrón?

82 Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*.

En este sentido, los discursos incendiarios presentes en el conservadurismo de la época permearon a los campesinos de la región, especialmente en lugares de frontera. La idea de un *feroz basilisco que unía al mundo anglosajón y al eslavo* de Laureano Gómez y los discursos de su hijo que trataban de seguirlo, fueron incorporados dentro la visión de mundo que tenían, pues además de no significar mucho en términos valorativos, se asociaba a los sindicatos con la izquierda y a esta con una decadencia moral que solo podía salvarse apegándose al credo católico, porque ni siquiera los curas rebeldes de la teología de la liberación podían guardar de buena manera la fe. En algunas ocasiones, este discurso interiorizado llegó a modificar el juicio sobre la realidad que los hombres tenían: «grato saludo amiz superiores catolicos concerbadores yo Ruperto Castiblanco Les informare que no tengo paz con gustabo sarmiento ni con liobigildo abila satanás encredulo [...] mi justicia es inesorable abajo el comunizmo ateo percegidores de lo que no es de ellos [sic]». ⁸³

De esta manera empiezan las cartas del señor Ruperto Castiblanco a Radio Sutatenza. En por lo menos seis comunicaciones de él hacia la emisora —cada una con seis páginas o más—, menciona constantemente los nombres de Gustavo Sarmiento y Liobigildo Ávila, al parecer vecinos que lo invitaron a reuniones políticas y con quienes tuvo altercados por algunas pertenencias. Además, en cada una de ellas los adjetivos de *perro*, *dragón* y *ladrón* se hacen presentes para designar a los otros y a su vez tacharlos de comunistas. Aunque en algunas ocasiones su lectura nos induzca a pensar que necesitaba la atención psiquiátrica, debemos verlo en la elasticidad misma del marco de normas y expectativas dentro de un territorio de frontera al occidente de la sabana de Bogotá.

En efecto, Ruperto Castiblanco firmaba desde Guayabal de Siquima, un pueblo cercano a Facatativá y a escasos 15 kilómetros de la sabana de Bogotá. En dicha región, algunos grupos campesinos demandaban al Estado mayor presencia y que los títulos de los colonos se verificaran a favor de ellos y en contra de algunos terratenientes. En plena vía que

83 Carta de Ruperto Castiblanco a Radio Sutatenza, 10 de septiembre de 1964, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

conducía a las regiones altas con el Magdalena medio, los discursos radicales por parte del PCC y otros sectores de la izquierda se hacían sentir y prefiguraban muchas de las identidades asumidas por los campesinos en la búsqueda de un bienestar material y la superación de una dominación estructural. Bajo estas experiencias y su adherencia a la cultura de la sabana en la que había desarrollado sus afectos, era normal que reaccionara como parte del Partido Conservador, aunque en algunas partes sus escritos llegaran a extremos del delirio. A pesar de que estuviesen presentes los discursos laureanistas dentro de su voz, bajo sus experiencias estos tomaban una radicalidad absoluta como intérpretes de la realidad y como magnificadores de sus miedos.

Si bien este caso es extremo, en muchas oportunidades el sindicalismo se representó como un demonio a evitar de la mano del comunismo. Pese a que nunca fue una realidad su establecimiento durante los años 60 y 70 en Colombia marcó una representación del mal en contraposición al bien del patrón y su bondad al ofrecer trabajo. Pero estas ideas sobre el sindicalismo no se hubiesen afincado si este les hubiese proporcionado una posibilidad de mejorar su nivel de vida y discutir la dominación que enfrentaban. La imagen dicotómica sobre la izquierda y los sindicatos se asentaron porque estos no representaron sino una subversión del mundo por *mala vía*, lo que inmediatamente les hacía reaccionar en su contra desechándolo como posibilidad de acción.

En suma, el marco de normas y expectativas operado y reproducido por obreros y obreras de la región no permitió el establecimiento de un sindicalismo confrontacional, a pesar de que en el país se estuviese viviendo un período de auge de la lucha contestataria por diferentes vías y que fuesen los patrones —antiguos hacendados— quienes crearon sindicatos de papel en la búsqueda de la anulación de todo cese de actividades. No obstante, los obreros y obreras sí que tuvieron maneras de tratar de cambiar la realidad en la que habían nacido y mejorar su nivel de vida, solo que esta no transitó por la lucha institucional.

SEGUNDO CAPÍTULO

UNA AGENCIA ALTERNATIVA A LA LUCHA INSTITUCIONAL: VISIONES Y ESTRATEGIAS PARA EL MEJORAMIENTO DE LA VIDA DENTRO DE UN SENTIDO TRADICIONAL

Con lo expuesto hasta aquí puede pensarse que los campesinos y obreros y las campesinas y obreras de la región no tenían demandas, que iban y venían apoyados en el paternalismo, de la voluntad de las élites de la sabana. Sin embargo, el cuadro es mucho más complejo. En este capítulo examinaremos en qué consistió su agencia. Primero, observaremos cuáles eran las demandas de los campesinos de la región que se negaron a transitar por los cauces institucionales. Raúl Zambrano Camader, obispo de Facatativá, entre 1962 y 1972 representó los ideales de un campesinado que evitaba el manifiesto de sus demandas por el mantenimiento de sus valores como *buena mujer* y *buen trabajador* y así no arriesgar el favor que tenían de las élites. El observar su pensamiento y la compatibilidad que este tenía con las necesidades de los campesinos de la región es fundamental para entender cuáles eran sus demandas y por qué debían buscar que alguien ajeno a ellos las representara.

Además, trataremos de comprender en qué consistía la demanda de favor de los superiores y cómo obreros y campesinos circulaban entre las empresas de flores y las haciendas buscándola, bajo el ejemplo de don

Alfonso López. A su vez, observaremos cuáles eran las tácticas que las mujeres utilizaban para luchar en contra de la dominación masculina y cómo desarrollaron una agencia social alternativa sin salirse por completo del marco tradicional en el que vivían.

Finalmente, exploraremos cómo, a pesar de no desarrollar un discurso clasista confrontacional, operaba una relación de diferencia que querían mantener los sectores populares desde lo simbólico alejándose de cualquier integración con las élites. No fue, pues, esta una comunidad que aceptara un corporativismo tácito, sino que se rehuyó a esto con prácticas populares que desafiaban a las élites y planteaban una identidad que los alejaba de los dominantes.

SE NOS MATÓ EL SANTO: ACEPTACIÓN DEL CREDO, CUESTIÓN AL CURA Y PERSONIFICACIÓN DE DEMANDAS REFORMISTAS

En 1962, Raúl Zambrano Camader era proclamado obispo de la recién creada diócesis de Facatativá. Aunque no había nacido en la región ni tenía ascendencia en la capital, rápidamente fue apreciado por todos los campesinos que pudieron tratarlo o que escucharon de su misión pastoral, pues tenía un mensaje enfocado a los pobres y a tratar de encaminarlos hacia el desarrollo. Diez años después tendría lugar su muerte en un accidente aéreo ocurrido en el Alto La Siberia, en el municipio de San Francisco (algunos kilómetros al sureste del cerro El Tablazo en Subachoque, zona de alta accidentalidad aérea), después de una entrega de tierras a campesinos en Repelón (Atlántico). Al enterarse de la noticia, los campesinos afirmaban: «se nos mató nuestro obispo, se nos mató el santo».⁸⁴ ¿Por qué se pensaba en el obispo como un santo? ¿Cuáles fueron las razones por las que los habitantes se sintieron tan representados en su discurso y sus prácticas hasta llegar a canonizarlo de manera popular?

Nacido en Popayán en 1921 en una familia de clase media, hizo sus estudios de primer nivel y seminario en dicha ciudad, para luego trasladarse a Bogotá a estudiar derecho canónico donde se doctoró en 1944.

84 El Tiempo, «Solo le faltaban 4 minutos», *El Tiempo*, 20 de diciembre de 1972, <https://news.google.com/newspapers?nid=N2osnxuUuuUC&dat=19721220&printsec=frontpage&hl=es>.

Con una carrera religiosa ya en marcha, se interesó por la economía y los problemas agrarios, llevándolo a estudiarlos de manera académica en Estados Unidos en la década de los 50. A pesar de no tener fuentes sobre su necesidad de salir a estudiar economía agraria, es posible que su interés se debiera a la violencia rural manifiesta del país durante su período como seminarista y los problemas de desigualdad en la tenencia de la tierra que eran evidentes para cualquiera que tratara de entender la sociedad colombiana de la época. Además, debido a las funciones desempeñadas dentro de la Iglesia católica, era muy probable que conociese las luchas territoriales en el suroccidente del país, pues fue obispo auxiliar de la ciudad de Popayán.

En 1960, cuando ya era conocido en el mundo eclesial por sus escritos sobre el papel de la Iglesia con respecto a los pobres, Raúl Zambrano Camader concluía que para que una reforma agraria fuese exitosa en el país, debía:

- 1.º [...] emprenderse simultáneamente con otras medidas favorables de desarrollo del sector campesino y para la economía general. El bienestar del agricultor en zonas superpobladas depende, en mucho, de la absorción por la industria de la mano de obra sobrante, y esto a su vez es requisito para el progreso de mecanización y desarrollo técnico de la agricultura. Por su parte, el desarrollo industrial es el mejor estímulo para el agrícola, por el mercado que le ofrece y el crecimiento en la demanda de alimentos y materias primas. Ese proceso de industrialización, que suele comenzar con la elaboración de productos agrícolas obliga al agricultor a normalizar su oferta en calidad y regularidad de suministro.
- 2.º La reforma agraria debe ser técnicamente planeada y económicamente sana para que se produzcan todos los efectos benéficos que de ella se esperan; no pueden ser, pues, una bandera de agitación política por más que para su aplicación sea menester la acción ordenada de estadistas y políticos.
- 3.º Debe ser una transformación paulatina de las estructuras, con medidas ponderadas en sus efectos, para evitar la catástrofe de una revolución total.
- 4.º Pero debe ejecutarse con suficiente rapidez, pues que en una sociedad cristiana no se puede permanecer indiferente a los males sociales.
- 5.º La asesoría moral del sacerdote se hace indispensable en ella, desde su planeación, en que ya hay problemas de orden moral, hasta su ejecución, donde es menester evitar o por lo menos suavizar los conflictos de intereses, crear conciencia de la justicia y equidad y de la necesidad de la reforma; pero aun en el caso de la colonización, particularmente, acompañar al hombre del campo con la asistencia espiritual, en esa magna empresa de

incorporar a la producción nacional las vastas extensiones marginadas aún de toda función social.⁸⁵

Su posición sobre la necesidad de una reforma agraria se dio en el marco de los debates que le darían vida al INCORA a finales de 1961. Aunque el proyecto de ley que institucionalizó la reforma tuvo algunos de los elementos que demandaba el entonces obispo auxiliar de Popayán, la necesidad que veía de que la Iglesia católica y sus miembros fuesen los árbitros del proceso no fue puesta en marcha, por lo menos no en términos formales. Zambrano Camader hizo parte del consejo directivo del INCORA desde 1968 hasta diciembre de 1972, fecha en la que, precisamente en el vuelo de vuelta de la entrega de tierras a campesinos en Repelón (Atlántico), la avioneta en la que volvía cayó a tierra con la mayoría de los miembros del INCORA en San Francisco, municipio perteneciente a la zona de su diócesis.

Su propuesta de reforma era de lejos muy diferente a lo que exigían los sectores populares en su momento. Las consignas de «la tierra para el que la trabaja» estaban en boga pero él, desmarcándose de esa opción, planteaba una entrega de tierras ágil pero de manera pacífica para evitar una revolución. Sentía que debían ser los estadistas quienes realizaran el proceso para que no se contaminara de intenciones de sectores políticos que veían en la reforma un medio para adquirir poder más que un fin en sí mismo. Además, aunque reconocía el problema de la tierra en los campesinos, no señalaba a quienes la poseían o tenían en función de la usurpación de un baldío: solicitaba una reforma sin argumentar que era la solución a la lucha de clases, al contrario, era una salida económica a la situación de pobreza en el campo que debía acompañarse de desarrollo industrial en las ciudades.

Dos elementos contribuyeron a su argumentación: la visión de una Iglesia interesada por los pobres y los análisis hechos desde la CEPAL. En materia religiosa, más que apoyarse en las encíclicas clásicas sobre una Iglesia que debía atender los requerimientos de una clase popular para evitar una revolución (*Rerum Novarum*), utilizaba otros que de manera transversal ocupaban el problema del hombre católico y su

85 Raúl Zambrano Camader, «Reforma Agraria», *Revista Policía Nacional de Colombia* 9, n.º 80 (1960): 31.

necesidad integral de vivir dentro de una labor de evangelización. Así, utilizaba los argumentos de Pío XII en beneficio de la expropiación de bienes por parte del Estado, con previa indemnización, para dar lugar a un bienestar de la mayoría:

Cuando la distribución de la propiedad es un obstáculo para este fin —lo que no necesariamente ni siempre viene originado por la extensión del patrimonio privado— el Estado puede, en el interés común, intervenir para reglamentar su uso o incluso, si no se puede proveer equitativamente de otro modo, decretar la expropiación, dando la indemnización conveniente. Para idéntico fin deben ser garantizadas y fomentadas la pequeña y mediana propiedad en la agricultura, en las artes y oficios, en el comercio y en la industria; las uniones cooperativas deben asegurarles las ventajas de la gran hacienda; donde la gran empresa (agrícola) aún hoy se manifiesta más productiva, debe ofrecerse la posibilidad de suavizar el contrato de trabajo con un contrato de sociedad.⁸⁶

Su utilización no solo suponía por Zambrano Camader una preocupación por adentrarse en los temas más sociales dentro de la Iglesia católica, sino un interés de que su necesidad de justicia en tema territorial se acompañase de una voz autorizada para hacerlo, y de la mano de un reformismo que era a la vez una misión religiosa. En otras palabras, buscaba una justificación de la reforma agraria dentro de las máximas papales de la época desmarcándola de una intención laica; la reforma debía hacerse en virtud de apoyar el pueblo cristiano.

Pero la reforma no podía ser solamente una entrega de tierras justificada en términos espirituales. Además de esta medida, los campesinos debían tener la posibilidad de acceder a créditos flexibles y a innovaciones técnicas. Sumado al informe Leuret que hablaba de la injusticia territorial en el país, Zambrano Camader se apoyaba en los análisis realizados por la CEPAL para el caso latinoamericano. Estos le proporcionaban una mirada mucho más especializada del problema, y le permitían señalar que no era suficiente la titulación, sino que para que la tierra en manos de campesinos fuese productiva, eran necesarias vías de comunicación, educación, crédito y mecanización que eran utilizadas

86 Pío XII, «Radiomensaje en el V aniversario del comienzo de la guerra», 1 de septiembre de 1944, https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1944/documents/hf_p-xii_spe_19440901_al-compiersi.html.

en otros países del primer mundo. Empero, sin una creciente industria estas medidas quedarían en el limbo. En suma, su idea de entrega de tierras justificada en términos espirituales debía llevarse de la mano con el acercamiento del Estado al campesino, a la vez que suponía una industrialización de fondo que funcionara como receptora de la producción agrícola.

Zambrano Camader no participó en la asamblea general del Congreso Episcopal Latinoamericano celebrada en Medellín en 1968,⁸⁷ posiblemente porque para la época ya era miembro de la junta directiva del INCORA, y los deberes de la institución, más los de la diócesis, no dejaban mucho tiempo libre al entonces obispo. Sin embargo, no transitó el camino de radicalización que después de ese año muchos miembros de la Iglesia católica tuvieron. A pesar de que tuviese una vocación de sacar a los pobres de su estado de postración y miseria alejándolos de la *lucha de clases*, esto no significaba que debía tomar las armas por el ideal o que debía entablar un conflicto para que un sector tomase el poder. La suya era una propuesta desde los cauces institucionales, que reconocía el problema del acceso de la tierra de los campesinos y la pobreza, pero que a su vez trataba de evitar cualquier revolución. Mediaba entonces entre las posturas conservadoras que creían que la labor cristiana solo se interesaba en la salvación del espíritu, y las más radicales que asumían la lucha armada como una forma válida de un mejoramiento del nivel de vida de los menos favorecidos.

Como vimos, en la sabana de Bogotá a mediados del siglo XX había dos sectores sociales, cada uno con una tenencia particular de la tierra. Por un lado, los hacendados poseían la mayor parte del territorio bajo un modelo de producción de granos o papa en grandes extensiones con un mercado laboral relativamente reducido y, por otro, existía una pequeña clase de microfundistas que compraron pequeñas parcelas a los hacendados con préstamos o con ahorros. No había un cuestionamiento a los títulos de las grandes propiedades pues, como señalamos,

87 Un estudio sobre las condiciones sociales y capacidades de acción de los miembros de la Iglesia católica durante la celebración del Congreso general del CELAM en 1968 es Óscar Iván Calvo Isaza y Mayra Parra Salazar, *Medellín (rojo) 1968: Protesta social, secularización y vida urbana en las jornadas de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (Bogotá: Planeta / Alcaldía de Medellín, 2012).

estas habían transitado desde la colonia, o fueron el primer botín de recompensa que el reciente Estado republicano dio a quienes pelearon en las guerras de independencia. Bajo esta realidad, el discurso del obispo Zambrano Camader tuvo mucho poder de persuasión en la región.

Raúl Zambrano Camader conocía de primera mano el problema de la tierra en el país, y además sabía que el fenómeno de frontera abierta para colonización agraria no era igual en todo el territorio nacional. Por ello, aunque continuó su labor de entregar la tierra a los campesinos por medio del INCORA en zonas donde aún se disputaban los títulos, también les inculcaba que debían acceder a la tecnificación que traía la institución y el acceso a créditos por parte del Estado colombiano. Este énfasis fue especial para los campesinos de la sabana de Bogotá pues, como vimos, buscaban una movilidad social basada en una idea individual de progreso, y el discurso de Zambrano Camader se acogía no solo a ese ideal, sino a una expectativa de no confrontación para ascender socialmente. Los campesinos de la sabana tuvieron entonces a un representante de la Iglesia católica que trataba de encaminarlos por las vías del desarrollo sin recurrir a discursos que intentaban la confrontación. En este sentido, la labor de Zambrano Camader se acercó mucho al interés de ACPO en educar a los campesinos para sacarlos de su nivel de miseria. Por ello, en 1972 hizo parte del Consejo de dicha institución.

Ser un miembro de la Iglesia foráneo en la región también ayudó a su canonización popular. Evidentemente, la Iglesia católica había funcionado como un poder más en la región y las grandes familias siempre intentaron mantener buenas relaciones con ella, bien sea con miembros dentro o en redes de reciprocidad con los sacerdotes que transitaban de un lugar a otro. Así, las élites intentaban siempre tener una vida religiosa activa dentro de la región casándose en sus iglesias y tratando de vincular su imagen como devotos. Iban el domingo a misa, como todos, pero a su vez se reunían con los sacerdotes o curas para hablar de intereses comunes.

Esto generó un extrañamiento de los campesinos con las autoridades eclesiales. En muchas ocasiones, como demandaban los corresponsales de ACPO, era difícil que se atendiera su llamado porque los campesinos eran rebeldes y rehuían a aprender sobre los *misterios del evangelio* como el director de Radio Sutatenza sostenía: «en esas veredas (de Chocontá) necesitan unión, entusiasmo y trabajo; por lo poco que conozco tengo la impresión de que los hombres son perezosos para estos trabajos

comunitarios». ⁸⁸ Evidentemente esto no obedecía a que se interesasen por otras vertientes del cristianismo, o que se hicieran ateos o agnósticos, como señaló Fals Borda, las prácticas católicas sentaban la identidad de la región y marcaban los tiempos alrededor de estas. El problema obedecía más a que, bajo sus experiencias los campesinos conocían de primera mano cómo los representantes de la Iglesia católica eran un poder más que buscaba unos intereses particulares, muchas veces asociados con las mismas élites. Así, aunque podían rechazar algunos discursos del cura o negarse a participar en algunas labores misionales, su credo y fe nunca fueron cuestionadas.

Al no ser parte de las relaciones entre Iglesia y élites regionales, y que su discurso religioso intentaba poner en primera plana a los pobres y representaba un cambio en términos reformistas frente al Estado, posiblemente tenía todos los méritos para ser considerado por los sectores populares como un santo. Raúl Zambrano Camader comprendió profundamente a los campesinos de la región en la que ofició como obispo desde 1962, y bajo sus sermones y prácticas el sector popular de la sabana de Bogotá se sintió representado. Así como los campesinos no veían en la confrontación con las élites una posibilidad de mejorar sus niveles de vida, Zambrano Camader planteaba que esta debía darse con una reforma agraria que los llevase a la tecnificación más que a la disputa por las tierras con los terratenientes. Con los microfundios y el proceso de modernización, todo lo que debían hacer los campesinos era trabajar duro como lo mandaba Dios, e incorporar nuevas técnicas en la producción tanto de su pequeño huerto como en la gran plantación del hacendado.

Además de ofrecer unas demandas que eran completamente compatibles con su experiencia cotidiana, Raúl Zambrano Camader representaba una mediación que los campesinos habían tenido con el Estado. Además de practicar las identidades políticas bipartidistas, hasta antes del establecimiento del Frente Nacional, el Estado colombiano era muy débil institucionalmente en la zona. Las pocas escuelas que existían en la región eran estacionales, y los maestros duraban muy poco tiempo en

88 Carta de José Antonio Rodríguez a Eliécer Castro, líder de Escuelas Radiofónicas en Chocontá, 10 de julio de 1964, Archivo Colección ACPO y Radio Suta-tenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

función del interés de las élites regionales.⁸⁹ Los centros de salud eran muy pocos y precarios,⁹⁰ y solo hasta la década de los 60 se planteó la electrificación de la región de la mano de la recién creada Corporación Autónoma Regional (CAR).⁹¹ Así, el discurso de Zambrano Camader planteaba una relación con el Estado más allá de las redes clientelares existentes con las élites, y le facilitaba al campesino la capacidad de intermediación de las demandas, porque si eran ellos quienes lo hacían debían enfrentar la pérdida de favor de los hacendados y el prejuicio social de revoltoso.

El primer obispo de la diócesis de Facatativá y sus discursos fueron completamente compatibles con las necesidades y marco de normas y expectativas que tenían los campesinos de la región. A la par que manejó un discurso desarrollista para los pobres, los integró dentro de una mirada religiosa e hizo visibles sus necesidades hacia el Estado, a pesar de que ellos mismos no la hicieran por intereses individuales. Entender su pensamiento y su relación con las demandas de los campesinos de la región es fundamental para comprender por qué su agencia transitó unos caminos reformistas y no unos contestatarios.

NO SE TRABAJABA SOLO POR DINERO: HACIA LA INTERPRETACIÓN DEL FAVOR COMO NECESIDAD

Una forma de examinar cómo funcionaba la agencia social de los hombres en la sabana de Bogotá puede ser a través del relato de don Alfonso López. Podríamos pensar que su experiencia es subjetiva y que de ninguna manera podemos acercarla a una generalidad, sin embargo, sus deseos, ambiciones y sentidos de vida no eran únicos: muchos de los trabajadores y campesinos los tenían y actuaban acorde a ellos. Don Alfonso, pues, no fue una isla, sino un sujeto que compartía con muchos el sentido de vida y de las relaciones sociales en la región.

En la década del 50, cuando era adolescente, don Alfonso López le ayudaba a Miguel de Germán Ribón en su principal fuente de diversión: la cacería en las montañas y praderas cercanas a la hacienda La

89 Alfonso López, entrevistado por el autor, 7 de septiembre de 2021.

90 *Ibíd.*

91 Corporación Autónoma de Cundinamarca, *CAR, 45 años de compromiso con la región* (Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, 2006).

Conchita. No solamente le cargaba la escopeta y los cartuchos, sino que le ayudaba a divisar en dónde se encontraban los grupos de aves y a agrupar los cadáveres después de terminada la cacería. Como Miguel de Germán Ribón no gustaba comerse los animales cazados, don Alfonso atendía a los lugares en los cuales se dejaban los animales muertos para después avisarle a sus familiares que pasaran por ellos y poder comer después de la jornada.⁹² Así, la relación entre los dos fue mucho más allá de un mero vínculo laboral, se conocían desde el momento en que el heredero de los Germán Ribón volvió de Francia de estudiar ciencias políticas, y se divertían juntos en las tierras cercanas a la hacienda.

Después de esto, en los primeros años de la década de los 60, don Alfonso se incorporó al ejército en un batallón que se movía por el suroccidente del país. Aunque una amiga suya hacendada de la región le había dado la posibilidad de traficar sus influencias para que no fuese, uno de los proyectos de don Alfonso era prestar el servicio militar y adquirir la disciplina que allí se solicitaba. Después de cinco años en los que combatió algunos restos de guerrillas liberales en la zona y unas que ya entraban en transición a las tesis marxistas foquistas, volvió a la sabana de Bogotá a trabajar y a tratar de ser propietario de un pequeño lote. Así, en 1968 retornó a trabajar con la familia Germán Ribón, aunque la producción de la hacienda se había dividido en dos y aceptó laborar en la zona especializada en flores de exportación, dejando de lado su conocimiento en el manejo de los cultivos de grano tradicionales.

Como había mantenido una relación cercana con el entonces gerente de la empresa, Miguel de Germán Ribón decidió hacerle cargo de un grupo de alrededor de veinte y cinco hombres que se dedicaban al corte de rosas.⁹³ Como supervisor del grupo, don Alfonso debía estar al tanto de la cantidad de cajas de flor que debían ser entregadas a la zona de poscosecha. Además, debía moverse en diferentes sectores de

92 Alfonso López, entrevistado por el autor, 7 de septiembre de 2021.

93 Don Alfonso no recuerda que se le asignaran mujeres a su grupo de labores, aunque el trabajo femenino era mucho más apreciado por la idea de buen trato que estas tenían al manejar las flores. Es muy posible que, debido a las experiencias posteriores, Don Alfonso no recuerde trabajar con mujeres, pues aún guarda algunos restos del marco de normas de género que lo hacían pensar que el trabajo era para los hombres. También, es posible que en la entrevista haya ocultado algún trato de dominación con mujeres en particular.

la finca en la búsqueda de las herramientas necesarias para el trabajo de su cuadrilla: tijeras, azadones, tractores, cajas, etc., todo lo que hiciese falta debía pedirlo a las otras zonas de producción o solicitarlo directamente al dueño de la empresa. También debía exigir el rendimiento de sus subordinados y llamarles la atención en el caso de que estos no estuviesen haciendo el trabajo que les encomendaban. Durante cuatro años mantuvo los mismos oficios, en los que además aprendió y enseñó a practicantes universitarios la injertación de rosas, tarea que había sido explicada por David Cheever en los momentos mismos de la creación de la empresa.

En 1972 a Alfonso López lo despidieron de su puesto. Mientras que él buscaba algunas herramientas para el siembro e injertación de las rosas, un grupo pequeño de trabajadores a su mando había decidido guardar algunas de las cajas para robarlas y posteriormente venderlas en el mercado local. Al percatarse del hecho, el capataz de la hacienda decidió llamar a don Alfonso en la búsqueda de explicaciones a la vez que comunicaba al dueño de la empresa el hecho y solicitaba su presencia. Con una estatura cercana a los dos metros, una voz potente y grave y un látigo que servía para espantar a los perros que se acercaban, Miguel de Germán Ribón regañó al grupo de obreros y a su supervisor. Golpeaba el piso con el látigo, les gritaba por su falta de responsabilidad y les notificaba que hasta esa hora eran empleados de Flores La Conchita S. A. Además del robo, el empresario se enfureció por el intento de burlarse de él y de su *buena confianza*; no era solo una falta de honestidad sino una ausencia de la norma del buen trabajador y una burla a su persona lo que condenaba con el despido de los trabajadores.

Al otro día todos tuvieron que ir a la oficina principal de Flores Don Eloy, ubicada en la calle 26 con carrera sexta en Bogotá, cerca de la plaza de toros La Santamaría. Don Alfonso López fue el último en salir del lugar. Miguel de Germán Ribón le informaba que su despido, a diferencia de los otros, no se debía a una falta de honestidad, pues él no había cometido el hurto, sino porque él debía aprender que el trabajo como supervisor traía sus consecuencias, y que cuando lo pusiese a supervisar otros grupos, eso no tenía que volver a pasar. Así, lo despidió con la idea de que en un año volviera a trabajar en Flores La Conchita, después de que el escándalo se hubiese disipado, Alfonso hubiese aprendido la lección y el empresario hubiese salvado su honor como dueño de la empresa.

Hizo que su secretaria le pagara la indemnización obligada por la ley y le comentó que lo esperaba luego en otra área de cultivo.

Sin embargo, don Alfonso no quiso volver a trabajar en la producción de flores. Como se desenvolvía con cierta soltura entre los hacendados de la región, rápidamente empezó a laborar en la finca de un señor Cubillos —familia que tenía una buena porción de las tierras en el occidente de Bogotá— en la producción de trigo, papa, alverja y demás productos que se vendían en el mercado local. Además de tener un buen puesto con el nuevo jefe, este le pagaba más que el salario de un obrero normal en las empresas de flores, aunque no se preocupaba por la afiliación a su pensión en CAJANAL ni tampoco a salud del ISS. Entre las décadas de los 70 y 80, don Alfonso laboró con el señor Cubillos con un salario mayor al percibido por su esposa, que laboraba en el sector de producción de flores en la hacienda La Conchita.

Después de 1976 las empresas de flores empezaron un crecimiento en la producción que estuvo acompañado de una mayor demanda de mano de obra.⁹⁴ Producto de este cambio, la sabana de Bogotá empezó a recibir población migrante y quienes trabajaban en dichas empresas ya no eran exclusivamente personas de la región, sino que ya se sumaban trabajadores de otros sectores del país que, por violencia o falta de oportunidades, migraban hacia el interior.⁹⁵ Así, con un mercado laboral mucho más competido la necesidad de asegurarse una vivienda se hizo mucho más imperiosa. En ese contexto, don Alfonso quería cumplir su sueño de ser el dueño de una pequeña parcela en la que construir su casa y tener algunos cultivos de subsistencia. La oportunidad se le presentó cuando la hija de un pequeño propietario de la región decidió dividir su herencia en tres partes y venderlas para poder trasladarse al barrio Galán en la capital.

94 Como se puede evidenciar en el estudio hecho por Andrea González, desde 1976 empezó un incremento en la producción que solo se vería interrumpido en los años 90. Ver González Cárdenas, «Intercambio de información en las cadenas de suministro internacionales. El caso de la cadena de suministro de flor fresca cortada colombiana para la exportación». Martha Vargas Torres también ha situado en los años 70 un momento de quiebre, específicamente en 1978, debido a los avances en la tecnificación. Ver Martha Cecilia Vargas Torres, *Esbozo histórico de la floricultura en la sabana de Bogotá* (Bogotá: Universidad Cooperativa de Colombia 2013).

95 Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*.

Aunque había ahorrado muy poco durante sus trabajos anteriores, resolvió intentar negociar con la dueña del predio para rebajar un poco el precio del lote de siete metros de ancho por veintiséis de largo cerca al parque principal del municipio de Bojacá. Don Alfonso le pidió un anticipo a su jefe y lo cambió en las tiendas cercanas por billetes de baja denominación. Así, a pesar de ser solamente el trabajo de una quincena, la cantidad de billetes era tal que daba la impresión de ser mayor. Con el fajo preparado, fueron al barrio Galán a hablar con la dueña del predio para tratar de persuadirla para que recibiera ese dinero como cuota inicial y una promesa por el resto de dinero. Se logró llegar a un acuerdo: en un plazo de tres meses debía pagar el restante del lote para que fuese suyo en propiedad. Evidentemente, el señor Alfonso carecía con la suma para zanjar el resto del trato y acceder a un crédito por parte de las entidades financieras de la época era casi que imposible debido al objetivo de construcción de vivienda y lo pequeño del lote.

Días después decidió hablar con su jefe, el señor Cubillos, para que le prestase el dinero restante. Después de mucha persuasión, este accedió a prestarle el dinero considerando lo buen trabajador que había sido don Alfonso, y que la futura cosecha auguraba una buena producción. Así, le pidió que lo acompañase al banco ubicado en la ciudad de Mosquera (también en la sabana de Bogotá), donde le pidió a una de las trabajadoras del lugar que le ayudase al señor Alfonso con lo que solicitara, y una vez realizado el cheque solamente tuviera que firmar. Don Alfonso pudo pagar el dinero restante de la cuenta, y aunque tuvo que pagar durante años la suma que el señor Cubillos le había prestado, ya había cumplido el sueño de muchos: tener una casa propia en las tierras en las que siempre había sido un jornalero.⁹⁶

Esta narración que ha surgido de la entrevista realizada a don Alfonso López demuestra su necesidad por tener un lugar en el que vivir sin depender de a quién le trabajase ni en dónde. Aunque pareciera

96 Además de la memoria de don Alfonso, la necesidad de la propiedad de una casa fue un deseo generalizado. En la correspondencia de ACPO, los representantes de las Escuelas Radiofónicas demandaban siempre aumentos en los salarios, toda vez que estaban pagando una casa para su esposa o sus hijos, u otros adquirirían el inmueble junto con sus padres. Ver Correspondencia de Aníbal Guerra a José Ramón Rodríguez, 30 de mayo de 1964, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

exclusivamente subjetivo, muchos campesinos de la sabana de Bogotá accedieron a pequeñas parcelas o lotes para casas familiares de la misma forma desde mediados de siglo. El objetivo de ser propietario, así fuese de un pequeño terreno, daba sentido a muchos de los campesinos y obreros de la región. En efecto, desde el sentido y análisis de la narración de su experiencia podemos acceder a la forma en que los trabajadores floristas de la sabana de Bogotá moldearon su agencia según sus posibilidades y dentro del marco de normas y expectativas ya mencionado.

La primera posibilidad que tenía don Alfonso era si iba a prestar el servicio militar obligatorio o no. Debido a sus trabajos en la adolescencia y a su fama de *buen trabajador*, podía permitirse que una hacendada intercediera por él ante las autoridades militares locales para que no prestase el servicio. Durante el período en el que era hábil para ser militar los objetivos de la institución estaban transitando entre el combate de guerrillas liberales, hacia la violencia en contra de civiles y guerrillas de corte comunista inspiradas en el voluntarismo después de la Revolución cubana. Por iniciativa propia, don Alfonso decidió comenzar con la carrera militar. Sus motivos no eran ideológicos, radicaban en *disciplinarse* dentro las filas más que combatir a un enemigo interno, además de ganar respeto por el acto de *servir a la patria*. Así, a pesar de que tuviese la posibilidad de evadir la responsabilidad de prestar el servicio por haberse ganado el favor de una hacendada, decidió irse a *conocer el mundo* en el suroccidente colombiano combatiendo, a su vez, protestas populares y movimientos insurgentes.

De vuelta en la sabana de Bogotá, la relación paternal entablada con la familia Germán Ribón, pero especialmente con el heredero, Miguel, fue importante para empezar su trabajo como supervisor en la recién creada Flores La Conchita S. A. Allí no solo tenía un puesto mejor que el de la mayoría de obreros, sino que el trabajo era menos fuerte que el de sus subordinados. Don Alfonso, entonces, tenía un trabajo asegurado con una afiliación a seguro médico y pensión, cosa poco común en la región durante la época, y estas condiciones fueron a su vez ganadas por su buena fama como trabajador. Aunque era relativamente joven para el puesto de supervisor, ya había tenido la oportunidad de servir a la hacienda y demostrar su desempeño en las labores encargadas.

El caso del robo de rosas de corte es particular, pues demuestra que había compradores del producto a quienes no les interesaba la

procedencia, aunque era vendido en el mercado local. No obstante, el hecho parece ser particular, pues fue la producción misma la que resultó afectada y no los materiales empleados para esta. En algunas ocasiones, los empresarios se quejaban de los continuos robos de herramientas por parte de sus trabajadores, aunque nunca daban con el responsable.

Estos hechos podrían verse dentro de una agencia activa en lo que Scott llamó un *discurso oculto*⁹⁷ como estrategias que manejaban los obreros en la búsqueda de revertir y cuestionar por unos instantes el orden social, a pesar de que manejaran un *discurso oficial* en el que aceptaban la dominación. Sin embargo, no constituyeron la puesta en marcha de una conciencia política en contra de los empresarios. Al contrario, constituían una forma de intentar legitimar la misma estructura de dominación: el hecho de que fuesen herramientas de trabajo que podían utilizar los obreros en trabajos posteriores y en virtud del mantenimiento de ser buenos trabajadores, lo demuestra. Esto se refuerza con el bajo perfil en que se cometían los hurtos, pues en la mayoría de casos, el autor del robo quedaba indeterminado y las herramientas que fuesen hurtadas debían ser asumidas por la misma empresa. Al robar herramientas los obreros no podían quedar expuestos pues su buen nombre quedaba en duda. Después de cometido el hurto, podían trabajar en las haciendas de la región con un valor adicional a su solo trabajo, pues tenían palas, tijeras, cintas y demás que habían sacado a escondidas de la empresa y que ahora funcionaban alrededor de su trabajo en un nuevo cultivo. Aunque los robos eran constantes, no tuvieron como objeto la producción misma sino las herramientas con las que los obreros podían mantener su imagen como buenos trabajadores. No era pues una puesta manifiesta de conciencia política soterrada, sino una expresión para ganar una mejor posición dentro de la misma estructura paternal.

Después del robo, don Alfonso salió a trabajar con otro hacendado, pero no en una nueva empresa de flores. El trabajo con el señor de apellido Cubillos le significaba seguir laborando con alguien que tenía mucho poder en la región. Como lo demuestra la anécdota en la que narró la compra de su casa, fue su patrón el que le prestó el dinero para que terminara de pagarla. Casos como este no son aislados, como el hijo de

97 James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, trad. Jorge Aguilar Mora (Ciudad de México: Editorial Era, 2004).

don Alfonso lo recuerda, durante la misma época otro obrero florista quería que el acueducto municipal le instalara el agua para su vivienda. Tras el lento trámite realizado en la alcaldía de Bojacá, decidió pedirle a Miguel de Germán Ribón que intercediera por él en el trámite con el ejecutivo local. Tras hablar con el dueño de Flores La Conchita S. A., al otro día llegaron los tubos con el agua a su vivienda, él solo debía instalar internamente los pasos de agua y poner el contador afuera para que llegasen los recibos de pago mensual por el monto del acueducto.⁹⁸

Lo que demuestran estos dos hechos es la importancia del patrón. Tanto de intermediario en trámites como prestamista de último momento, el patrón funcionaba como un enlace o fin para que los trabajadores y campesinos alcanzaran sus objetivos de mediano plazo, o los que significaban su vida como el hecho de tener una casa. No era solamente quien daba el empleo, era con quien se podía hablar cuando se presentaban inconvenientes y se quería acceder a una solución rápida sin la necesidad de apelar a las instituciones —por demás débiles— del Estado. Evidentemente, obtener el favor del patrón no era fácil: el sujeto que quería acceder a esta herramienta debía contar con el estatus de *buen trabajador* para que se considerase apto para recibirlo y, como vimos, debía cultivarlo tanto entre sus semejantes como con sus superiores para que fuese efectivo.

El señor Cubillos le pagaba a don Alfonso un poco más de lo que recibía en Flores La Conchita S. A., sin embargo, no le costaba ni el concepto de seguro médico ni la afiliación a pensión. Esto no parecía un problema para la época, pues la pensión parecía muy lejana y la salud, más que ser vista como un sistema integral activo, era una actividad pasiva a la que se recurría solo en casos extremos. No obstante, don Alfonso no volvió a Flores La Conchita S. A. porque le pagaran más —aunque así lo recuerda— sino porque además del salario, tenía el favor de otro hacendado de la región; tenía acceso a lo mismo que podía darle el dueño de la empresa de flores en términos de tráfico de influencias. Ese favor le permitió acceder a un pequeño lote en el que hoy vive, y aunque recuerda con tristeza que no tiene pensión, el sentido de una vida realizada se concluye al hablar de su casa y cómo poco a poco la fue construyendo.

98 Nelson López, conversación con el autor, 7 de septiembre de 2021.

Así, a pesar de que el salario fuese importante, era fundamental que el trabajador laborara en una empresa en la que pudiese acceder al favor del patrón. Como vimos, las élites y los empresarios pertenecían al poder político local y nacional, y parte de su capital económico se trasladaba al simbólico y con este podían tener injerencia en decisiones particulares. Además de la retribución salarial, el trabajador debía sentir que se podía hablar con el empresario acerca de sus demandas individuales, y si había tenido cierto prestigio como buen trabajador podía acceder a las redes de tráfico de influencias que el patrón tenía. En un caso distinto, don Alfonso habría vuelto a laborar en Flores La Conchita S. A. como Miguel de Germán Ribón se lo solicitó al momento de su despido y tiempo después, sin embargo, el trabajo con el hacendado Cubillos le significaba el salario y el favor que tenía en la empresa de flores, con el agregado de que este le pagaba un poco más por no incluirlo dentro de la seguridad social de la época.

La agencia masculina en los obreros floristas de las décadas de los 60 y 70 del siglo XX debe verse dentro de la estructura misma en la que experimentaron. Tenían más posibilidades de elevar su nivel de vida si además de un salario, salud y pensión, accedían a las redes de influencias que sus patrones tenían. Aunque este fenómeno fue anterior al establecimiento mismo de las empresas de flores, pues obedece a la estructura de la hacienda, era vigente para la época y definía la capacidad de acción de los sujetos en demandas personales —aunque familiares— y cotidianas. En suma, su agencia no estaba mediada por la capacidad de organización colectiva con sus semejantes y la puesta de demandas en común en sindicatos, al contrario, esta se desarrollaba de forma individual y se ataba a las redes que tuvieran los empleadores y hacendados.

Pero la agencia masculina y la femenina fueron muy diferentes. Mientras que los hombres buscaban la ganancia del favor, a las mujeres les interesaba superar la dominación que tenían con su compañero de hogar. Así, idearon otras formas de renegociar la relación de género desde estrategias utilizadas con anterioridad, como nuevas en el marco de un trabajo asalariado en el que ellas se incorporaron y que demandaban el manejo de su retribución económica, así como las labores del hogar.

UNA RENEGOCIACIÓN FEMENINA: DE SEÑORITAS Y MADRES A TRABAJADORAS

Como vimos, la principal experiencia de dominación que tenían las mujeres en la sabana de Bogotá era con sus compañeros de hogar. Fuesen estos esposos, hermanos, tíos, padres o abuelos, siempre intentaban controlar sus ciclos vitales y decidir sobre lo que debían o no hacer y actuar. La norma de la *buena mujer* operaba bajo la función de ser la organizadora del hogar y servir como el primer punto de apoyo para las labores que el hombre no debía hacer, como las tareas domésticas. Por ello, una vez incorporadas al trabajo asalariado en las empresas de flores, esto se vio más como una posibilidad de ganar independencia y renegociar las relaciones de género que una explotación directa de una clase sobre otra. A pesar de que la experiencia de clase existía, primaba la necesidad inmediata de reestructurar la dominación en la que habían vivido desde pequeñas, que las maltrataba y no las dejaba disfrutar de su salario. Las mujeres en la sabana de Bogotá en las décadas de los 60 y 70 no estuvieron en contra de los hacendados ni del establecimiento de las empresas de flores, ni mucho menos del capitalismo, como planteó Friedemann-Sánchez, lo que ellas querían era la renegociación de su posición de subordinación dentro del hogar.⁹⁹

Es claro que existieron estrategias para mejorar la vida que tenían al lado de los hombres antes de su inserción dentro del mundo laboral asalariado. Estas eran practicadas desde décadas atrás y para los 60 y 70 eran muy comunes. Una de ellas, como vimos, era alargar el período de solteras. Esta era una estrategia que era practicada por las mismas mujeres o secundadas por tías, abuelas o madres. Consistía en tratar por varios medios que las adolescentes no se casaran tan pronto, pues eran comunes los matrimonios a temprana edad —13 o 14 años—. Mediante la demanda de becas a instituciones eclesiales como ACPO o la pedida de continuidad de estudios a otras, las mujeres intentaban a la par que estudiar para mejorar su nivel de vida, evitar incorporarse

99 Aunque esta es una tesis planteada para las obreras de los años 90, es perfectamente aplicable para las mujeres que laboraron en el establecimiento mismo de las empresas de flores veinte años atrás. Ver Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*.

a la vida marital y quedarse de *lavanderas* de algún campesino de la región. Aunque era atractiva la vida como monjas, no era tan común que una mujer aceptara serlo pues representaba un dinero que la estructura familiar popular no podía costear. La educación religiosa para ellas no era entonces una forma de incorporarse a la Iglesia católica, sino una manera de alargar su período como estudiantes para huirle al matrimonio y tratar de tener una mejor vida que la de sus madres o abuelas.¹⁰⁰

Una vez establecida la vida marital, eran comunes —aunque veladas— las *golpizas* por parte de sus esposos. Aunque la violencia física también era dirigida contra otros miembros del hogar como los hijos del matrimonio, era contra ellas que adquiría una mayor dimensión. Probablemente era algo rechazada por la sociedad en general en términos políticamente correctos, pero dentro de los hombres y sus redes era aceptable y hasta demandable que se hiciera sentir como el *varón de la casa*¹⁰¹ golpeando a su mujer. Una de las soluciones extremas a las que llegaban las mujeres víctimas de este abuso era el abandono del hogar. Como recuerda don Alfonso López, debido a la violencia extrema de su padre, su madre los dejó solos cuando él era muy pequeño. Esta era una práctica común entre las mujeres que experimentaban una violencia física por parte de sus esposos, como la misma doña María nos confirmó.¹⁰² Generalmente, las mujeres se iban con otros hombres y el abandonar la región era una salida fácil al desprestigio consecuente. Al irse, no tenían que lidiar con el peso de ser una mala mujer y, en todo caso, la expectativa de un futuro lejos o con otro hombre era mucho mejor que la violencia que ya experimentaban. Como consecuencia de este fenómeno y la negación de los hombres de cuidar de los hijos, eran comunes los orfanatos católicos que funcionaban de la caridad o con dineros departamentales o municipales.¹⁰³

100 Carta de Olga Marina González al director de las Escuelas Radiofónicas, 23 de septiembre de 1962, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

101 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

102 *Ibíd.*

103 Carta de Daniel Ferrero Tovar a las autoridades de ACPO, 23 de abril de 1959, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

La infidelidad era otra de las estrategias que las mujeres tenían para el mejoramiento de su vida. A pesar de ser socialmente condenada, era una de las pocas salidas que quedaban para cumplir a cabalidad con sus obligaciones como buena mujer. Siendo normal el exceso en tragos por parte de los hombres cuando estos recibían el sueldo, las mujeres acudían a otras formas de conseguirlo siendo estas el suministro de dinero por parte de un hombre ajeno al hogar. Era claro que esta práctica debía ser muy cuidadosa, porque de evidenciarse la infidelidad ellas estaban expuestas a cualquier disposición por parte de sus cónyuges, entre ellas la continuidad de la violencia física o hasta el homicidio. Sin embargo, constituyó una de las formas en las que se mantenía monetariamente el hogar debido a la ausencia de la norma del esposo como proveedor. También es posible que se diera por revancha de las mujeres contra sus cónyuges, pues la afrenta constituía un poderoso estigma social que ellos debían llevar consigo. De esta forma, la infidelidad constituyó una posibilidad de elevar el nivel de vida de las mujeres bien sea por la mera necesidad de sostenimiento de ellas y de sus hijos, o por el mero desquite de una vida sujeta a una relación de género profundamente dispar.¹⁰⁴

Estas estrategias pueden rastrearse en las fuentes observadas, aunque parecieron no ser generalizadas. No obstante, el material empírico y las normas presentes en el momento en que se generaron pueden ser un obstáculo para encontrar temas tan difíciles de tratar como la infidelidad o el abandono del hogar para las mujeres durante el período de estudio. Es muy probable que durante el siglo XX operasen bajo el velo de lo no normativo, pero es algo evidenciable incluso en los 90 por Greta Friedemann-Sánchez.¹⁰⁵ Sin embargo, dentro del proceso de inserción de la mujer en el mundo laboral salarial de la región, la agencia femenina transitó por lo menos por dos vías: la exigencia del uso de su salario y el cuidado de los hijos como una labor colectiva.

La primera negociación que debían abordar las mujeres era el manejo de la propia venta de su trabajo. Aunque las mujeres manejaban el dinero que ganaban producto de la economía familiar —venta de huevos, animales domésticos, producción de artesanías, etc.—, al laborar en las empresas de flores empezaron a ganar dinero de manera frecuente

104 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

105 Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 193-228.

en semanas, quincenas o meses. Los hombres cercanos a las mujeres, esposos, padres o tíos, empezaron a utilizar este dinero argumentando que ellos eran quienes organizaban las finanzas del hogar y el destino de cada parte de este. Era claro para las mujeres, entonces, que a pesar del trabajo que ellas estaban efectuando dentro de las florícolas, el uso de su remuneración iba a quedar en manos de sus compañeros. Sin embargo, idearon formas de utilizarlo o cuestionar abiertamente su uso en contra de los mismos hombres.

Unas de las medidas que utilizaron fue el esconder el dinero. El salario recibido por obreros y obreras floristas durante la época, como vimos, fue el integral: un salario que debía actualizarse constantemente dependiendo de las fluctuaciones en las que la economía colombiana y la seguridad social se movían entre los 60 y 70. Su monto era de conocimiento público, por ello, los hombres disponían de la totalidad de este dinero. Sin embargo, las mujeres trataban de remediarlo aludiendo descuentos por nómina de los restaurantes que existían dentro de las mismas empresas, o simplemente no contaban dentro de su pago las horas extras que laboraban. Trataban de estirar al máximo los cobros o los ingresos de más, para que el dinero que les usurpaba el hombre fuese el menor posible.

Pero la disputa mayor fue por el manejo de la totalidad de su salario. Como en la mayoría de casos las mujeres se incorporaron a la vida salarial de las empresas de flores por la necesidad, era a todas luces injusto que fuesen ellos quienes, además de no cumplir con su papel de proveedor, manejaran el dinero que ellas ganaban. Así, plantaron cara a la dominación exigiendo el *disfrute* de su salario como correspondía. El gasto de este salario no era por banalidades: compraban los víveres necesarios del mercado, pagaban los uniformes de los hijos y utilizaban el poco dinero restante en el mantenimiento y la adecuación del hogar.¹⁰⁶

Esto aumentó la violencia de los hombres hacia las mujeres. Además de la prohibición de trabajar allí por el desafío que la relación salarial femenina les traía, empezaron a desarrollar discursos en los que se identificaba a la obrera florista como promiscua o prostituta, como vimos en el capítulo anterior. Además de la exigencia de no laborar, se sumaban la negación de planificar o que ellas compartieran otros espacios que

106 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

no fueran con su familia o dentro del hogar nuclear. Así, los hombres trataban de asegurar que la labor reproductiva de la mujer las condujera toda la vida a estar en sus hogares, bien fuese en proceso de gestación o cuidando de los hijos que tenían. Como respuesta a esto, las mujeres obreras y las élites acordaron crear jardines infantiles, aunque cada parte con un fin distinto.

Hasta la década de los 70 las madres en la sabana de Bogotá habían asumido el cuidado de los hijos como labor exclusiva, además obligadas por la dominación de género existente. Esto generaba un problema para las que quisieran ingresar al mundo laboral remunerado de las empresas de flores, pues si tenían niños menores a los siete u ocho años su labor como norma social era exclusiva dentro del hogar y al cuidado de ellos y de los hombres con quienes convivían. Sin embargo, considerando la cantidad de hijos que tenían y la presión monetaria por la constante inflación, decidieron dejarle el cuidado de los hijos menores a sus hermanos y así poder salir a trabajar para mantener el hogar: «a mí me tocó trabajar así porque, usted sabe, la necesidad. Los medianitos cuidaban a los pequeños porque los grandes ya trabajaban».¹⁰⁷ No obstante, la presión de los hombres continuaba: argumentaban que los hijos mayores no estaban capacitados para esas labores —aunque esto era una contradicción porque a las niñas se les educaba desde muy pequeñas para que su único fin fuese su hogar y su esposo— y que debían ser ellas quienes se dedicaran a ello. Esto generó un mercado laboral femenino muy volátil en la región. Las trabajadoras, además de renunciar por el prejuicio de prostitutas o promiscuas, también dejaban sus empleos por el cuidado de los hijos pequeños.

En 1974, Laura Chiessa de Germán Ribón inauguraría el jardín infantil del municipio de Bojacá. El propósito era brindarle un lugar a las mujeres en el que pudiesen dejar a sus hijos mientras ellas ejercían sus labores diarias independientemente del sitio en donde laboraran o si no lo hacían. En el proyecto ideado por la esposa de Miguel de Germán Ribón se invirtió tanto dinero privado de la empresa La Conchita como recursos públicos del municipio de Bojacá. Este caso no fue el único, muchas empresas de flores y sus dueños decidieron, motivados por sus empleadas, crear jardines infantiles con el fin de que allí se cuidaran

107 *Ibíd.*

a los hijos mientras las mujeres trabajaban. Durante este período solo las empresas con un flujo importante de trabajadoras pudieron crear estos jardines dentro de sus propias instalaciones como el caso de las empresas Floramérica S. A., Flores de los Andes y otras más. Empresas más pequeñas debieron intentar ampliar los jardines municipales existentes o demandar la creación de estos, todas ellas bajo el amparo de la institución estatal que trataba de regular y estandarizar el cuidado y la educación de la primera infancia: el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), creado en 1968.

El personal que cuidaba a los niños y niñas, les daba una educación preescolar y los alimentaba con el presupuesto del jardín, no estaba capacitado para tal fin: muchas veces eran trabajadoras de una edad mayor que se les encargaba la tarea. Allí, los infantes permanecían desde que sus madres los dejaban a las cuatro o cinco de la mañana, hasta la hora en que eran recogidos a las tres de la tarde. En los meses de mayor trabajo por demanda de flor para celebraciones especiales —San Valentín, Día de la Madre, etc.— como enero o abril, los niños y niñas podían permanecer desde tempranas horas de la madrugada, hasta las ocho o nueve de la noche cuando sus madres los volvían a recoger. Los jardines infantiles funcionaban dependiendo la jornada laboral y no la estudiantil en general, que era de unas pocas horas durante el día para las escuelas primarias y algunas más para los pocos colegios de bachillerato que operaban. Mientras que los niños entre seis y diez años, y los pocos adolescentes que estudiaban lo hacían durante el día, los bebés en edad de jardín infantil debían tener una jornada por fuera de sus casas y al cuidado de mujeres ajenas a su núcleo familiar durante un tiempo mucho mayor.

Durante la década de los 80 los estudios sociológicos sostuvieron que los jardines infantiles en las empresas de flores habían sido una victoria de las mujeres y los sindicatos.¹⁰⁸ Como vimos, durante este período las organizaciones de base no tuvieron una incidencia mayor en los obreros de la sabana de Bogotá, y aunque existieron, estos obedecían más a estrategias de los empresarios por controlar y negar la posibilidad de paros y huelgas que a iniciativas de los mismos trabajadores. Si bien las conclusiones de estos estudios parecen ser más funcionales a una realidad diferente en las empresas después de 1977, en los años anteriores

108 Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la sabana de Bogotá».

estas ideas no parecen aplicar. A su vez, estos estudios desconocen el contexto mismo en el que fueron creados los jardines infantiles, pues debido al marco de inserción de las mujeres en el mundo laboral colombiano, desde 1962 el Estado ya había regulado el funcionamiento de estos centralizándolos en una sola entidad. Lejos de ser una conquista de los sindicatos, los jardines infantiles fueron una solución al problema de la permanencia de las mujeres dentro de las empresas de flores, aunque las trabajadoras mismas solicitaron su creación.

Como vimos, las mujeres de la élite y esposas de los empresarios de las flores eran muy cercanas a las trabajadoras y, en general, a las campesinas de la región. Les incentivaban a salir de *la ignorancia* con programas educativos y con grupos de apoyo en el que trataban de mostrarles *el mundo*:

La Sra. Sofia Koppi de Pardo tiene en esta parroquia (Cajicá), en su bella finca de descanso, una magnífica obra sociocultural para las Sras. y Srtas. campesinas. En asocio de otras distinguidas Sras. de Bogotá, todos los viernes reúne a unas 150 campesinas que, distribuidas en grupos muy bien clasificados, reciben clases intelectuales y de labores manuales que sirven extraordinariamente para elevar su nivel religioso, moral y cultural.

Ella ha acostumbrado a hacerles cada año en octubre un paseo a Bogotá, para que conozcan los sitios más importantes de la capital. En este año le ha parecido mejor llevarlas en el día del paseo a un clima calientico, pues muchas no conocen ni siquiera la vegetación de los climas medios y calientes.¹⁰⁹

Esto, aunque cumplía con el fin de la élite de civilizarlas, también proporcionaba unas redes de comunicación en las que las mujeres campesinas compartían sus experiencias con la dominación masculina, y en las que las señoras *distinguidas* intentaban demostrar que había una realidad diferente a la que vivían dentro de sus hogares y comunidades. Gracias a estas redes, fue normal que fuesen las mismas mujeres de los empresarios quienes crearan los jardines infantiles, pues cumplían una doble función: a la par que señalaban la importancia de la labor como tarea femenina, también liberaban a la mujer del cuidado de los hijos en el momento en que las obreras trabajaban.

109 Carta de Carlos Huertas a José Ramón Sabogal, 22 de septiembre de 1964, Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza, Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

Claramente, esta no fue una medida que se diera por mera filantropía de los empresarios y sus esposas. La mano de obra femenina era muy estacional por la norma de la buena mujer y la presión de los hombres porque estas permanecieran en el hogar, incluso llegando a tratarlas de prostitutas en el proceso. Si los empresarios creaban los jardines infantiles, aseguraban la mano de obra femenina que hasta ese momento era muy intermitente por la presión que sentían al ser las primeras mujeres en tener un trabajo asalariado. Así, durante los primeros años de funcionamiento de las empresas de flores se crearon los jardines infantiles con dineros privados o mixtos, buscando mantener a las obreras dentro de la labor productiva.

Si bien el establecimiento de los jardines obedeció a una iniciativa de los empresarios en la búsqueda del mantenimiento de la mano de obra femenina, esto no equivale a decir que en este proceso las obreras fueran meros objetos pasivos. Estas solicitaban continuamente un jardín en el que pudiesen dejar a sus hijos para que ellas siguieran trabajando. Las redes de ayuda entre las mujeres de élite y las trabajadoras y campesinas de la región ayudaron para tal fin y fueron la base de los primeros jardines, pues de estos grupos de solidaridad salieron las primeras directoras de jardines y trabajadoras: «Sí era muy necesario el jardín porque, entonces, ¿uno dónde dejaba los hijos? Yo trabajé en el jardín ese, pero después de Juanambú. La señora Laura iba con sus amigas y ellas trabajaban también ahí».¹¹⁰

Así, debido a la agencia femenina, aunque financiados gracias a los intereses de los empresarios y hacendados, los jardines infantiles se crearon para ayudar a las mujeres en el cuidado de los hijos mientras ellas laboraban. Con ello redefinieron las labores del cuidado de los hijos desde una responsabilidad únicamente femenina, a una en la que debían ser las instituciones quienes ayudaran en el proceso si las empresas de flores querían su continuidad dentro de las labores de producción.

El caso de doña María parece ser sintomático en todo este proceso de agencia femenina en la transición ocurrida en los años 60 y 70. Nacida en 1939, doña María vivió como una campesina en una vereda de la sabana de Bogotá. Como muchos, recuerda trabajar desde muy pequeña y ser iniciada en las labores del hogar por las presiones de su

110 María Gonzáles, entrevistada por el autor, 7 de septiembre de 2021.

propia madre. Aunque se desconoce cómo fue su vida de adolescencia, doña María se casó con un hombre de la región a la edad de veinte años. Al poco tiempo del casamiento, quedó embarazada de su primer hijo. Después de este, vinieron once más en un lapso de doce años. En 1973, a la edad de 34 años, doña María ingresaría a Flores Juanambú en el municipio de Bojacá, muy cercana a la finca La Conchita y a otras más que dividían su producción entre las flores para exportación y los cultivos de granos tradicionales.

Su ingreso a la empresa de exportación de flores se debió a la poca capacidad de abastecimiento del hogar que tenía su marido. Aunque no tomaba mucho trago, no trabajaba mucho y en su hogar —recuerda— faltaba lo necesario para ella y sus hijos. Además, su esposo no solamente la golpeaba, sino que le prohibía que planificara o que intentara conseguir trabajo en las nuevas empresas de la región. Así, después de tener a su doceavo hijo decidió enfrentar a su marido y exigirle que la dejara trabajar por el mantenimiento de la numerosa familia. El cuidado de los hijos menores se los dejó a los de mediana edad, pues los que superaban los ocho años ya laboraban en algunas actividades rurales. Mientras sus hijos de seis o siete años cuidaban de los más pequeños, ella trabajaba extensas jornadas en Flores Juanambú.¹¹¹

La relación con su marido no mejoró por su trabajo, al contrario, la violencia continuó y la presión porque ella dejara de laborar se hizo más constante. No obstante, quiso continuar en el trabajo por las facilidades que le traía. Al rebelarse contra él en las normas de género antes de empezar a laborar, ella misma manejó el dinero que ganaba en la empresa de flores, aunque recuerda que muchas de sus compañeras debían entregarle el salario a su marido porque argumentaban que *ellos sabían qué hacer con la plata*. Con su dinero ella compraba los víveres necesarios, vestía a los niños más pequeños y adquiría los elementos de aseo para el mantenimiento del hogar —pañales, toallas, jabones, etc.—. Si dejaba el trabajo no solamente estaría amenazada su estabilidad económica y el poco bienestar de sus hijos pequeños, sino que debía volver a pedirle dinero a su marido para pequeñas cosas que este no entendía, como dulces para los hijos o las toallas higiénicas.

111 *Ibíd.*

A pesar de que fuese ella quien tenía un salario habitual y que su marido trabajara muy esporádicamente, él jamás asumió los oficios del hogar como su responsabilidad. Así estuviese en casa todo el día, eran los hermanos de los niños pequeños quienes les cambiaban los pañales y los dejaban para cuando su madre llegara a lavarlos. En temporadas de alto trabajo en los que las obreras debían trabajar horas extras, ella podía llegar a las nueve de la noche a lavarlos hasta las diez u once, para luego dormir hasta las cuatro de la mañana, hora en la que debía comenzar a prepararse para el nuevo día laboral. Estaba sujeta a un régimen de doble jornada más horas extras, y los únicos apoyos en el hogar eran sus propios hijos. Cuando no trabajaba su marido, él era una carga más, pues hasta el almuerzo que ella comía a las diez de la mañana era llevado desde su casa por sus hijos mayores, y era preparado por ellos mismos en ausencia de su padre.¹¹²

Doña María trabajó en Flores Juanambú hasta 1979, año en el que renunció por un ataque de asma que los químicos utilizados en la producción de flores le produjeron. Después de su paso por la empresa de flor, rápidamente se incorporó al jardín infantil de Bojacá, fundado años atrás por Laura Chiessa de Germán Ribón. No obstante, este trabajo sería estacional y transitaría rápidamente hacia otros empleos como cocinera de restaurante o aseo en diversas instituciones de la región. En la actualidad se lamenta no haber continuado con su trabajo en las empresas de flores, pues al igual que don Alfonso, no tiene una pensión con que vivir de una manera digna.

Doña María vivió, durante su etapa más productiva, tanto las experiencias de dominación de clase y género como las estrategias de agencia femeninas descritas hojas atrás. Desconocemos si intentó alargar su vida de soltera dentro de la educación religiosa, pues por pertenecer hoy a una religión distinta a la católica, ese es parte del pasado del que evitó hablar, pero por la edad en la que se casó al parecer ese fue el caso.¹¹³ Durante sus primeros trece años de matrimonio cumplió con la norma de la buena mujer: asumió todas las responsabilidades no monetarias

112 *Ibíd.*

113 Incluso llegó a reconocer que sabía de la labor del obispo Raúl Zambrano Camader. No obstante, en el momento de la entrevista ese era un pasado que no parecía ser muy positivo por pertenecer a otro culto religioso.

dentro del hogar a pesar de la violencia física y presiones de su esposo. Sin embargo, este no cumplía con su función de ser el proveedor y por ello decidió enfrentar su disposición de que no trabajase. Al hacerlo, también ganó con ello la libertad de manejar su propio dinero, cosa no muy habitual para la época. A pesar de que la violencia se mantenía, continuó con su trabajo y las labores del hogar, aunque el cuidado de sus hijos menores los encargó a aquellos infantes con una edad media que no trabajaban pero que tampoco debían tener los cuidados que los menores de cinco años sí debían tener.

En suma, la agencia femenina en las obreras floristas en la sabana de Bogotá entre 1965 y 1976 no se consolidó a través de la acción colectiva sino a través de estrategias individuales que intentaron mejorar su nivel de vida. Como su experiencia de dominación primaria era de género y no de clase, vieron a las empresas de flores como una oportunidad de conseguir el dinero y empezar a disputar con este la relación de desigualdad que llevaban con sus compañeros de hogar. Aunque los hombres intentaron manejar el salario que las mujeres estaban ganando como consecuencia de su inserción en el mundo laboral salarial, estas disputaron esta realidad y en muchas oportunidades salieron victoriosas en el proceso, no sin una reacción violenta de sus compañeros. Durante este período, el germen de una agencia femenina contestataria en contra de las relaciones de género se sembró, y sería después de 1976 en que las mujeres la renegociarían tras la consolidación de grupos de obreras que compartían sus experiencias individuales.¹¹⁴

MOÑONA: IDENTIDAD POPULAR Y LUCHA DESDE LO SIMBÓLICO

Si seguimos la argumentación hasta aquí, parecería que existe una sociedad corporativa entre los sectores populares y las élites en la sabana de Bogotá en los años estudiados. Aunque los obreros aceptaban la dominación clasista y las mujeres solo discutían su experiencia de dominación de género, si se miran otros espacios de sentido la realidad

114 Como se observó en el estudio de Friedemann-Sánchez, las mujeres para los años 90 ya podían abandonar el hogar, pero seguir trabajando en las empresas de flores y exigirle a sus compañeros no solo el uso de su salario, sino que estos asumieran las labores del hogar como propias, cosa que en los años 70 estaba muy lejos de ocurrir. Ver Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*.

era muy diferente a una sociedad corporativa. Desde lo simbólico y en el uso del tiempo libre los obreros reafirmaron una identidad popular en contraposición a lo que querían de ellos las élites, jugando tejo y emborrachándose hasta hartarse, como veremos.

Era muy diferente el uso del tiempo libre entre obreras y obreros. Mientras que para ellas este momento no existía o simplemente eran cosas que tenían las mujeres prestantes, para los hombres era una parte vital de su existencia y dentro de este muchas normas y expectativas se significaban. Aunque existían diferencias de género dentro de estos espacios, también eran los lugares de una afirmación identitaria popular en el que sí se posicionaban como diferentes a las élites de la región, y en muchas ocasiones su prácticas suponían una confrontación directa con estas desde el espacio simbólico. Si bien la agencia de obreros y obreras floristas no discutía la dominación de clase porque consistía precisamente en desarrollar al máximo las posibilidades dentro de la estructura, eso no significaba que asumieran una identidad conjunta con los dominantes.

Después de salir del trabajo, los hombres tenían muchas posibilidades fuera de volver a la casa, pues, como vimos, jamás asumieron las labores del hogar como parte de su responsabilidad. En la mayoría de casos, estos tenían otras ocupaciones como el mantenimiento de algunas reses o labores pequeñas en las haciendas de la región. Estos les permitían un flujo de dinero alterno al salario devengado y, si bien no era mucho, les daba la posibilidad de ser propietarios algún día o seguir consiguiendo pequeños bienes raíces. Como planteó Archila Neira, los obreros colombianos intentaron por varios medios resistir a la proletarización.¹¹⁵ Si bien esta es una conclusión que se aplicó para las primeras décadas del siglo XX, sigue teniendo validez con los obreros de la sabana de Bogotá, cuatro décadas más tarde, pero bajo un proceso de modernización similar. Pero fundamentalmente el tiempo libre se usaba para tomar trago y jugar el juego autóctono de la región: el tejo.

Como vimos, las cervecerías ocupaban un lugar muy importante dentro de la demanda por la producción de cebada y trigo en la región. Esto no era casualidad, pues debido al aumento de la población después de la violencia de mediados de siglo, la cerveza se convirtió en una de

115 Archila Neira, *Cultura e identidad obrera*, 101-4.

las principales bebidas consumidas en las grandes urbes, y la capital, así como la sabana adyacente, no fueron ajenas a este fenómeno. También se tomaba chicha en menor medida, una bebida fermentada de maíz que se consumía en tiempos prehispánicos, pero que había sufrido una fuerte persecución por parte de las autoridades por *embrutecer* a la gente, obviamente bajo los intereses de políticos aliados de las cervecías. Así, la principal bebida era la cerveza producida por la empresa Bavaria, aunque algunas otras marcas eran conocidas y consumidas en la región sin mucha dilación del sabor. Lo que interesaba era tomar, sin importar la marca.

Fals Borda ya había observado que era muy común que los hombres de la región se sentaran a tomar trago durante largas jornadas, incluso días, y que esto hiciera parte de su cotidianidad. Sin ningún control, utilizaban las fiestas religiosas para la ingesta de grandes cantidades de alcohol, o simplemente lo hacían sin la presencia de ninguna festividad importante. Para los hombres era fundamental que todos los amigos o vecinos invitaran periódicamente y quien trataba de tomar sin haber gastado en el pasado era mal visto y su reputación entre sus iguales quedaba en entredicho. Estos momentos de ingesta de alcohol funcionaban como el principal lugar de socialización entre hombres del mismo sector social y para ellos era el único momento en que disfrutaban de un instante *sabroso y diferente*.¹¹⁶

De lo que se hablaba, según el mismo Fals Borda y la entrevista reelizada a don Alfonso, era de la vida diaria y las experiencias. Durante horas sentados o de pie en las tiendas, no hacían más que dialogar de cómo iban en sus empleos o las posibilidades que tenían con el patrón de turno. Compartir esas experiencias era fundamental pues era donde los campesinos y obreros se informaban de para quiénes trabajaban los otros y cuáles eran las posibilidades que estos tenían en tráfico de influencias; les permitía conocer el favor que tenían los empleadores y eso era esencial en su sentido de las relaciones sociales de la región. Además de visualizar los espacios de poder de las élites, también compartían entre sí de qué manera eran dominadores de sus esposas y cómo debían mantener la superioridad en el hogar en todos los aspectos de decisión. De esa manera, las tiendas y la bebida no solamente eran el espacio de

116 Fals Borda, *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*, 209.

socialización de los otros, sino el lugar en que reforzaban su marco de normas y expectativas como dominantes y dominados.

Generalmente, la bebida en las tiendas y tabernas se acompañaba de un juego popular denominado *tejo*. Este consistía en el lanzamiento de unos discos de hierro fundido de entre 500 y 1500 gramos de peso, a una distancia de 19 metros. El lugar donde debían caer estos discos eran unos cajones de aproximadamente un metro cuadrado, que tenían dentro arcilla y en el centro un aro de metal (bocín) en el que se colocaban triángulos de papel con pólvora dentro. El juego consistía en tratar de meter el disco dentro del aro metálico, estallar las mechas de pólvora o quedar lo más cercano al centro de la caja de arcilla. La puntuación era sencilla: se dividía entre manos y balazos. Tras los lanzamientos del grupo, quien quedaba más cercano al aro de metal puntuaba con una mano, si estallaba una mecha obtenía tres manos (un balazo), si el tejo quedaba dentro del aro obtenía dos balazos, y si al mismo tiempo que quedaba en el aro estallaba una mecha, obtenía tres balazos y a esta jugada se le llamaba moñona. Como señaló Greta Friedemann-Sánchez, este juego tenía unas fuertes connotaciones sexuales, pues al consistir en meter el tejo dentro del bocín, los hombres establecían la analogía con el sexo y su función dentro del placer masculino. Como en la mayoría de veces quienes jugaban se dividían en dos grupos, la penitencia del perdedor era el pago de la cerveza que era consumida por todos. En algunas ocasiones, se jugaba de manera individual y cada uno costeara las cervezas consumidas, o le pagaban si había sido uno de los mejores durante el juego.

Aunque hacen falta estudios históricos sobre el juego, se ha establecido que era propio de la etnia muisca en el altiplano cundiboyacense. Durante la colonia, los indígenas continuaron con este y durante el siglo XIX, los sectores mestizos lo resignificaron como una manifestación popular. En el siglo XX solo los sectores artesanales, proletarios y campesinos lo jugaban, y a pesar de que algunos políticos liberales en la década del 30 intentaron reapropiarlo dentro de la construcción de una identidad nacional,¹¹⁷ las élites lo consideraron como una herramienta para embrutecer, así como estigmatizaron a la chicha. Para mediados de

117 Eufrasio Bernal Duffo, *A lo que da el tejo: El deporte nacional visto como expresión geográfica, histórica, deportiva, social y cultural: Origen, leyendas, características, modalidades*

la década de los 50 el juego era practicado por los campesinos y trabajadores del altiplano cundiboyacense, y era repudiado por los hacendados locales que lo veían como una práctica de bárbaros.

Quizá por el contacto directo con la arcilla y por lo sucios que quedaban los que lo jugaban, no era practicado por las élites. Muy pocos representantes de la política nacional lo jugaron, y cuando lo hacían curiosamente era en temporadas electorales, Jorge Eliécer Gaitán fue el único que lo practicaba de manera frecuente en las canchas existentes en los barrios populares de Bogotá. Normalmente se le asociaba con los excesos de la bebida, pero también constituía una manifestación propia de las identidades populares y elitistas dentro de la macroregión del altiplano cundiboyacense. Así, los campesinos y sectores populares se sentían miembros de un grupo cuando lo jugaban y las élites practicaban una necesidad de diferenciación al negarlo y señalarlo como embrutecedor.

Por tanto, era normal que una vez en la tienda, los campesinos y obreros que lo jugaban se afirmaran como miembros del pueblo en contraposición a sus empleadores y a las élites. Era el momento en el que se reconocían parte de un grupo por tener prácticas que los otros no querían hacer, pero sobre todo porque a pesar del contexto peyorativo que tenía el juego y la bebida, los seguían practicando. No importaba el estigma que existiera sobre estas prácticas, ellos decidían realizarlo y eran conscientes, al mismo tiempo, que les significaba cumplir con el prejuicio de ser el sector más bajo de la sociedad y se sentían orgullosos de serlo.

No puede verse esto como una configuración de identidad clasista. En las fuentes consultadas no existe nunca una alusión a que fuesen una clase, pero sí pertenecían a un sector social diferente a las élites: eran el pueblo, se untaban de barro y tomaban hasta hartarse. Esta identidad popular se manifestaba especialmente en estos momentos de sociabilidad, fundamentalmente los fines de semana. Por ello, como señaló Fals Borda, era fundamental que dentro de la vida social los hombres fuesen a la tienda a beber y jugar, no solo porque les suplía la necesidad de pertenencia a un grupo, sino porque los afirmaba como sujetos de un

y reglas del deporte nacional de Colombia (Bogotá: Sociedad Geográfica de Colombia / Academia de Ciencias Geográficas, 2016).

mismo sector social que recibía desde arriba el estigma de sus prácticas. Quien no jugara tejo o tomara cerveza era mal visto, porque decidía no practicar sus costumbres festivas y, por ende, no pertenecía a su pueblo. Esta costumbre, además de funcionar como el espacio de esparcimiento y diversión, era exigida por quienes se consideraban populares a quienes eran sus iguales para reafirmar su identidad.

Pero esto no significa que durante los períodos de esparcimiento saliera el «discurso oculto» mantenido por generaciones de campesinos y obreros. Para Scott, los subordinados han tendido siempre a desarrollar «discursos ocultos» en los que afirmaban una confrontación con los dominantes, a pesar de que sus prácticas cotidianas y sus discursos públicos aceptasen y reprodujeran la misma dominación. Durante algunos momentos de crisis en algunos sujetos o grupos, este discurso oculto salía y rompía con el esquema de dominación, así fuese por un breve período de tiempo.¹¹⁸ Pero que obreros y campesinos de la sabana de Bogotá reafirmaran una identidad en contraposición a las élites no es una expresión de lo observado por Scott, sino una posición simbólica de diferencia y pertenencia al sector popular.

Como vimos, la estructura de dominación económica era aceptada, incluso era reproducida por los mismos trabajadores y campesinos. Al moverse dentro de ella, asegurarse el favor y las redes de tráfico de influencias de los hacendados y los empresarios, los trabajadores no solo afirmaban su pertenencia a la estructura, sino que la sustentaban e intentaban su desarrollo. Si bien, después de la jornada laboral o los fines de semana en las tardes se reafirmaban como parte del pueblo con la ingesta de alcohol y la práctica del tejo, estos espacios no significaban una salida a flote de su discurso oculto. Era simplemente la expresión de afirmación de una identidad popular en construcción, una que hasta la fecha no reñía con la estructura de dominación, salvo desde lo simbólico. En ningún caso los obreros borrachos tomaron las empresas o las haciendas en la búsqueda de mejores condiciones de vida: el hacendado merecía el respeto por la reproducción del favor. Eran sus esposas las que recibían una reafirmación de la dominación masculina, una vez que llegaban los hombres de la tienda y por cualquier razón las golpeaban.

118 Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, 71-135.

Durante la década de los 80 y 90 en la zona se harían normales las asonadas. Estas consistían en la reacción violenta de una turba enfurecida en el marco de las protestas contra alzas en los servicios públicos. Curiosamente, nunca se dirigieron en contra de las empresas de flores, las haciendas u otras ramas del sector productivo. Eran las instituciones estatales, las instalaciones de las alcaldías, los consejos municipales y los juzgados quienes recibían la furia de los manifestantes y generalmente estos eran destruidos. Este comportamiento tenía una aceptación social general, y cuando se preguntaba por sus causas se señalaba el cansancio del pueblo.¹¹⁹ La identidad popular gestada con anterioridad se dirigía entonces contra el mismo Estado y no contra los representantes de la dominación, los empresarios o los hacendados. Quienes los tenían viviendo en la miseria era el Estado y no quienes se enriquecían con su trabajo. La construcción de una identidad popular en contraposición a las élites desde las prácticas festivas nunca supuso una confrontación contra la estructura de dominación económica. Al contrario, esta era aceptada y difundida, a pesar de que tanto las élites como los sectores populares se reafirmaran como diferentes al otro en sus prácticas y costumbres. Quien sufrió con la furia de los empobrecidos fue el Estado, pero años más tarde al establecimiento de las empresas de flores en la región, y solo cuando este asumió una posición tecnocrática y las élites locales empezaron a dedicarse de manera exclusiva a sus negocios particulares.

En conclusión, las demandas de los trabajadores y campesinos en temas agrarios encontraron en el obispo Zambrano Camader una forma de intermediación frente al Estado, sin que ello supusiera una superación del marco de normas y expectativas. La agencia subalterna se desarrolló en dos vías. Los trabajadores y campesinos operaron dentro de la estructura de dominación sin revelarse ante ella con el objetivo de mejorar su vida con la compra de pequeñas parcelas o lotes, al mismo tiempo que las mujeres empezaron a cuestionar la dominación de género desde el control del gasto del salario que ellas recibían y con estrategias que intentaban alargar al máximo su período de solteras. Aunque todo esto haga parecer que estamos presenciando una sociedad

119 El Tiempo, «Colombia esta semana», *El Tiempo*, 22 de septiembre de 1996, <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-507777>.

corporativa de completa sumisión, si examinamos el uso del tiempo libre y los rituales más allá de los espacios laborales o familiares, la idea parece ser muy distinta. Desde las prácticas del tejo y de la ingesta de grandes cantidades de licor se afirmó una identidad popular que desafiaba a las élites, a la vez que exigía a los trabajadores y obreros una pertenencia al sector empobrecido.

CONCLUSIONES

Dos preguntas marcaron el camino de esta investigación. La primera se cuestionó por qué obreros y obreras floristas no vieron como válida la creación de sindicatos y cuál fue su agencia alterna a estos. La segunda se preguntaba por las diferencias de género existentes y bajo qué sentido relacional se desarrolló la agencia femenina en el contexto de inserción al mundo laboral asalariado. A pesar de que durante este período se crearon algunos sindicatos de base, su control por parte de los empresarios-hacendados y la poca cantidad en relación con el global nacional, podemos decir que su lucha institucional fue débil y casi que inexistente. Sin embargo, esto no se debió a que desconocieran el efecto de los sindicatos, sino más bien a su poca capacidad funcional; para los hombres y para las mujeres una confrontación con sus superiores no servía para ganar mayor bienestar social.

Su agencia, pues, fue alterna a lo ocurrido en Colombia durante el mismo período. Si observamos el pensamiento de Raúl Zambrano Camader, podemos comprender cómo tenían unas demandas que buscaban una salida reformista, y que al mismo tiempo no querían protagonizar por no dinamitar sus representaciones como buenos trabajadores. Mientras que los hombres buscaron siempre bienestar de la mano de las redes clientelares del patrón, las mujeres exigieron un trato más justo en su hogar tratando de renegociar su experiencia inmediata de dominación que era de género. A pesar de tener un sentido de vida

conservador, difícilmente puede tacharse la sociedad de la sabana de Bogotá entre 1965 y 1976 de corporativa, pues existió una identidad popular que se alejó de cualquier unidad con lo que esperaban las élites de sus dominados.

El concepto utilizado de marco de normas y expectativas bajo el enfoque de género fue funcional. Permitió relacionar diferentes dimensiones de experiencia en obreros y obreras floristas y comprender de qué manera las normas de buen trabajador y buena mujer se intersecaron en un solo marco. En muchas oportunidades, cuando se analizan formas de conciencia política que apelaron a sentidos tradicionales en la búsqueda de revertir cambios, el concepto de «economía moral» viene a servir como un gran parasol que se extiende sobre los hechos y los interpreta. A pesar de ser un concepto muy rico, las fuentes acá estudiadas no eran compatibles con este. En ningún momento obreros y obreras floristas buscaron revertir el orden de la hacienda ni el establecimiento de salarios permanentes, al contrario, se adoptaron a esta nueva realidad y desarrollaron su agencia bajo sentidos de reciprocidad generados con anterioridad.¹²⁰

Como señaló el mismo Thompson, el oficio del historiador está en un ir y venir entre la teoría y el dato empírico.¹²¹ Esto no significa que los conceptos se utilicen como zapatos que calcen en una u otra realidad, pues surgen bajo contextos determinados y muchas veces son mezclados con contrapartes venidas de otros corpus teóricos en contradicción. Aquí asumimos la tarea de continuar una historia radical en la búsqueda de comprender a unos obreros que no habían entrado como sujetos en la historiografía colombiana. Al hacerlo, continuamos con la empresa del materialismo histórico, considerando el ser social como fundamental dentro de la comprensión del otro histórico, al mismo tiempo que viendo su conciencia social atada a un marco de normas y expectativas tradicional.¹²² Las *dos caras de la moneda* son fundamentales en la explicación historiográfica, y es una empresa que debe continuar en los estudios venideros sobre obreros floristas.

120 Edward Palmer Thompson, *Miseria de la teoría* (Barcelona: Editorial Crítica, 1981).

121 *Ibíd.*

122 Thompson, *Agenda para una historia radical*, 11.

En las últimas décadas se ha demandado un mayor interés dentro de la historia —y otras disciplinas— en los objetos de estudio regionales. Su interés radica en descentralizar los relatos y observar otros fenómenos que se dieron en otros espacios diferentes a lo nacional y a lo estrictamente local. El caso de la sabana de Bogotá es muy complejo, pues la capital funciona como un gran paraguas que invisibiliza lo que ocurrió a su alrededor. Así como en la observación astronómica, cuando dos estrellas se orbitan mutuamente, para el observador en la tierra la más brillante opacará a su compañera. De la misma manera, los análisis sobre la capital asumen sobre sí una realidad que es algo diferente como la de la sabana que la circunda. Evidentemente sus experiencias estuvieron profundamente relacionadas —como que las haciendas de la sabana producían para el mercado de Bogotá—, sin embargo, existieron y existen especificidades que se deben observar en la búsqueda de su comprensión historiográfica.

Posiblemente este sentido tradicional en el que los subordinados se acoplaron al sistema y dentro del cual desarrollaron su agencia obedeció a un fenómeno regional. Como bien lo ha expuesto Juan Maiguashca,¹²³ muchos conceptos se fueron significando de diversas maneras en los países andinos, teniendo como eje lo regional y no lo nacional. Ese es un camino todavía por explorar, en el que la visión desde abajo debe llegar hasta arriba en el examen de sentido de lo que veían las élites como válido dentro de un horizonte de expectativas mucho mayor. No obstante, sería imprescindible realizar el examen considerando a los sectores populares como agentes de conceptos y no solo como entes receptores de ellos. Además, se debe revalorar la experiencia humana como constitutiva de las acciones y no solamente como un reflejo de lo lingüístico.

El significado de los medios y su relación con las acciones de los sectores populares en la región sabana de occidente o en el altiplano cundiboyacense también es otra ventana investigativa que se abre con este trabajo. Doña María González recuerda con agrado que durante

123 Juan Maiguashca, «Encuadramientos espaciales e historia conceptual: Una reflexión autocrítica», en *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica: Trayectoria e incursiones*, ed. Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021).

su trabajo en los años 70, las baladas españolas la acompañaron a ella y a varias compañeras más en sus labores cotidianas en sus radios *transitors*. Quizás las canciones «Dama, dama» o «Un ramito de violetas» de Cecilia hubiesen sido puntos de no retorno dentro de sus experiencias de dominación y violencia de género. Lastimosamente, la labor de los medios radiales y su intención activa o pasiva dentro del sentido popular es una tarea por explorar, y que debe tener su espacio atendiendo también a las diferencias regionales. Este trabajo no pudo abordarlos por espacio y tiempo de investigación, pero es una cuestión importante si queremos entender de mejor manera cuáles fueron las expectativas de obreros y obreras, especialmente después de 1976, cuando llegaron desde otras regiones otros trabajadores con nuevos sentidos de vida.

Claramente en la década de los 80 presenciamos otras formas de entender las relaciones entre obreros y élites. Como el aumento de la producción necesitaba una cantidad de trabajadores mayor, desde 1976 el orden patriarcal afrontó una realidad distinta pues se relacionó con una mano de obra diferente. Con los informes surgidos durante dicho período, y nuevas fuentes que pueden circular por la memoria y los recursos orales, podemos intentar comprender cómo transitó este sentido tradicional a uno mucho más confrontacional. Ojalá sea esta una investigación que sirva como peldaño para esos nuevos estudios. Los obreros y obreras floristas tienen una historia por contar, y es deber de la historia asumir la tarea de comprenderla en sí misma y no bajo preconcepciones utilitaristas.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Correspondencia

Correspondencia ACPO 1958-1964. Colección Acción Cultural Popular. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

Entrevistas realizadas por el autor

González, María. Juanambú. Bojacá. 7 de septiembre de 2021.

López, Alfonso. La Conchita. Bojacá. 7 de septiembre de 2021.

Prensa

El Tiempo, «Falleció el pionero de la floricultura en Colombia», *El Tiempo*. 16 de septiembre de 2012.

El Tiempo, «Solo le faltaban 4 minutos», *El Tiempo*. 20 de diciembre de 1972.

El Tiempo, «Colombia esta semana», *El Tiempo*. 22 de septiembre de 1996, <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-507777>.

El Tiempo. Bogotá. Diciembre de 1972. Septiembre de 1996.

González, Hernán. «David Cheever, “el mago de los claveles”». *El colombiano*. 28 de febrero de 2011. https://www.elcolombiano.com/historico/david_cheever_el_mago_de_los_claveles-MGEC_124080.

FUENTES SECUNDARIAS

Alape, Arturo. *Un día de septiembre: Testimonios del Paro Cívico 1977*. 2.^a ed. Bogotá: Ediciones Armadillo, 1980.

Arango, Luz Gabriela. *Mujer, religión e industria: Fabricato 1923-1982*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia / Universidad Externado de Colombia, 1991.

Archila Neira, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992.

—. *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia (1958-1990)*. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular / Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2018.

Bernal Duffó, Eufrasio. *A lo que da el tejo: El deporte nacional visto como expresión geográfica, histórica, deportiva, social y cultural: Origen, leyendas, características, modalidades y reglas del deporte nacional de Colombia*. Bogotá: Sociedad Geográfica de Colombia / Academia de Ciencias Geográficas, 2016.

- Calvo Isaza, Óscar Iván, y Mayra Parra Salazar. *Medellín (rojo) 1968: Protesta social, secularización y vida urbana en las jornadas de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Bogotá: Planeta / Alcaldía de Medellín, 2012.
- Camacho Reyes, Karina, y Manuel Reina. «La globalización contrariada: Trabajo, territorio y dominación en la floricultura de la sabana de Bogotá». *Revista Colombiana de Sociología* 27 (2006): 127-49.
- Corporación Autónoma de Cundinamarca. *CAR, 45 años de compromiso con la región*. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, 2006.
- Falcon, Priscilla. «Only Strong Women Stayed: Women Workers and the National Floral Workers Strike, 1968-1969». *Frontiers: A Journal of Women Studies* 24 (2003): 140-54.
- Fals Borda, Orlando. *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2017.
- Friedemann-Sánchez, Greta. *Ensamblar flores y cultivar hogares: Trabajo y género en Colombia*. Bogotá: ICANH, 2008.
- González Cárdenas, Andrea. *Intercambio de información en las cadenas de suministro internacionales. El caso de la cadena de suministro de flor fresca cortada colombiana para la exportación*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2013.
- Guarín Martínez, Óscar. «De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX». En *Muisca: Representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*, editado por Ana María Gómez Londoño, 228-46. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Guerrero, Andrés. *La semántica de la dominación: El concertaje de indios*. Quito: Ediciones Libri Mundi-Enrique Grosse-Luemern, 1991.
- Herrera Avellaneda, Edwin. «100 años de sindicalismo en Colombia: Una aproximación cuantitativa» Ponencia, XX Congreso Colombiano de Historia. Cartagena de Indias, 2022.
- . *Todo está cambiando: Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2019.
- James, Daniel. «Escuchar en medio del frío: La práctica de la historia oral en una comunidad de la industria de la carne Argentina». En *Doña María: Historia de vida, memoria e identidad política*. Traducido por Horacio Pons, 123-59. Buenos Aires: Manantial, 2004.
- Labrousse, Ernest. «1848; 1830; 1789: Tres fechas en la historia de la Francia moderna». En *Fluctuaciones económicas e historia social*, 463-78. Madrid: Tecnos Editorial, 1973.

- LeGrand, Catherine Carlisle. *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*. Traducido por Hernando Valencia G. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53401>.
- Maiguashca, Juan. «Encuadramientos espaciales e historia conceptual: Una reflexión autocrítica». En *Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica: Trayectoria e incursiones*, editado por Francisco Ortega, Rafael Acevedo y Pablo Casanova, 67-95. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021.
- Medrano, Diana. *El caso de las obreras de los cultivos de flores de los municipios de Chía, Cajicá y Tabio en la Sabana de Bogotá*. Bogotá: Organización Internacional del Trabajo (OIT), 1980.
- Moncayo, Víctor Manuel, y Fernando Rojas. *Luchas obreras y política laboral en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1978.
- Pío XII. «Radiomensaje en el V aniversario del comienzo de la guerra», 1 de septiembre de 1944. https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1944/documents/hf_p-xii_spe_19440901_al-compiersi.html.
- Rodríguez, Marta, y Jorge Silva. *Amor, mujeres y flores*. Colombia: Fundación Cine Documental / Investigación Social, 1984-1989. YouTube.
- Rojas de Vargas, Gloria. *Mujeres y flores en la sabana de Bogotá*. Bogotá: Comité Colombiano de Colaboración con la Comisión Interamericana de Mujeres de la Organización de Estados Americanos, 1982.
- Roldán, Mary. «Acción Cultural Popular, Responsible procreation, and the roots of social activism in rural Colombia». *Latin American Research Review* 49 (2014): 27-44.
- Sánchez, Ricardo. *¡Huelga! Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia*. Traducido por Jorge Aguilar Mora. Ciudad de México: Editorial Era, 2004.
- Scott, Joan W. «Gender: A Useful Category of Historical Analysis». *The American Historical Review* 91, n.º 5 (diciembre de 1986): 1053-75. doi:10.2307/1864376.
- Silva, Alicia Eugenia. «De mujer campesina a obrera florista». En *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: La realidad colombiana*, editado por Magdalena León. 3 vols., 28-42. Bogotá: ACEP, 1982.
- Silva, Renán. «La servidumbre de las fuentes». En *Balance y desafíos de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI: Homenaje a Jaime Jaramillo Uribe*, compilado por Adriana Maya y Diana Bonett, 27-46. Bogotá: Uniandes-Departamento de Historia / Cesó, 2003.

- Thompson, Edward Palmer. *Agenda para una historia radical*. Traducido por Elena Grau. Barcelona: Editorial Crítica, 2000.
- . *Costumbres en común*. Traducido por Jordi Beltrán Ferrer. Barcelona: Editorial Crítica, 2000.
- . *Miseria de la teoría*. Barcelona: Editorial Crítica, 1981.
- Umaña, Laura. «Análisis de la dinámica de cambio de la vereda de Canelón, Cajicá». Tesis de licenciatura, Universidad de los Andes, 1981.
- Urrutia, Miguel. *Historia del sindicalismo en Colombia, 1850-2013*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2016.
- Vargas Torres, Martha Cecilia. *Esbozo histórico de la floricultura en la sabana de Bogotá*. Bogotá: Universidad Cooperativa de Colombia, 2013.
- Zambrano Camader, Raúl. «Reforma agraria». *Revista Policía Nacional de Colombia* 9, n.º 80 (1960): 31-9.



**UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR**
Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar (UASB) es una institución académica creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos. Es un centro académico abierto a la cooperación internacional. Tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración y el papel de la subregión en Sudamérica, América Latina y el mundo.

La UASB fue creada en 1985. Es una institución de la Comunidad Andina (CAN). Como tal, forma parte del Sistema Andino de Integración. Además de su carácter de centro académico autónomo, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene sedes académicas en Sucre (Bolivia) y Quito (Ecuador).

La UASB se estableció en Ecuador en 1992. En ese año, suscribió con el Ministerio de Relaciones Exteriores, en representación del Gobierno de Ecuador, un convenio que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador la incorporó mediante ley al sistema de educación superior de Ecuador. Es la primera universidad en el país que logró, desde 2010, una acreditación internacional de calidad y excelencia.

La Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (UASB-E), realiza actividades de docencia, investigación y vinculación con la colectividad de alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros espacios del mundo. Para ello, se organiza en las áreas académicas de Ambiente y Sustentabilidad, Comunicación, Derecho, Educación, Estudios Sociales y Globales, Gestión, Letras y Estudios Culturales, Historia y Salud. Tiene también programas, cátedras y centros especializados en relaciones internacionales, integración y comercio, estudios latinoamericanos, estudios sobre democracia, derechos humanos, migraciones, medicinas tradicionales, gestión pública, dirección de empresas, economía y finanzas, patrimonio cultural, estudios interculturales, indígenas y afroecuatorianos.

ÚLTIMOS TÍTULOS DE LA SERIE MAGÍSTER

374	Paola Vanessa Hidalgo, <i>La representación de lo diferente: El autismo en la narrativa mediática</i>
375	Alex Panizo, <i>Migración y educación pública: Inclusión de estudiantes venezolanos en Ecuador</i>
376	Alejandro Rodas O., <i>Beneficios de la acupuntura y acupuntura en la fase de cese del Tianguí</i>
377	Janneth Rangles, <i>Alteraciones de la energía del Espíritu-Shen: Estrés académico y proceso socioeconómico</i>
378	Jeanneth Albuja Echeverría, <i>Derechos humanos, mujeres y gestión de política pública local</i>
379	Vinicio Benalcázar, <i>Trazos en la mirada: El grafiti en la movilización popular de octubre de 2019</i>
380	Camilo Pinos Jaén, <i>Deconstrucción del habeas corpus en Ecuador: Análisis de su eficacia</i>
381	Dalíseth Rojas-Rendón, <i>Emigración venezolana ante la crisis humanitaria, política y social</i>
382	Daniel Pabón, <i>Estudio histórico y espacial del uso del suelo en la microcuenca del río Tabacay</i>
383	Alexandra Guerrón Montero, <i>Masculinidades y violencia de género</i>
384	Vanessa Bósquez Salas, <i>Envejecer con derechos: La participación social de los adultos mayores</i>
385	Hugo Navarro Villacís, <i>La selección y revisión de sentencias en Ecuador desde el derecho comparado</i>
386	Santiago Tarapués, <i>El COVID-19 en adultos mayores en Ecuador: Enfoque securitista y neohigienista</i>
387	Florencia Sobrero, <i>Femingas, una herramienta (de)construcción feminista: Tres experiencias en Quito</i>
388	Edwin Herrera A., <i>«Aquí no somos así», primera generación de trabajadores floristas colombianos</i>

Entre 1965 y 1976 la sabana de Bogotá experimentó el nacimiento y la primera expansión de la agroindustria de la exportación de flores. Sus trabajadores fueron hombres y mujeres obreros que se desarrollaron entre la vida rural y urbana, a veces como campesinos y otras como trabajadores proletarios. El objetivo de este estudio es determinar cuáles fueron los mecanismos para la mejora de su calidad de vida bajo el contexto cambiante de este período. Tras realizar la investigación se encontró que los trabajadores despreciaron la lucha confrontacional clásica, expresada en sindicatos, porque no encontraron en estos una vía para mejorar sus condiciones de vida y optaron por transformaciones ligadas a las costumbres, lejos del conflicto laboral. A su vez, las mujeres encontraron bajo las nuevas relaciones un espacio de cuestionamiento y renegociación de la primera dominación de la que eran víctimas: la de género en sus propios hogares.

Edwin Herrera A. (Bogotá, 1993) es historiador (2020) por la Universidad Nacional de Colombia; y magíster en Historia (2022) por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Entre sus temas de interés se encuentran el estudio del movimiento obrero en el siglo XX latinoamericano y su historiografía, específicamente en los casos colombiano y ecuatoriano en la segunda mitad del período.



9789942641885